

# BILL BARNES

*Aventurero del Aire*

## LOS HALCONES DEL CRATER

por

GEORGE L. EATON



Bill Barnes, un as de la aviación y veterano de la Primera Guerra Mundial, posee un aeródromo propio donde ha desarrollado el prototipo de un nuevo avión parecido al autogiro. Los amigos de Barnes (Shorty, Red, Beverly, Scotty y el joven Sanders) son todos expertos aviadores y se ocupan del aeródromo. Hace un tiempo que aviones misteriosos parecen sobrevolar de noche las instalaciones, pero les resulta imposible capturar a una de estas naves.

Cuando un capitalista interesado en el prototipo de Barnes es asesinado en las oficinas de éste, la policía interviene y las cosas se complican. Se suceden una serie de misteriosos atentados provocados por una banda de misteriosos orientales muy interesados también en el nuevo avión. Aparte de ello, los acreedores acosan a Bill Barnes para que pague sus deudas.

**Lectulandia**

George L. Eaton

# **Los halcones del cráter**

**Bill Barnes 1**

ePub r1.0

Joselin 02.10.14

Título original: *The hawks of the golden crater*  
George L. Eaton (Malcolm Wheeler-Nicholson), 1934  
Traducción: H.C. Granch  
Diseño de cubierta: Frank Tinsley  
Retoque de cubierta: Joselin

Editor digital: Joselin  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## CAPÍTULO PRIMERO

—¡Malditas sean mis bujías!

Shorty Hassfurther lanzó estas palabras en voz estridente y chillona a causa de la excitación que le dominaba.

—¡Que me ahorquen si ese avión fantasma no vuela otra vez por encima de nosotros!

Observaba una sensible aguja que vibraba al compás de un lejano y potente motor.

Los otros hombres de la sala de mandos del campo de aviación de Bill Barnes, en Long Island, Nueva York, cesaron en sus conversaciones.

La finísima aguja, dejando su señal de tinta sobre el gráfico, era la única parte visible de un complicado mecanismo, cuyos aparatos principales estaban instalados en la azotea de la torre de mando.

El grupo que rodeaba el gráfico observaba, conteniendo el aliento, como la negra línea señalaba el constante zumbido de un motor poderoso a unos quince mil pies de altura.

—Esto es muy extraño —resopló Red Gleason.

—Muy asombroso —comentó Beverly Bates. Gleason contemplaba asombrado lo que iba señalando la aguja. Pues ante sus ojos, en el gráfico, sucedía una cosa extraña. La sensible aguja indicaba la misma cosa sorprendente que señalara todas las noches en aquella misma hora durante la semana pasada.

El aparato eléctrico informaba, gracias a su fina sensibilidad, que un avión volaba en círculo sobre el aeropuerto, a quince mil pies de altura, señalando la aguja todas las palpitations del motor. Lo extraño era que, en el momento que el ritmo del motor alcanzaba mayor intensidad, cesaba de repente, como si el aparato desapareciese por completo sin dejar el menor rastro.

¡Era un verdadero misterio!

Los hombres que contemplaban el gráfico se miraron, intrigados.

Shorty fue el primero en romper el silencio.

—Me remontaré a averiguar de qué se trata. No es natural dejar un avión colgando del cielo de esa manera.

Desde luego, sólo Hassfurther era capaz de hacer semejante sugerencia en una noche tempestuosa como aquélla. Shorty Hassfurther era lo que se llama un «mecánico de pilotos».

En otras palabras, Shorty, en lugar de aterrizar normalmente, solía hacerlo con

una espectacular caída de ala, desde dos mil pies de altura. Era el favorito de los pilotos, pero sus cuentas de reparaciones eran asombrosas.

En sus días juveniles de estudiante aterrizó violentamente cuando intentó pasar, retando a la muerte en un «Standard» de poca potencia los tres puentes del río Brazos, en Waco, Tejas. El primero lo cruzó por debajo, el segundo por encima y en el tercero se estrelló, con el cual realizó la hazaña.

Se levantaron protestas en el grupo que le rodeaba. Todos aseguraron alarmados que no era noche para una ascensión. Pero antes de que terminasen de hablar, Hassfurth salió del edificio de mandos poniéndose su «mono» viejo y sucio mientras corría.

Las luces se encendieron en el hangar número 3. Se oyó el rugido de un motor calentándose con un ocasional retroceso de la llama de explosión antes de convertirse en el zumbido constante y rítmico del motor funcionando con suavidad.

Entretanto Shorty no perdía el tiempo.

Las grandes puertas del hangar se abrieron y los pilotos, que ocupaban el cuarto de señales, vieron la borrosa figura de Hassfurth en la cabina del «Snorter» de Barnes, avión de tipo nuevo de un solo motor, verdadero aparato de exploración, notable por la facilidad con que despegaba.

Breves segundos después penetró en la oscuridad de la noche y desapareció dejando tras sí tan sólo el rugido rítmico de su motor, que iba debilitándose a medida que se elevaba con rapidez entre las nubes.

Abajo, en la torre de observación, sus compañeros, moviendo la cabeza en señal de desaprobación, se dispusieron a seguir observando el gráfico. La pulsación del motor de Shorty Hassfurth se registraba perfectamente ahora y el pequeño grupo de amigos contemplaba su paulatino ascenso a 5.000, 6.000 y 7.000 pies de altura.

Siguió remontándose hasta que la línea de la aguja señaló los 14.000 pies.

Entonces sucedió algo extraño. La aguja saltó de una manera intermitente, registrando una serie de líneas desiguales. De pronto quedó inmóvil, el motor de Shorty Hassfurth calló de manera tan misteriosa como el fantasmal visitante a quien fue a buscar.

Los hombres reunidos alrededor del aparato eléctrico quedaron sumidos en profundo silencio. Se contemplaron mutuamente, sin hallar explicación al sorprendente caso.

—¿Qué le habrá sucedido a ese muchacho? —la voz suave de Cy Hawkins rompió el silencio—. Debe haber topado con algo muy extraño.

Cy Hawkins, cayo hablar lento y perezoso nunca delató ningún indicio de nerviosismo, ni siquiera cuando por una apuesta de veinte dólares derribó con la barra transversal de su tren de aterrizaje la aguja de bronce de la iglesia metodista de

Charlotte, demostró en aquel momento un leve vestigio de excitación.

—Si no fuese religioso, diría que el mismo diablo está jugando en el aire — exclamó Scotty Mac Closkey, que se esforzaba en ver a sus compañeros.

Scotty Mac Closkey era un antiguo piloto que, en los días heroicos, antes de que se extendiese el uso de los paracaídas, permaneció en un avión incendiado, con un pasajero a bordo, mientras las llamas le azotaban el rostro.

La experiencia le quemó los ojos de tal manera, que casi perdió la vista. Ni siquiera sus fuertes lentes le servían para aterrizar.

No obstante, Scotty era capaz de hacer maravillas con un motor, excepto hacerle hablar y servir la mesa. Después de la guerra pasó a la aviación civil, hasta que al fin llegó a ser un miembro valioso e imprescindible del grupo eficiente que juntó sus fortunas con Bill Barnes.

—Una explicación psíquica o sobrenatural sería la única que encajaría en este caso extraordinario —declaró la voz precisa de Beverly Bates, y en su tono, algo doctoral, se notaba un leve destello de emoción e inquietud.

Red Gleason, sentado en un borde de mesa, murmuró desdeñoso:

—Todo este hablar de fantasmas me revienta el depósito de gasolina. Todo cuanto sabemos es que un aeroplano extraño merodea todas las noches por encima del campo. En mi opinión, se trata de algún militar que intenta averiguar el secreto del avión misterioso de Bill Barnes.

Los compañeros le contemplaron pensativos. Para ellos, el misterioso aparato que Bill Barnes iba perfeccionando significaba el triunfo y la fortuna.

Servían con lealtad, apoyando con todas sus energías a Bill Barnes en su labor.

Y aquel día marcaba la culminación de meses de trabajo y preocupación.

Pues aquella misma noche, Rufus Hibben, el «caballo blanco» que hacía mucho tiempo buscaban, aceptó la propuesta de financiar los experimentos de Bill Barnes con un cheque por la friolera de cien mil dólares.

Sabían que en aquel momento Rufus Hibben estaba sentado en la oficina particular de Bill Barnes, con el talonario de cheques delante de él y una pluma dispuesto a firmar, mientras examinaba de nuevo los pliegos escritos a máquina del contrato extendido. Desde donde estaban sentados, veían la luz de la oficina privada de Bill Barnes, situada en el bungalow al otro lado del edificio de mando. Miraban en aquella dirección cuando vieron la alta figura de Bill Barnes permanecer un momento en el umbral y luego descender con viveza por el sendero, hacia el taller. Distinguieron cómo saludaba a los dos hombres de guardia, antes de entrar al interior.

La puerta se cerró tras él y las luces iluminaron el taller. Evidentemente el aviador interrumpió la conferencia Yendo a buscar algún documento para que lo examinara Rufus Hibben.

El misterio de lo ocurrido sobre sus cabezas, en el cielo oscuro, fue igualado sólo

por la ansiedad de conocer el resultado del convenio entre Rufus Hibben y Bill Barnes; y no se podía censurar que observasen con atención la luz brillando en la ventana de la oficina de Bill Barnes, la luz que iluminaba cien mil dólares que significaban una vida mejor y unas esperanzas nuevas para todos ellos. Contemplaban la luz cuando contuvieron el aliento asombrados.

Pues el resplandor se apagó de repente. Y en la oscuridad de aquella oficina oyeron el estampido de un disparo.



# CAPÍTULO II

## EL ASESINATO MISTERIOSO

El disparo llenó de asombro a todos los hombres. Había algo tan claramente mortal y maligno en aquella sola explosión, que a todos les asaltó un intenso temor. Volviéndose de común acuerdo salieron del edificio. Las luces brillaron en otros edificios y todos los empleados corrieron al campo.

Red Gleason fue el primero que entró en el bungalow, seguido de los otros.

Se detuvieron bruscamente al llegar ante la puerta de la oficina. Ésta estaba cerrada con llave.

Red Gleason llamó con los nudillos.

El siniestro silencio que reinaba en el interior hizo palidecer a los aviadores.

Pero Gleason era persona de acción y no perdió el tiempo. Se lanzó con todas sus fuerzas sobre la puerta. Los delgados entrepaños crujieron bajo el peso y el ímpetu del enorme corpachón de Red. Embistió de nuevo y la delgada madera quedó hecha astillas.

La oficina estaba a oscuras. Los otros penetraron tras Gleason y la vacilante llama de una cerilla ahuyentó las sombras. Alguien encontró el interruptor y la habitación se iluminó de repente.

El grupo de hombres permaneció agolpado en la puerta, los de atrás procurando ver por encima de los hombros de sus compañeros. Nadie pronunció una palabra.

El grueso cuerpo de Rufus Hibben yacía, de bruces, sobre la mesa.

Fue el impassible Red Gleason, quien señaló el azulado agujero que aparecía en la sien del muerto.

No se veía ningún arma. El pupitre, único testigo de la tragedia, permanecía silencioso guardando el secreto de lo sucedido. Los hombres del umbral penetraron en la habitación. Oyóse un paso rápido en el pórtico y alguien surgió, de pronto, junto a los aviadores y todos volvieron la vista al interrogante rostro de Bill Barnes, su jefe.

Era alto y rubio como un antiguo vikingo. Sus azules ojos brillaban de energía al mirar los hombres que le rodeaban.

—¿Quién hizo esto? —preguntó ceñudo.

Bill Barnes era de figura imponente y aspecto sereno y majestuoso. Aquel héroe modesto, que en un vuelo prodigioso alrededor del mundo rebajó en cinco horas el récord mundial, a pesar de realizar solo la travesía, aquel hombre tranquilo y enemigo de la publicidad, que en los diez días últimos había visto publicada a grandes titulares, en todos los periódicos de la nación, su última hazaña, un asombroso salto transcontinental, un viaje realizado en catorce horas y seis minutos estableciendo un

nuevo récord mundial, aquel hombre era una figura extraña para los periodistas.

Bill Barnes contempló el cadáver. Al mirar en silencio la herida fatal que aparecía en la frente de Rufus Hibben y el rojo charco líquido que se iba extendiendo sobre la superficie del pupitre, el rostro del aviador no reflejó ninguna emoción.

La impresión de aquel inesperado asesinato debió de ser profunda; y la ruina de sus esperanzas cuando llegaban a un punto culminante era, sin duda, igualmente dolorosa, pues el talonario de cheques del muerto veíase abierto delante de él. Y los aviadores podían leer la cifra escrita.

Aquella cantidad era una prueba convincente de que el millonario fue asesinado un segundo antes de firmar el cheque.

—Telefoned a la policía —ordenó Bill Barnes.

Alguien corrió hacia el teléfono y avisó a la policía.

—Que nadie toque el cadáver ni ninguno de los objetos de la oficina —dijo bruscamente Bill Barnes.

Los hombres retrocedieron antes que hubiera terminado de pronunciar estas palabras.

Aparecieron nuevos y asustados rostros en el umbral, mecánicos, engrasadores, mozos de los hangares, incluyendo el joven Sandbag Sanders, el muchacho de dieciséis años cuya afición por la aeronáutica le impulsó a huir de su casa para unirse a Bill Barnes con un fervor profundo que era imposible ocultar. Tras él asomaron los ojos oblicuos de Fernando, el criado filipino que guisaba las comidas de Bill Barnes, le hacía la cama y cuidaba de la casa.

Pero todos retrocedieron cuando el estruendo de una motocicleta anunció la llegada de la policía, que había salido, minutos antes, de una comisaría cercana.

Los agentes trabajaron con rapidez y eficiencia, obteniendo la información que podían de cada individuo. Las declaraciones concordaban. Muchos oyeron el tiro y llegaron corriendo, pero nadie sabía lo que precedió al disparo. Los hombres que miraban por la ventana de la sala de mandos declararon que vieron a Bill Barnes salir de la oficina dirigiéndose a su taller unos cinco minutos antes de dispararse la bala fatal.

Tampoco pudo Bill Barnes arrojar ninguna luz sobre el hecho. Fue a su taller a buscar una hoja de datos referentes a su avión. Dejó a Rufus Hibben sacando su talonario de cheques con el propósito de extender el cheque estipulado en su contrato.

Un examen cuidadoso del cuarto no reveló huellas dactilares ni vestigios de la forma en que se cometió el crimen. Las ventanas permanecían cerradas y, al parecer, nadie las utilizó para entrar o salir.

La puerta estaba cerrada con llave desde el interior. No existía ninguna chimenea por donde pudiera entrar o salir una persona, pues el calor lo suministraba un radiador incrustado en la pared.

Cuanto más examinaban la escena del crimen más perplejos quedaban los policías. Ordenaron por fin se montase una guardia en la habitación y se dejase todo tal como estaba hasta la llegada de los detectives y el juez.

Intrigados y silenciosos, los aviadores regresaron a la sala de mandos, aumentando su número con la presencia de Bill Barnes, que les acompañó severo e impasible. Al esperar todos sus hombres que entrara primero demostraron el respeto que le tenían.

Le respetaban y querían no sólo como hombre y jefe. Describiendo sus habilidades como aviador, todos sus amigos se volvían poetas. Había ganado innumerables competiciones de velocidad, especializándose en las carreras de circuito cerrado, la más peligrosa de las carreras de velocidad.

Sus habilidades arrancaban gritos de emoción y delirio a las multitudes que acudían a presenciarlas, y en ocasiones un silencio de muerte era el tributo a una acrobacia mortal, por ejemplo, las alas del aparato rozando el polvo.

Rizaba el rizo, ejecutaba la caída de la hoja, el vuelo invertido, viradas en redondo, inclinaciones en curva, todo lo imaginable. Además de sus acrobacias, sus records de velocidad y su destreza en el diseño y construcción de aeroplanos, era un héroe mundial debido al fantástico vuelo alrededor del mundo.

Esperaban que hablase cuando se apoyó en un ángulo de la mesa de dibujo instalada en la sala de mandos. Pero antes de hablar Gleason, mirando por la ventana, señaló al exterior.

Todas las miradas siguieron la indicación, observando que acababan de encender las luces del campo para un aterrizaje.

—¿Quién llega a esta hora? —preguntó Bill con voz pausada.

—Shorty Hassfurther —respondió Red Gleason—, y desciende con el motor muerto, si no me equivoco.

Todos se habían olvidado de Shorty y del misterio que le hizo remontar para una investigación, misterio que aumentó después de su partida. Pero cuando su aparato aterrizó de una manera perfecta, recordaron el significado de su vuelo. Reinaba una excitación desusada en el campo.

Los hombres salían corriendo de los hangares congregándose emocionados en torno al aparato de Shorty Hassfurther.

—Ha sucedido algo ahí fuera —dijo serenamente Bill Barnes, y los hombres corrieron al umbral sin más orden.

## CAPÍTULO III

### UN ÁGUILA SE REMONTA

Los aviadores se dirigieron veloces hacia el grupo reunido alrededor del avión de Shorty Hassfurther.

Al principio, los hombres de la sala de mandos temieron que le hubiera sucedido algo a su compañero, pero en cuanto se acercaron al aparato desapareció el temor, pues la voz de Shorty Hassfurther se elevaba en un torrente de invectivas.

—¡Abrochadme la chaqueta impermeable! —su voz resonó a larga distancia—. Si ese fulano de arriba no recibe su merecido, me... —y Shorty pasó a describir la variedad de torturas que infligiría al desconocido.

Bill Barnes interrumpió el torrente de maldiciones con una breve pregunta.

—¿Qué son todos estos gritos, Shorty? —preguntó.

—¡Malditas sean mis bujías! —rugió Hassfurther—. Si ese granuja... —y pasó a detallar sus aventuras; un relato salpicado de muchas frases extraordinariamente gráficas.

Según entendían los oyentes, Shorty, al remontarse, atravesó las primeras nubes y ascendió a una zona superior donde el aire era un poco más claro.

Pero antes de elevarse a muchos miles de pies, topó con otra capa de nubes. Al llegar a los 14.000 pies se puso a buscar al misterioso visitante que tantas noches volara por encima del campo. No distinguió gran cosa en el espacio y en consecuencia para ayudarle en su búsqueda lanzó un cohete.

La bola de luz iluminó el vacío inferior, pero pudo ver muy poca cosa a su resplandor verde. Voló entonces describiendo un amplio círculo sobre el aeródromo y lanzó otro cohete.

Esta vez divisó debajo de él una forma oscura sumergiéndose en una nube.

La forma oscura no estaba a más de mil pies de altura y Shorty se zambulló en sus cercanías, metiéndose en la nube con objeto de encontrar al misterioso objeto.

Perdido en la oscuridad no vio nada hasta salir al otro lado de la masa acuosa. Entonces un rayo errático brilló sobre una superficie metálica hacia la derecha y distinguió en la oscuridad lo que semejaba un aparato de extraña forma. Era tal su color, que sus perfiles se perdían en la noche, pero tuvo tiempo suficiente para distinguir lo que parecían ser las palas de un helicóptero. Aquí el lenguaje de Shorty Hassfurther se hizo, de nuevo, violento.

Unos segundos después de descubrir al misterioso aparato notó una serie de perforaciones en un ala de su aparato y unas rápidas llamaradas iluminaron el misterioso avión. De pronto cesó el zumbido del motor, comprendiendo Hassfurther

que una bala de ametralladora acababa de inutilizárselo.

Shorty juró que su desconocido agresor disparó cuando él empezó a descender sobre él.

Como prueba de la historia de Shorty veíase una hilera de impactos en el ala derecha y partes del fuselaje hechas astillas, que atestiguaban el peligro corrido por el aviador.

El grupo de impresionados rostros en torno a él eran un bálsamo para su alma. Echando una pierna por un costado saltó a tierra pidiendo se atendiera inmediatamente a su motor, jurando que ascendería de nuevo para cazar a aquel bandolero, antes de que pudiera escapar a su persecución.

Bill Barnes detuvo el torrente de palabras pintorescas preguntándole la dirección y altitud del visitante. El aviador le dio en seguida la información.

Los aviadores contemplaron expectantes el rostro de su jefe. Bill estaba impasible, como de ordinario, pero sus ojos llameaban de una manera que no auguraba nada bueno para el aparato fantasma que atacó a uno de sus hombres. Volviéndose, dio una orden a uno de los mecánicos.

Seguido del grupo de sus ayudantes, se dirigió con paso rápido hacia el hangar que alojaba a su aparato misterioso. Reinó mucha excitación entre sus hombres, pues comprendieron que Bill Barnes estaría furioso cuando intentaba buscar al atacante en su poderoso y terrible aparato nuevo.

Y tenían razón. Los dos hombres que montaban guardia en la puerta del hangar particular se sobresaltaron a la llegada del grupo, pero abrieron las puertas con rapidez obedeciendo la breve orden.

Aún con las puertas abiertas sus ayudantes no se atrevían a entrar y aguardaban conteniendo el aliento al oír el ruido de un motor con el retroceso de la llama de explosión y luego el zumbido de una maquinaria potente.

Pocos segundos después saltaron a un lado cuando un avión pequeño y extraño salió al campo. Era un avión compacto, al parecer desprovisto de alas. Iba cubierto de un material semejante al amianto. Tenía una cola de forma peculiar y bajo su armadura veíase una protuberancia extraña, Barnes lo enfiló hacia una pequeña catapulta instalada sobre una base giratoria, apuntando al cielo a un ángulo de noventa grados.

Tuvieron poco tiempo para comentar estas cosas, pues de aquella rara protuberancia, de la parte inferior del avión, surgieron una serie de explosiones breves y agudas y el pequeño aparato ascendió como un cohete dejando tras él una extraña cola de fuego.

—Los cohetes funcionan —murmuró Scotty Mac Closkey—. ¡Y las alas retráctiles!

Los otros miraban arriba mientras el aparato desaparecía dejando tan sólo un leve brillo rojo como señal de su paso.

—Ascenderá a los 14.000 pies de altura como una exhalación —gruñó admirado Shorty Hassfurther.

En cuanto a Bill Barnes, permanecía encerrado en la pequeña cabina de su avión, con la mano en la palanca de una ametralladora de siniestro aspecto.

La velocidad con que se elevó lo dejó aturdido un momento. Observó el altímetro mientras la aguja iba marcando la altura, hasta llegar a los 14.000 pies. Entonces manejó una palanca y un par de alas surgieron, con suavidad, por los costados. El motor rugió y la hélice hendió el aire.

Como una libélula monstruosa, el pequeño aparato se lanzó a través de las nubes, describiendo un magistral círculo por la zona que Shorty Hassfurther le indicó ocupaba el enemigo.

Este primer viraje no le llevó a la vista del avión perseguido y velozmente avanzó hacia la izquierda, buscando por el espacio al visitante. De pronto divisó a cierta distancia, bajo él, un objeto oscuro surgiendo de una nube.

Cambiando la marcha con la velocidad de un relámpago se precipitó sobre su enemigo. En una fracción de segundo el aparato misterioso quedó ante el punto de mira de la ametralladora de Barnes, quien lanzó una lluvia de balas sobre él.

EL brillo de los proyectiles trazadores precedió a Bill cuando su avión se precipitó sobre el desconocido avión. Fue tan rápido su avance, que apenas tuvo tiempo para desviarse un milímetro evitando un choque con el otro avión; pero, al pasar por su lado, distinguió la confusa imagen de un piloto huyendo despavorido a ocultarse entre unas nubes.

La impresión que causó a Bill el aparato misterioso fue la de un avión de forma peculiar rematado por una especie de palas de helicóptero. Delante del piloto tuvo tiempo de distinguir otra atemorizada figura. Cuando pudo dar media vuelta el extraño aparato había desaparecido en una enorme masa de nubes.

Satisfecho de haber enseñado una lección al misterioso visitante, se dirigió a su aeródromo, descendiendo con terrible velocidad hasta una altura de mil pies; entonces movió una palanca situada debajo de su cuadro de instrumentos. Un par de pequeña aletas aparecieron encima del avión y, con su ayuda, Bill Barnes aterrizó verticalmente, entre las luces que señalaban el campo de aterrizaje.

Tan pronto como las ruedas se posaron sobre la húmeda tierra, Bill Barnes metió rápidamente el aparato en el hangar. Las alas y las paletas del helicóptero recogieron en silencio en cuanto el aparato tocó tierra.

Salió del hangar como un águila enfurecida; y en verdad parecía que la reina de las aves se hubiese elevado para castigar a algún intruso audaz y luego regresara con igual velocidad a su nido.

El tiempo de su vuelo fue tan breve, que ninguno de los hombres podía comprender cómo ascendió a una altura de 14.000 pies y después regresó.

No obstante, los que observaron el registro sobre el gráfico fueron los más maravillados, pues la aguja registró velozmente un súbito ascenso a los 14.000 pies, e igualmente, pie por pie, el relampagueante descenso.

—¿Lo viste? —preguntó Shorty Hassfurther.

Bill Barnes asintió con la cabeza.

—Sí, algunas de mis balas le alcanzó, ese pájaro no será tan curioso en el futuro —respondió lacónico.

La alegría que pudo sentir ante la proeza de su aparato se perdió pronto al asaltarle otros pensamientos y los hombros de Bill Barnes descendieron desalentados cuando el grupo se congregó a su alrededor, en la sala de mandos.

—¿Y qué hay de esos cien mil dólares? —preguntó Scotty Mac Closkey.

Este pensamiento bullía en los cerebros de la mayoría, pero sólo el escocés se atrevió a expresarlo. Los demás habían visto aquel cheque sin firmar, sobre el pupitre, cerca del charco de sangre que señalaba la muerte de Rufus Hibben.

EL aviador movió la cabeza en señal negativa, no mostrando su rostro ninguna señal de la decepción que pudiera sentir.

—Parece que el individuo que mató a Hibben lo hizo adrede, para evitar que dispusiéramos de dinero —observó Shorty Hassfurther.

—En efecto; tiene todas las características de ser premeditado —comentó Beverly Bates.

—Eso fue como una película que vi una vez —exclamó el joven Sandbag Sanders—. Se trataba de un individuo que no quería a otro individuo y el primer individuo...

Se detuvo atemorizado ante el coro de voces que le apostrofó.

La voz de Bill Barnes acalló el clamor, un clamor que él sabía muy bien se promovía para ocultarle la decepción que sus hombres sentían.

—Sí —dijo—. Cien mil dólares se esfumaron y debo confesar que parece como si alguien esperase el preciso momento en que Rufus iba a firmar el cheque, para suprimirlo.

—Es muy extraño —murmuró Shorty, pensativo. Su propia experiencia había quedado relegada a segundo término por aquella tragedia, fulminada con tal rapidez, mientras él volaba en persecución del intruso—, pero no puedo evitar la sospecha de que existe alguna relación entre ese aparato misterioso y el asesinato del pobre Hibben. Tengo una idea...

—Trátala con dulzura —amonestó Red Gleason—. Está en un sitio muy poco concurrido por hermanas tuyas.

—Probablemente hay algo de verdad en tus sospechas, Shorty —declaró Bill Barnes—, pero esta desgracia me obliga a iniciar de nuevo la monótona y

desesperante búsqueda de un apoyo financiero, antes que el sheriff se nos eche encima y embargue el campo y cuanto contiene.

—Tienes razón —murmuró una voz.

—Y que me cuelguen si sé adonde dirigirme para encontrar dinero. He agotado todas las posibilidades aquí en el Este.

Miró pensativo al espacio: de pronto sus ojos brillaron con una idea súbita y continuó:

—Hay una esperanza, muy remota... Recordáis que cuando hice el vuelo alrededor del mundo, comí en Seattle con un antiguo amigo y me habló de una manera misteriosa, de un lugar donde podríamos encontrar montones de dinero. Esta mañana recibí un telegrama suyo. Aquí está.

Sacó de un bolsillo un arrugado papel, y lo pasó a sus compañeros. Éstos lo leyeron, intrigados, y se lo pasaron unos a otros.

«Referente asunto discutido informan nuevas noticias sorprendentes. Necesítase cooperación tuya y de tu grupo. Grandes riesgos, pero grandes beneficios. ¿Estáis dispuestos?».

—¡Cielos! —exclamó Cy Hawkins—. No sé de qué habla, pero estoy dispuesto a todo por una recompensa de importancia.

—No dice cuánto pagará —comentó Scotty Mac Closkey.

—No te preocupes —aconsejó Red Gleason.

—Tú no tomas los asuntos serios de una manera formal —reprobó Scotty, con gravedad.

Los otros esperaban que Bill Barnes diese algunas explicaciones.

—Ignoro de qué se trata —declaró el jefe—, pero creo que se relaciona con una mina de oro.

¡Oro!

Los hombres levantaron la cabeza al oír la palabra mágica.

—Sí, se trata de una mina de oro situada en un lugar de Alaska donde sólo se puede llegar por el aire —explicó Bill Barnes.

—Estoy dispuesto —habló una voz, que fue coreada por los demás.

—Esto parece unánime —observó Barnes—. En tal caso sólo se trata de enviarle un telegrama a mi amigo diciéndole que aceptamos. ¡Eh, Sandbag! —miró a su alrededor buscando al muchacho. Pero no había señal del joven Sanders.



# CAPÍTULO IV

## VISITANTES FURTIVOS

El joven Sanders no era el único que rondaba aquella noche.

Con la rápida partida del extraño avión de Bill Barnes, los hombres que montaban guardia en su hangar descuidaron la vigilancia y salieron al campo con los otros, dejando, durante quince minutos, las puertas abiertas y sin vigilancia.

Nadie observó dos figuras furtivas que penetraron al amparo de las sombras, por las puertas abiertas, y dirigieron al interior del edificio.

Una tercera sombra montaba guardia vigilando los movimientos del grupo congregado en el campo, mientras sus dos cómplices trabajaban rápida y silenciosamente en el interior del hangar.

El resultado de sus labores fue colocar en posición un objeto cilíndrico que apuntaba al lugar que debía ocupar el avión misterioso.

El hombre que vigilaba en las sombras del umbral emitió un silbido de aviso y se alejó del campo. Sus dos cómplices se dispusieron a imitarle, pero el avión de Bill Barnes regresó tan pronto y entró en el hangar con tal presteza, que retrocedieron en las sombras, frustrada la ocasión de escapar.

Así resultó que el aeroplano de experimentos quedó encerrado sin que nadie supiera que dos sombras se escondían en la oscuridad, palpando la superficie del aparato, y cuchicheando en tonos guturales y excitados.

Uno de ellos sacó unos alambres y un par de alicates de los bolsillos y los dos hombres empezaron a trabajar silenciosa y velozmente, conectando el objeto cilíndrico con el mecanismo de arranque del avión misterioso.

Terminada su labor escucharon las voces de los vigilantes situados al otro lado de la puerta.

Los dos intrusos celebraron consejo en voz baja, para hallar, evidentemente, la manera de salir del hangar. El resultado de la conversación fue que probaron las ventanas y al fin lograron abrir una situada en la parte trasera del hangar. Deslizándose por ella, saltaron al exterior, en la oscuridad, cerrando con cuidado la ventana.

Con gran ansiedad se alejaron todo lo posible de aquel cilindro de aspecto inocente, conectado con el aparato de Bill Barnes. Es fácil imaginar lo que sucedería cuando una chispa eléctrica se transmitiese a aquel cilindro que tenía todas las características de estar cargado de explosivos.

Unos minutos antes de que ocurriera esto, el joven Sandbag Sanders, avergonzado

y confuso por la acogida dispensada a su intento de relatar el argumento de una película, tuvo una idea.

Existía mucho misterio en torno a aquel campo de aviación y se le ocurrió que podía convertirse en un héroe solucionando parte del enigma.

Los hombres de la sala de mandos no se fijaron en él cuando salió dispuesto a realizar una hazaña detectivesca. Tampoco le observaron cuando, cruzando con cautela el campo, dio una vuelta en torno al bungalow de Bill. Dos agentes permanecían sentados ante la puerta, fumando, y hablando en voz baja mientras vigilaban el cadáver de Rufus Hibben que yacía en el interior.

Sandbag Sanders se dirigió cauteloso hacia la parte trasera de la casa, con la esperanza de descubrir algún rastro del asesino desconocido.

Detrás del bungalow las tinieblas eran muy densas y de pronto al joven le pareció que se animaban con siniestro movimiento. Sandbag sintió que el corazón cesaba de latirle al ver unas vagas sombras que se dirigían hacia él.

Hizo un esfuerzo y calmó en parte el miedo, diciéndose que eran efectos de su fantasía y avanzó resuelto a practicar una inspección del hangar secreto.

Pero no se trataba de una visión imaginaria, pues una figura oscura y achaparrada surgió del suelo y le asestó un golpe.

El joven no tuvo tiempo de asustarse, pues de pronto se encontró peleando por su vida con un hombre extraordinariamente fuerte que intentaba hacer presa en su garganta y estrangularle.

El joven Sanders se retorció desesperado pegando puñetazos y patadas, intentando zafarse de la dolorosa presa que hacían en su garganta. Algunos de sus golpes dieron en el vacío, pero consiguió que su asaltante profiriera un gruñido de dolor. El individuo persistía en el ataque y Sanders notó que iba perdiendo fuerzas; sintió un estruendo en los oídos y sus pulmones parecieron próximos a estallar.

Vio dos figuras borrosas en la oscuridad. Desesperado ante aquella nueva amenaza, dio un empujón convulsivo liberándose de la presa estranguladora que le ahogaba por momentos. Empezó a respirar de manera tan espasmódica, que no pudo gritar.

Entonces fue cuando, al parecer, el cielo se pobló de millones de estrellas, y Sanders cayó sin sentido al suelo de un fuerte golpe en la nuca.

Al regresar Bill Barnes a la sala de mandos, redactó el telegrama y cuando al llamar al joven Sanders éste no compareció, entregó el mensaje a Beverly Bates para que lo transmitiese por teléfono.

Beverly telefoneó leyendo el breve mensaje escrito a lápiz en una hoja de la libreta del aviador y esperó una respuesta. No recibiendo ninguna contestación probó de nuevo y luego por tercera vez, hasta que por fin miró perplejo a su alrededor.

—AL parecer nuestro fiel teléfono ha cesado de funcionar —exclamó.

—¿Estás seguro? —preguntó Bill Barnes; y dirigiéndose al aparato intentó comunicar, sin mejor resultado.

—Quizás la violencia de la tormenta ha arrancado algunos de los postes telefónicos —sugirió Beverly Bates.

—Lo más probable es que algún granuja haya cortado los hilos —observó Cy Hawkins.

Siguió un profundo silencio.

—¡Pues sí que están sucediendo cosas! —gimió Shorty.

—Sí. Y cuando se cortan los cables telefónicos usualmente significa que todavía no ha sucedido lo peor —gruñó Red Gleason.

Bill Barnes echó una mirada a su alrededor, murmurando:

No me gusta el aspecto de este asunto. Los incidentes se van repitiendo. ¿Tenéis vuestras pistolas?

Asintieron todos.

—Perfectamente. Será mejor que las llevéis encima —aconsejó el jefe—. Tal vez suceda de un momento a otro algo inesperado. No me gusta ese teléfono enmudeciendo de repente. Bates —preguntó—, ¿tienes tu motocicleta dispuesta?

El interpelado movió afirmativamente la cabeza.

—Pues deseo que lleves ese mensaje a la oficina de telégrafos y desde allí avisa a la compañía que nuestro teléfono no funciona. Diles que vengan a repararlo en seguida; Es urgente. ¡Llévate una pistola! —le gritó cuando Bates desaparecía por el umbral.

Los demás oradores se habían puesto en pie, dispuestos a entrar en acción.

—Shorty —continuó Bill Barnes—, notifica a los agentes de guardia en mi bungalow, que intenten telefonar, aunque apostaría que tampoco funciona su teléfono.

Shorty salió presuroso mientras los otros aguardaban. Regresó breves instantes después.

—¡Que me cuelguen si aquel teléfono no está también estropeado! —exclamó.

En aquel momento oyeron el estruendo de la motocicleta de Beverly Bates en la última hilera de hangares. Un segundo después, su faro pasó relampagueante frente a las ventanas de la sala de mando y oyeron las detonaciones del tubo de escape sonando en dirección a la carretera principal.

La lluvia era fina pero persistente, y el haz luminoso del faro se descomponía en mil reflejos al atravesar las pequeñas gotas de agua. Bates salió en medio del barro y del agua por la verja principal ganando velocidad al ascender la cuesta que se extendía delante de la carretera.

Al escalar la cresta, la motocicleta salió disparada. De pronto se bamboleó con

violencia patinando hacia un costado de la cinta asfaltada y el delgado cuerpo de Beverly Bates chocó con un alambre extendido de parte a parte de la carretera.

El choque lo despidió del sillín de la máquina, cayendo hecho un ovillo en una cuneta.

Quedó tan aturdido, que no notó que unos dedos le registraban los bolsillos ni tampoco distinguió a dos figuras oscuras que enderezándose con el mensaje escrito a lápiz se retiraron unos pasos para leer su contenido con la ayuda de una linterna eléctrica.

El leve destello de la lámpara de bolsillo se apagó al cabo de un momento.

Se oyeron unos cuchicheos guturales en la oscuridad.

Las dos figuras se acercaron a Beverly Bates, que mostraba señales de recobrar el conocimiento, le introdujeron el trozo de papel en el bolsillo y en seguida quitaron el alambre de acero extendido de parte a parte del camino y desaparecieron en los bosques tan silenciosamente como habían llegado.

Beverly Bates tardó unos diez minutos en volver en sí. Sentándose se palpó la cabeza y luego miró de una manera estúpida a su alrededor, haciendo un leve esfuerzo para comprender lo que le había ocurrido.

La lluvia seguía azotándole el rostro. Estaba empapado, lleno de barro y el cuello y el mentón le sangraban a consecuencia del contacto con el alambre y en la cabeza se le iba formando un formidable chichón:

Pero Beverly Bates era valeroso y resistente.

Recobrando en parte el conocimiento, algo aturdido aún, se incorporó vacilante y recogió su motocicleta. Aunque el asiento estaba lleno de barro y mojado, la máquina se hallaba en buenas condiciones, y tras uno o dos intentos pudo ponerla en marcha.

Descendió serpenteando por la carretera como borracho, y continuó la marcha.

El resto de sus camaradas, salieron uno a uno de la sala de mandos y regresaron poco después, armados todos con sus respectivas pistolas automáticas.

En sus rostros se veía una decisión que nada bueno auguraba para el intruso que se metiese en el aeródromo.

Cy Hawkins llamó la atención de sus compañeros para que observasen la aguja registradora.

Los aviadores se agolparon a su alrededor mientras él señalaba la delgada línea de tinta.

El gráfico señalaba que el misterioso visitante había regresado, que su motor permaneció silencioso unos quince minutos y que en aquel momento su trepidación desaparecía en la distancia.

—¡Qué cosas más raras! —comentó Bill Barnes, observando con ojos entornados la aguja—. Será mejor que echemos un vistazo a los hangares. Pero antes me voy a poner un impermeable.

Miró a su alrededor buscando al joven Sandbag Sanders. No se veía el menor rastro del muchacho.

—¿Dónde diablos estará ese chiquillo? —murmuró el aviador.

# CAPÍTULO V

## MÁS MISTERIOS

Beverly Bates llegó oportunamente a la oficina de telégrafos y escuchó en silencio las burlas del empleado, que estaba convencido de que el aviador llegaba de correr una juerga, acusación que el alto bostoniano juzgó inútil refutar.

Después de convencerse de que el telegrama había sido cursado, Bates montó en su motocicleta y se dirigió al campo de aviación, marchando despacio, pues la cabeza le dolía horriblemente a consecuencia de la caída.

Unos diez minutos después de su partida, un hombrecillo con el sombrero echado sobre los ojos, y la parte inferior del rostro casi oculta por el cuello de su impermeable, penetró en la oficina de telégrafos y, despachó un mensaje en clave, de más de cien palabras.

El telegrafista frunció el ceño, dirigió una penetrante mirada al remitente, por fin contó las palabras y anunció el coste.

—¿Quiere escribir las señas del remitente? —pidió el empleado.

Pero el hombre del impermeable pareció no oírle, contando el cambio de un billete de diez dólares y marchándose luego sin pronunciar palabra.

Beverly Bates, aún bastante magullado, entró, cojeando, en la sala de mandos, que encontró vacía, a excepción de Cy Hawkins que permanecía de guardia.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Cy Hawkins—. ¿Qué te ha ocurrido, muchacho? ¿Has estado tomando un baño de barro?

—No creo sea una costa tan divertida —replicó Bates, enarcando las cejas.

—Sólo tienes que mirarte al espejo y verás si hay motivo para reírse. Jamás vi cosa más grotesca en todos los días de mi vida.

Lo que Beverly Bates habría contestado no llegó a saberse, pues en aquel momento percibieron un grito en el exterior.

Cy Hawkins saltó a la puerta, al oír ruido de carreras.

Algo producía una enorme excitación entre el bungalow y el hangar donde se guardaba el misterioso avión de Bill Barnes.

Cy Hawkins vio el resplandor de los proyectores reflejados sobre los impermeables de los hombres agolpados en torno a algo que no podía ver.

—Permanece aquí mientras investigo —gritó por encima del hombro a Beverly Bates, y echó a correr en dirección al grupo de hombres que avanzaban hacia él llevando un cuerpo inerte en brazos.

Era el joven Sanders, que estaba pálido y tenía un enorme chichón en la nuca.

El rostro de Cy Hawkins se endureció al contemplar la inmóvil figura.

—Están sucediendo demasiado cosas por aquí —murmuró.

—Pero lo que no comprendo es todo este griterío —se quejó Shorty Hassfurther, mientras varios aviadores frotaban la frente del muchacho, y Bill Barnes le ponía una mano sobre el corazón.

Los ojos de Sandbag parpadearon y empezó a mostrar señales de recobrar el conocimiento.

No sé lo que ha ocurrido —dijo Bill Barnes—, pero me lo imagino. Alguna banda de malhechores intenta descubrir el secreto del aparato. A propósito, será mejor que dos de vosotros vayáis al hangar a ver si todo está en orden.

Shorty Hassfurther y Red Gleason se encaminaron hacia el hangar. Los dos guardias declararon no haber oído nada anormal. Ni oyeron tampoco la lucha en la oscuridad. Abrieron las puertas y encendiendo las luces, dejaron entrar a Shorty y a Red.

Inspeccionaron el taller y no descubrieron nada sospechoso. Si la mirada de Red Gleason se hubiera posado, por casualidad sobre aquel cilindro colocado de manera tan disimulada cerca del avión, habría pensado que se trataba de uno de los muchos dispositivos inventados por Bill Barnes.

Tampoco observaron los dos hombres el trozo de finísimo alambre que se extendía desde la parte delantera del aparato, perdiéndose en las sombras de la pared.

Regresaron informando que no sucedía nada anormal; todo estaba en perfecto orden.

Encontraron al joven Sanders que habiendo recobrado el conocimiento, estaba sentado, tan aturdido, que no hallaba palabras para relatar lo sucedido.

Nadie prestó mucha atención a Beverly Bates, quien entre tanto se lavó y cambió de ropa. Sólo cuando Bill Barnes se fijó en las lesiones del mentón y del cuello: le interrogó acerca de ellas.

—Debo confesar que no comprendo todavía lo ocurrido —respondió en su tono preciso y doctoral—. Sólo recuerdo que marchaba a toda velocidad, y de pronto, me encontré tendido en la cuneta en una posición poco elegante.

—Es probable, que alguna de tus palabras aristocráticas se enredase con la rueda delantera —sugirió Red Gleason.

—No. No es ésa la explicación —objetó Cy Hawkins—. Probablemente Beverly tuvo un cortocircuito entre su vocabulario y su epiglotis y rodó envuelto en llamas, esparciendo verbos y adjetivos por toda la carretera.

—La risa de los necios es como crujido de espinas bajo un pote —citó Beverly Bates, con acritud.

A pesar de las chanzas seguían atendiendo al joven Sandbag, mojándole el rostro con una toalla. El muchacho miraba a su alrededor de una manera estúpida.

—¿Qué sucedió, muchacho? —preguntó Bill Barnes en tono bondadoso.

—Lo ignoro. —El muchacho movió la cabeza aturdido—. Salí a explorar con la intención de descubrir al individuo que mató al señor Hibben cuando, de repente, alguien se abalanzó sobre mí y por poco me estrangula; luego llegaron otros y ¡paf! Algo me dio en la cabeza. Esto es todo cuanto sé.

Los hombres reunidos a su alrededor adoptaron un aire grave.

—Este asunto empeora —murmuró Barnes, con un brillo extraño en los ojos.

—Que me cuelguen —dijo Shorty Hassfurth—, si no se trata de la serie de misterios más extraños que he visto en mi vida. Tengo una idea...

—¡Cuidado! —advirtió Cy Hawkins—. ¡La última vez que se te ocurrió una idea estuviste en cama una semana!

—... Tengo una idea —continuó Shorty, sin hacer caso de la interrupción—, y es, que todos estos sucesos se relacionan con el aparato misterioso que vuela sobre nosotros todas las noches.

—¡Qué listo eres! —murmuró Red Gleason.

—¡Qué admirable! —afirmó Cy Hawkins.

No obstante, las palabras de su compañero les recordaron la aguja sobre el gráfico y Gleason se acercó a mirarla.

—¡Rayos y centellas! —gritó—. ¡Ese maldito avión está volando otra vez encima del campo!

Bill Barnes, giró sobre sus talones y se acercó al gráfico.

La trepidación del motor se percibía de nuevo.

—¡Shorty! —llamó—. ¡Tú, Red y Cy Hawkins montad las ametralladoras y buscad a ese pájaro! Coged los aviones de caza. Los demás que se queden aquí vigilando el campo.

Tras estas palabras Bill Barnes se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Scotty Mac Closkey.

—A buscar mi avión y subir a 14.000 pies de altura —respondió la voz de Bill Barnes desde fuera.



# CAPÍTULO VI

## LA RED SE ENSANCHA

Los hombres de la sala de mandos se dirigieron corriendo a ejecutar las órdenes de Bill Barnes.

Mientras él iba al hangar a preparar su misterioso avión, inconsciente del alambre y del cilindro de aspecto tan inocente y, sin embargo, tan terrible, reinaba una enorme excitación en otras partes del país. Los hilos telegráficos, transmitían a través de los Estados Unidos, el telegrama remitido por Beverly Bates y el otro mensaje presentado por el hombrecillo del sombrero echado sobre los ojos.

El mensaje de Beverly Bates llegó a Seattle, donde fue recibido y entregado a un mensajero que lo llevó a una casa del distrito comercial. No había en el vestíbulo más que un hombre barbudo leyendo un periódico.

—¿Sabe dónde está el señor Branders? —preguntó el mensajero.

El hombre de las barbas dejó el periódico y cogió el telegrama. Sin decir una palabra al muchacho, abrió el sobre, sacó el telegrama y lo leyó con rapidez.

—Muy bien —dijo, y firmando el recibo dio una propina de medio dólar al muchacho.

El mensajero se marchó silbando alegremente. El hombre de las barbas copió el telegrama en su agenda y humedeciendo el sobre, lo volvió a cerrar con cuidado. Luego tocó el timbre llamando al ascensor.

—Un telegrama para el señor Branders —anunció, entregándolo al empleado.

La puerta del ascensor se cerró, y la cabina partió, como una flecha, hacia arriba.

El hombre de las barbas saliendo veloz del vestíbulo se dirigió al teléfono más cercano.

El segundo telegrama, el impuesto por el hombrecillo en la oficina de Long Island, fue percibido en la habitación de una casa situada detrás de la calle Market de San Francisco.

Su recepción motivó una conferencia entre un grupo de cuatro o cinco hombres de estatura, proporciones y ojillos similares a los del individuo que remitió el mensaje. Había uno entre el grupo que parecía ser el jefe, un hombre moreno, con gafas de concha. Dio unas órdenes, bruscas y guturales, en una lengua extraña. Los subordinados hicieron una reverencia, y luego, girando sobre sus talones, desaparecieron.

Una vez solo, el jefe estudió el mensaje, paseando de un lado a otro del aposento, y en su maligno cerebro se trazaban grandes planes. Y mientras meditaba, cerraba y abría los puños hasta que los nudillos blanquearon.

El telegrama dirigido al señor Branders, en Seattle, fue entregado a un hombre bajo y grueso, de cabellos blancos; aparentaba unos sesenta años de edad.

«Jugaremos la partida con usted —decía el mensaje—. Telegrafíe instrucciones». Lo firmaba «Barnes».

—¡Bravo, Bill Barnes! —exclamó Branders, yendo al instante al teléfono, desde donde llamó a la habitación de un hotel.

Le contestó la voz soñolienta de un anciano.

—¡Oiga! ¿Eres tú, Bob Lawton? ¿Sí? Escucha, cascarrabias. Tengo buenas noticias para ti. Bill Barnes jugará la partida con nosotros. ¡Desde luego! Acabo de recibir su telegrama. Ahora, escucha. Creo que el plan mejor es que vayas a entrevistarte inmediatamente con Barnes. No sabe uno quién puede leer nuestros telegramas o cartas, si nos comunicamos con él de esa manera.

—No tengo muchas ganas de volar —tembló la voz.

—No seas idiota —replicó Branders—, es menos arriesgado que estar tumbado en la cama. Te mandaré con un buen avión conducido por Sidney Marston. ¿Lo conoces? Es un veterano y te conducirá sin novedad. ¡Seguro! ¡Perfectamente! ¿Puedes marchar esta noche? Claro; no podemos perder ni un minuto más. Hay millones en la balanza. Muy bien. Así me gusta. ¿Vendrás dentro de media hora? De acuerdo.

El hombre colgó el receptor, rebosando satisfacción.

Volvió a telefonar, esta vez a Sidney Marston, a un campo de aviación situado en las afueras de la ciudad.

Una voz profunda y serena le contestó.

—¿Eres tú, Sidney? ¿Sí? Muy bien. Escucha...

Procedió a darle instrucciones, ordenándole se aprestase a partir dentro de una hora, volando a través del continente con un pasajero.

—Y anda con mucho cuidado —continuó—, porque, tal vez topes con algún peligro. Se trata de un negocio muy importante y es probable que alguien intente meterse por medio.

Branders colgó el receptor, muy contento, y aguardó la llegada de Bob Lawton, el amigo que le trajera tan estupendas noticias de Alaska.

Poco rato después el viejo minero descendía de un taxi, delante de la casa de Branders.

El rostro del anciano arrugado y azotado por el tiempo, era claro indicio de una vida en constante lucha con los elementos. Su traje de confección; sus relucientes y amarillos zapatos; su cuello de celuloide y corbata postiza...; Todo ello mostraba que era un hombre más acostumbrado a la camisa de franela, pantalones de pana y botas toscas.

Su sombrero de alas anchas le hubiera hecho pasar por un vaquero del Oeste. Los

ojos azules que escudriñaban bajo unas cejas grises y espesas eran bondadosos, pero sagaces.

Pero aunque eran sagaces no distinguieron a un hombre agazapado en las sombras cerca de la entrada de la casa donde el individuo de las barbas interceptó el telegrama.

El sujeto observó la entrada de Bob Lawton y permaneció escondido en las sombras esperando que saliera.

El viejo minero llegó pronto a las habitaciones de Branders, depositó su sombrero en una otomana y se sirvió un vaso de *whisky*, mientras Branders colocaba su maleta en el pasillo.

—Debemos obrar con mucha cautela, Bob —dijo Branders—. Si tu mina es la décima parte de lo que dices, nos encontraremos con que todos los granujas y malhechores del mundo intentarán arrebatárnosla.

—Si es una décima parte de lo buena que creo es —replicó Bob—, tenemos que proceder con pies de plomo, no cabe duda.

»Esto es lo que hay allí —continuó— y es lo que causará muchas tragedias, si no se trata con cuidado.

—Sí, y por esa misma razón deseo tomar toda clase de precauciones, Bob —exclamó su amigo—. No creo que nadie haya descubierto todavía tu hallazgo.

—Lo ignoro —respondió Bob Lawton, con un aire de preocupación en sus ojos azules—. No sé si hablé demasiado mientras estuve en Nome. Tú verás, no tenía ni un céntimo y necesitaba comer; en consecuencia vendí un par de pepitas en una oficina de ensayos. Encontré allí a un aviador, un sujeto de aspecto siniestro, que me siguió toda la noche mientras yo tomaba unas copas. Creo que lo invité a beber y quizás entonces se me fue la lengua.

EL viejo movió la cabeza en señal de preocupación.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Branders.

—Tenía un nombre extraño. A ver si lo recuerdo. God... Grod... Godfrey Morton, si no recuerdo mal. Pero sus compañeros le llamaban Monje, a causa de su cara.

—Godfrey Morton —musitó Branders, preocupado—. Ese nombre me parece familiar, pero no acierto a recordar quién es. Bien, sea lo que sea, debemos arriesgarnos. Quizás estuviera tan bebido como tú. Pero de ahora en adelante vigilaremos nuestros pasos. No pondré nada por escrito.

Tras una pausa agregó:

—Esto es lo que haré —se acercó a una mesa y sacó un siete de bastos de una baraja—. Romperemos esta carta en dos. Tú te guardas esta mitad y yo mandaré la otra a Bill Barnes. Te servirá de identificación. Entonces le explicarás el asunto, cómo descubriste ese cráter en Alaska, con la formación de nubes encima, cómo

caíste al precipicio quedando colgado de un árbol, la extraña vegetación y las plantas tropicales que crecen en el fondo. Le hablarás del Río de Oro. Después de quedar entendidos le sugieres que reúna a toda su gente y vengan todos en avión aquí, continuando él el vuelo para examinar el lugar y ver las provisiones y maquinaria que se necesitan. Dile que partiremos las ganancias. ¿Crees que la explotación deberá efectuarse en avión?

—No tengo la menor duda —declaró Bob—. Sólo un loco como yo iría allí a pie y sin llevar ningún dinero encima, porque en realidad no tenía nada.

Sonó el teléfono de la casa.

Branders respondió.

—Muy bien —dijo—. Bajaré en seguida. —Volviéndose hacia su amigo, añadió —: Sid Marston ha mandado un auto para recogerte y llevarte al campo de aviación. Prepárate a marchar.

Branders colgó el receptor.

Después de cruzar unas cuantas palabras más, el viejo deseó a su amigo mucha suerte y tras un fuerte apretón de manos el minero penetró en el ascensor.

Bob Lawton no observó al individuo barbudo, acechando en las sombras y que subió rápido a un coche que aguardaba en la esquina.

El auto que seguía al de Bob Lawton a discreta distancia, se estacionó fuera del campo de aviación mientras el hombre de las barbas entraba a pie a tiempo de ver a Sidney Marston saludando a Lawton.

Los dos hombres subieron al avión que aguardaba, un monoplano, de aspecto veloz, con cabina para pasajero.

El aparato se deslizó por el campo y remontándose partió, iniciando su viaje transcontinental.

El hombre de las barbas telefoneó sin pérdida de tiempo a alguien, dando una descripción completa del aparato y sus ocupantes. Una vez pasada la primera nerviosidad, Bob Lawton se acomodó dispuesto a recrearse en el viaje.

Aturdido por el incesante zumbido de los poderosos motores, dormitó a largos intervalos despertando soñoliento al amanecer, cuando descendieron en un campo de aviación para reaprovisionarse de gasolina y desayunar.

Reanudaron el vuelo, que continuó todo el día.

Bob Lawton tuvo poca ocasión de hablar con el piloto que conducía el potente avión. Aparte de observar que se trataba de un individuo simpático, que llevaba un bigotito negro y tenía un rostro rosado, el viejo Bob apenas pudo verle más que la ancha espalda, mientras permanecía ante los mandos, conduciendo.

Ocurrió algún retraso en Omaha. Llamaron por teléfono al piloto, que regresó algo preocupado.

—Tengo que ir a la ciudad —dijo—. Regresaré dentro de media hora —y sin más explicación se marchó.

Transcurrieron unos tres cuartos de hora cuando el viejo, leyendo un magazine en la sala de espera del campo de aviación, oyó que llamaban su nombre y volviendo la cabeza divisó que el piloto le hacía señas de dirigirse al aparato.

No notó nada anormal en el hombre. Vio el mismo bigotito negro y los mismos hombros anchos y las mismas ropas.

El viejo Bob Lawton se habría sorprendido y preocupado muchísimo de haber sabido que aquel individuo no era el mismo y se hubiera preocupado mucho más de saber que el verdadero Sidney Marston, con el cuerpo magullado y lleno de heridas, yacía muerto en los sótanos de un garaje de las afueras de Omaha, mientras su sustituto, de aspecto tan parecido que habría engañado hasta a sus amigos más íntimos, llevando su mono de aviador, su licencia y sus carnets de identidad, conducía el avión hacia Long Island, donde se suponía que Bill Barnes aguardaba la llegada del pasajero.

# CAPÍTULO VII

## EL ATAÚD LLAMEANTE

Muchas horas antes de esto, en el campo de aviación de Bill Barnes, reinó mucha excitación alrededor de la sala de mandos, cuando éste ordenó a Red Gleason, Cy Hawkins y Shorty Hassfurth que se remontaran para buscar al extraño y misterioso avión que había vuelto a volar sobre el campo.

Bill Barnes, sabiendo que sus órdenes serían cumplidas, al pie de la letra, se dirigió al hangar donde guardaba su avión gris.

Los dos guardianes se incorporaron. Uno de ellos abrió las puertas, mientras el otro, corriendo hacia el interior, encendía las luces.

Caía una lluvia finísima que limitaba en gran parte el campo de visión.

Bill Barnes prestó poca atención al tiempo; sin mirar su aparato subió a la cabina, se puso los anteojos, y abrochóse el grueso mono con cuello de pieles. Levantó la cabeza para ver si las puertas estaban abiertas y alargó la mano hacia la llave que establecía el contacto.

En aquel preciso momento sonó un grito y el pálido resplandor de unas llamas se reflejó en el umbral.

Alarmado, Bill Barnes retiró la mano de la llave fatal, conectada a la bomba, y saltó a tierra, corriendo hacia el exterior. Algo envuelto en rugientes llamas cayó en el centro del campo, disipando la oscuridad. Eran tan fuertes los destellos, que los hombres y los hangares se destacaban con la misma claridad que si fuese de día.

Bill Barnes se reunió con los demás, mientras sus ayudantes intentaban, en vano, apagar las llamas con los extintores.

Era evidente que un avión había caído del cielo en medio del campo, pero el calor era tan intenso, que nadie pudo acercarse lo bastante para distinguir si lo ocupaba alguien.

—Parece que ese aparato ha sido derribado a tiros —comentó Red Gleason.

—¿Creéis que se trata de nuestro amigo del helicóptero? —preguntó Bill Barnes.

—Puedo averiguarlo muy pronto —respondió Gleason, y se dirigió corriendo hacia la sala de mandos.

Mientras esperaba, Barnes contemplaba cómo las terribles llamas de la gasolina disminuían lentamente a medida que el líquido se consumía. Red Gleason regresó al cabo de un rato.

—El gráfico señala que el avión pirata huyó a toda velocidad —anunció.

Luego se volvió con los otros al aparecer un auto en la entrada del campo acercándose veloz hacia ellos, precedido de dos motocicletas.

Era un coche de la Policía. Dos policías y tres agentes, saltando con rapidez a tierra, se aproximaron al grupo que esperaba. Se presentaron anunciando que venían a investigar la muerte de Rufus Hibben.

—Parece que nuestro vuelo de castigo queda aplazado —observó Bill Barnes a los tres compañeros designados.

Éstos asintieron con la cabeza y ordenaron a los mecánicos que esperaban junto a los aparatos que los llevaran de nuevo a los hangares mientras Bill Barnes guiaba a los policías hasta su oficina.

Al pasar delante de su hangar particular, ordenó apagar las luces y cerrasen las puertas, mientras acompañaba a la policía a la habitación donde quedó el cadáver de Rufus Hibben.

Al entrar, apareció otro coche en el campo; se trataba de una ambulancia con un médico forense y dos internos que le acompañaban.

Los detectives se pusieron a trabajar en el acto midiendo, examinando los tiradores de las puertas, los antepechos de las ventanas, y el pupitre, buscando huellas dactilares.

El médico forense examinó el cuerpo y ordenó lo trasladaran a la ambulancia.

Después interrogaron a todos los hombres del aeródromo, incluyendo a los mecánicos, los pilotos, al joven Sanders y a Fernando, el criado filipino.

Pero todos explicaron a satisfacción de la policía lo que hacían en el momento del crimen y el caso quedó envuelto en el mayor misterio.

Amanecía, cuando los aviadores, rendidos de fatiga por las emociones de la noche, se despidieron de los detectives.

Fernando, el muchacho filipino, se ocupó en limpiar las huellas del crimen.

Bill Barnes, después de contemplar unos instantes el pupitre, ordenó llevasen todos sus papeles y documentos a la sala de mandos, donde los guardó en un cajón de la mesa.

Red Gleason murmuró pensativo al ver esta precaución de Bill Barnes: —¿Tú no crees —preguntó a Cy Hawkins— que el criminal que mató a Hibben se proponía matar también a Bill Barnes?

—¡Así parece! —replicó Hawkins, algo sorprendido y pensativo.

La caída del avión incendiado seguía envuelta en el mayor misterio.

Sus partes metálicas estaban candentes y ardiendo sin llama cuando la Policía practicó un examen superficial, prometiendo investigar el caso más a fondo. Enredados en la armadura veíanse dos cuerpos carbonizados, pero el aparato estaba aún demasiado caliente para registrarlos con la debida atención.

La policía ordenó llevaran unas mangueras y apresuró la extinción mojando los restos. Pero esto no facilitó ninguna otra información. El avión quemado estaba tan

retorcido, que no dejó vestigio del número ni del tipo a que pertenecía, y los cuerpos de sus ocupantes quedaron tan carbonizados, que era imposible identificarlos. Bill Barnes, husmeando entre los restos, descubrió algo. Y llamó la atención de la policía hacia una retorcida ametralladora.

—Es muy extraño que llevaran eso en tiempo de paz, a menos que se tratase de un aparato militar —comentó uno de los detectives, e inmediatamente se puso a investigar si faltaba algún avión del Ejército. La investigación dio como resultado que todos los aparatos militares y navales estaban en sus puestos, lo cual dejó al misterio en la misma situación que antes.

La lluvia había cesado, pero el cielo continuaba nublado y amenazador. A la hora del desayuno se presentó una horda de reporteros y fotógrafos en busca de detalles del accidente y del crimen. El campo de aviación de Bill Barnes resultaba una mina rica en noticias para la Prensa.

Pero a pesar del interrogatorio de los periodistas, ni Bill Barnes ni sus hombres mencionaron el aparato misterioso ni dejaron traslucir su sospecha de lo que pudo ser la causa de toda aquella actividad siniestra.

No obstante, los reporteros sospecharon algo y sacaron sus propias conclusiones, de manera que los titulares de los periódicos aparecieron aquel día con truculentos adjetivos, adelantando la hipótesis de que Bill Barnes, el héroe internacional de la aviación, era acosado por una banda siniestra con propósitos desconocidos.

La noticia, que se radió en los Estados Unidos y por todo el mundo, produjo variado efecto sobre distintas personas. En Seattle hizo que un hombre grueso y de cabellos encanecidos, de unos sesenta años, pasease nervioso de un extremo a otro de una habitación, masticando la colilla de un puro, con grandes muestras de preocupación.

Branders no recibió aún ninguna noticia de Bob Lawton desde la salida del avión y lo anormal del asunto le tenía muy intranquilo. Acercándose al teléfono transmitió varios telegramas y esperó las respuestas.

Un hombre bajo y moreno, con gafas de concha, leyó los titulares de varios periódicos en la habitación trasera de una casa de la calle Market, en San Francisco. Y al incorporarse en su asiento, los ojos le brillaban de alegría y se frotó satisfecho las manos. Breves instantes después mandaba un telegrama en clave al Ministerio de Estado de cierta potencia oriental.

Bill Barnes, ignorante de la publicación de los incidentes que ocurrían en su aeródromo, tenía muchas preocupaciones, pues un comité de acreedores le visitó amenazándole con un embargo si no efectuaba en breve plazo algunos pagos de importancia.

La conferencia con esta delegación de acreedores duró todo el día y parte de la noche.



Por fin los vio partir satisfecho de haber obtenido un aplazamiento de tres semanas.

—Nos dan de plazo hasta el 10 de septiembre —dijo a sus ayudantes—. En esa fecha se lanzarán sobre nosotros y nos quitarán todo cuanto tenemos. Eso representa tres semanas de tiempo para ir a Alaska y adquirir un poco de ese oro. Pero es extraño no hayamos recibido respuesta de Branders.

A la mañana siguiente, una carta remitida por correo aéreo trajo la respuesta. La carta contenía un mensaje breve y enigmático de Branders. Incluía la mitad de un naipe: el siete de bastos.

Entonces llegó el aviso a la sala de mandos que un avión aterrizaba en aquel momento en el aeródromo.

Bob Lawton y su extraño y silencioso piloto llegaron.

## CAPÍTULO VIII

¡ORO!

Shorty Hassfurther, en continua actividad, fue el primero en recibir a los recién llegados y los llevó a la sala de mandos donde Bill Barnes estaba sentado trabajando en su pupitre.

Barnes se levantó y estrechó las manos de los dos hombres, pidiendo después a Shorty que hiciera los honores al piloto. Los dos aviadores salieron mientras el viejo Bob Lawton sacaba una cartera mugrienta y vieja la mitad del siete de bastos.

—Creo que eso me identificará, joven —dijo.

Bill Barnes sacó de un sobre la otra mitad de la carta y las juntó.

—AL parecer es usted el mensajero que yo esperaba —replicó—. Bien, ¿de qué se trata?

EL viejo carraspeó.

—Verá usted —empezó—. Yo he rodado mucho por el mundo, buscando siempre tener la suerte de topar con un filón precioso. Una vez se me ocurrió ir a Alaska. En resumen, un día, perdido y hambriento en medio de una tempestad de nieve, caí al fondo de un barranco y ante mi sorpresa me encontré que allí hacía calor y existía una vegetación tropical. Es un lugar muy extraño, pensé, debo de estar soñando; pero era realidad. Pues aquel sitio resultó ser una especie de cráter volcánico y por eso hacía calor y crecían abundantes flores; una verdadera jungla como las que he visto en Centro América. AL salir medio aturdido, encontré frutos tropicales y mansos pájaros y me puse a comer.

»Pero no es eso lo más grande del hallazgo —continuó—. AL mirar a mí alrededor, buscando agua para beber, descubrí un hilillo de agua deslizándose por entre unas rocas. Al inclinarme a beber divisé algo. El viejo minero hizo una pausa.

—Estaba tan excitado, que por poco me caí. ¡Y esto es lo que hallé! ¡Mírelas!

Bob Lawton sacó las pepitas de oro de su bolsillo y las colocó en el pupitre delante de Bill Barnes que las contempló estupefacto.

La sala de mandos permanecía en silencio. Los pilotos estaban en los hangares o por el aeródromo. No había nadie más allí, excepto Fernando, el criado filipino, que limpiaba las vitrinas, ceniceros y los canastos de los papeles.

—Joven, aquel lugar está lleno de eso. Hay millones de dólares de oro en el fondo de aquel río y más millones esperando la maquinaria para sacarlos. Es una veta madre.

Bill Barnes se levantó en silencio y dirigiéndose a un armario sacó una serie de mapas. Escogiendo uno, lo extendió sobre la mesa.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó.

Bob Lawton siguió con un dedo el curso de un afluente del Yukon, hasta su nacimiento, donde las líneas de contornos del mapa indicaban la forma oscura de un súbito ascenso de la montaña.

—¡Ahí está! —exclamó el viejo minero—. ¡Ahí nos está esperando!

Fernando, el criado filipino, vació el canasto de los papeles y sin que ninguno de los dos hombres se fijara en ello recogió el cenicero de bronce de encima de la mesa, lo vació y después de limpiarlo con cuidado lo volvió a su sitio.

—¿Qué lugares de aterrizaje hay por allí? —preguntó Barnes.

—Eso será lo difícil —reconoció Bob Lawton, frunciendo el ceño—. Me costó mucho trabajo salir de aquel lugar, tuve que hacer una cuerda con bejucos para escalar la cima. Tardé más de medio día en salir del embudo. Luego descendí por la falda de una montaña y eventualmente llegué a un llano. El terreno es allí blando y plano, pero habrá que quemar la maleza que lo cubre. Ese terreno está situado a una distancia de ocho o diez millas del cráter. Hay agua, y creo sería fácil establecer una especie de base de aprovisionamiento.

—¿Pero existe algún lugar de aterrizaje dentro del cráter?

—Me parece será difícil. Aquello es una verdadera jungla. Y lo que no es selva impenetrable, es agua caliente.

—Bien. ¿Hay suficiente agua para amarar?

—¡Ya lo creo! Existe una especie de lago en el centro mismo. ¿Lo dije?

—¿Qué tamaño tiene ese lago?

—Bastante grande. Muy grande.

Bill Barnes se inclinó de nuevo sobre el mapa, observando que existía un valle menor extendiéndose por el Norte del cráter. Sacando un bloc y un lápiz empezó a calcular el tiempo, la distancia, la velocidad de vuelo y el peso del combustible.

Entre tanto, Shorty Hassfurth, fanfarroneando un poco en su papel de anfitrión, llevó al hombre que se identificó como Sidney Marston al comedor donde el personal estaba reunido para la comida. El recién llegado fue presentado a todos. Red Gleason se levantó, mirando al hombre como si le reconociese, y dijo, tendiéndole la mano:

—Me parece que no se acuerda de mí, Marston. Comimos juntos unos días en Isse-sur-Tille. Creo que hemos cambiado mucho los dos desde entonces.

EL recién llegado parpadeó un instante y luego tendió la mano.

—Por supuesto que lo recuerdo —saludó—. Parece que se han juntado ustedes una banda eficiente.

—Regular —contestó Gleason, con modestia.

—¿Qué probabilidades existen de ingresar en su grupo?

Shorty Hassfurth respondió:

—Oh, las probabilidades son buenas para cualquier aviador de la guerra, pero no

hay mucho dinero en ella... todavía —y Shorty puso cara de misterio.

—¿Esperan encontrar pronto una fortuna? —preguntó, indiferente, el recién llegado.

Cy Hawkins respondió con reserva:

—Creo que no se pierde nada con tener esperanzas.

El piloto, sin añadir otra palabra, se sentó a la mesa y empezó a comer.

Shorty Hassfurther terminó su comida primero y desapareció regresando al cabo de unos diez minutos ataviado de una manera fantástica, que él juzgaba la última expresión de la moda. Un traje marrón, camisa y corbata de un rojo rabioso y los calcetines verdes.

En el vasto comedor reinó un silencio glacial.

—¿Otra mujer? —estalló Cy Hawkins en un lamento.

—¿Otra mujer? —repitió desdeñoso Red Gleason.

—Id a freír espárragos —gruñó Shorty—. Este circo de aviadores debe tener una adecuada representación entre la elegancia y belleza masculina.

Los compañeros empezaron a reír al tiempo que se levantaban.

Cy Hawkins se dirigió a su cuarto a cambiar de ropas.

El nuevo piloto se apoyó en la jamba de la puerta del cuarto del aviador, fumando un cigarrillo.

—Son ustedes muy buenos compañeros —comentó.

—Regular —respondió Hawkins, poniéndose la camisa.

—¿Hace mucho tiempo que están con Bill Barnes?

—Unos mucho y otros poco —contestó evasivo.

—Me entran deseos de pedirle empleo a su jefe. ¿Cree existe alguna posibilidad de que me acepte?

—Siempre existe alguna probabilidad.

La conversación fue interrumpida por una voz chillona, gritando en la puerta del comedor.

—¡Cy Hawkins! ¡Cy Hawkins! El jefe desea verlo al instante.

El joven Sanders era quien gritaba.

—¿Crees que puede esperar a que me ponga los pantalones? —inquirió Hawkins con aire patético mientras el muchacho desaparecía—. Me siento embarazado sin esta imprescindible pieza —murmuró—, y un hombre no puede cambiar de naturaleza así como así.

A pesar de sus comentarios, se observó que Cy Hawkins salió de la habitación en pocos segundos camino de la sala de mandos de Bill Barnes.

# CAPÍTULO IX

## APARECE EL AVIÓN DE BOMBARDEO

Apenas transcurrió una hora entre la conferencia de Bill Barnes y Bob Lawton y el momento en que el hombre de las gafas de concha de una casa de San Francisco recibió un telegrama.

El mensaje le hizo ponerse en pie de un salto y remitió sin pérdida de tiempo un cable cifrado a un campo de aviación asiático.

La actividad dio por resultado poner en línea una docena de aviones de aspecto extraordinario.

Tras ellos se alineaba una hilera de aviones más poderosos, destinados evidentemente a transportar muchos pasajeros y carga.

Los sirvientes de aquella flota aérea, pilotos y observadores, mecánicos y radiotelegrafistas, ocuparon sus puestos con la mayor precisión.

Los motores empezaron a rugir con estruendo.

La escuadrilla inició su despegue en grupos de tres, en dirección Nordeste, hacia la cadena de islotes del estrecho de Behring. Desaparecieron en la bruma unas diez horas después de que Bill Barnes y su visitante, el viejo marino, terminaran su conferencia.

Los habitantes de Nome declararon haber oído la trepidación de muchos motores de aviación a las primeras horas de la mañana. Los mineros del Yukon saltaron soñolientos de sus cabañas para escudriñar la oscuridad y extrañarse del estruendo de unos motores poderosos por encima de sus cabezas. Pero nadie en Alaska comprendió de qué se trataba, a excepción de los hombres misteriosos que conducían aquella gran flota aérea.

Y Bill Barnes conocía aún menos ese misterio.

Después de terminar la conferencia con Bob Lawton, mandó a Fernando, el criado filipino, en busca de Cy Hawkins para que fuera a la sala de mandos.

Fernando, al encontrar a Sanders, delegó la orden en el muchacho y marchó a cumplir otro encargo más misterioso.

—Escucha, Cy —empezó Barnes, sin preámbulos—, necesitaremos muchas cosas para este vuelo. Aquí tienes una lista. Compruébala con Scotty y examina los recambios necesarios para los aparatos. Luego tú y Bates lo traéis todo. Deseo que los dos voléis a Nueva York para encargar allí todo lo necesario.

—Deberás tomar el avión de pruebas —continuó—, porque pondré a toda la gente a trabajar preparando los aparatos. Nos dirigiremos a Alaska en cuanto estemos listos, que deberá ser pasado mañana, si consigues que las provisiones y recambios

lleguen a tiempo.

Ninguno de los tres hombres observó cómo el nuevo piloto, que decía llamarse Sidney Marston, entró detrás de Cy Hawkins, y permaneció en el umbral oyendo todo cuanto se decía. Luego, como si se diera cuenta de su indiscreción escuchando una conferencia particular, se retiró al pasillo. Tan pronto como Cy Hawkins salió, entró el piloto visitante.

—Me gusta su campo de aviación y su gente, señor Barnes —dijo—. Me preguntaba si podría emplear a otro piloto. Puede usted examinar mi hoja de servicios. Poseo una serie de condecoraciones francesas e inglesas; y desde luego, mi licencia de aviador civil.

Bill Barnes contempló pensativo al solicitante. Otro aviador sería útil. Había oído hablar de Marston aunque no lo conocía.

—En efecto, podría emplearlo, Marston —respondió, tras un momento de silencio—, pero no puedo ofrecerle grandes beneficios por ahora.

—Eso no importa, señor Barnes —replicó el hombre, con desprendimiento—. Tendré esa esperanza.

—Si acepta con esas condiciones, puede considerarse empleado.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Búsquese un sitio donde dormir —añadió Barnes—, y prepárese para un largo viaje dentro de poco tiempo.

El piloto recién contratado asintió con la cabeza y salió en silencio. Nadie le vio por el lugar durante el resto del día, pues todo el mundo trabajaba con gran entusiasmo.

Cy Hawkins y Beverly Bates partieron hacia Nueva York, maldiciendo el anticuado avión que pilotaban. Aterrizando en Roosevelt Field, tomaron prestado el coche de un amigo aviador y se dirigieron a Nueva York.

Regresaron al aeródromo de noche, una vez terminadas sus tareas.

Reinaba gran excitación en torno al hangar donde alojaron su avión.

—¡Es la cosa más extraña que he oído! —exclamó un aviador—. ¿No sabéis la noticia? ¡Pues nada menos que alguien escapó con un aparato del campo de aviación militar! Se trata de uno de esos aviones de bombardeo, de nuevo modelo. Y lo más extraordinario es que el aparato estaba lleno de bombas, que se cargaron para realizar unas maniobras.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Cy Hawkins.

—Esta tarde, al oscurecer. Sea lo que sea, los militares están furiosos y han mandado aviso de que todo el mundo ayude a la captura del aparato. Por consiguiente, vigilad alerta esta noche.

Cy Hawkins parecía silencioso y grave cuando subió a su aparato, seguido de Bates.

—No me sorprendería que fuese uno de esos granujas que nos han molestado todas estas noches —observó Cy Hawkins—. De ser así, no me extrañaría que intentaran bombardear nuestro campamento para destruirnos.

La respuesta de Beverly Bates se perdió en medio del estruendo del motor cuando deslizándose por el campo el avión despegó, remontándose a una altura considerable rumbo al aeródromo de Bill Barnes.

Cy Hawkins conducía, y al llegar a los cinco mil pies de altura la visibilidad mejoró mucho.

Volaron sin novedad bastante tiempo. Estaban casi a la mitad del trayecto cuando Beverly Bates tocó a su compañero en el hombro, señalando hacia delante, a la derecha.

Cy Hawkins escudriñó el lugar señalado y distinguió el objeto que su compañero indicaba.

Era un potente avión, ancho de alas y de aspecto siniestro; seguía el mismo rumbo que ellos aunque a mayor altura. El extraño aparato no llevaba encendidas las luces de posición, cosa realmente sospechosa.

Los rayos de la luna brillaron un instante de lleno sobre el desconocido aparato.

—¡Cielos! —exclamó Cy Hawkins—. ¡Es ese avión de bombardeo cargado de bombas!

# CAPÍTULO X

## EL ULTIMÁTUM

Fue un día de extraordinario trabajo en el campo de aviación de Bill Barnes.

Los talleres y los hangares bullían de febril actividad. Bajo la dirección de Scotty Mac Closkey se revisaron todos los aparatos de la flotilla. Como todos los hombres ciegos o de débil vista, Scotty tenía extraordinariamente desarrollados los demás sentidos y podía percibir la menor nota discordante en el funcionamiento de un mecanismo que al parecer estuviese en perfecto estado.

Scotty era, además, un trabajador infatigable. Mucho después de que los mecánicos llegaban al convencimiento de que un motor funcionaba a la perfección, Scotty solía insistir en afinarlo aún más, hasta que los mecánicos se rendían bajo su vocabulario mordaz e implacable.

Además de los preparativos de los aparatos, existía el importante problema del personal y del equipo de organización. Debía tenerse en cuenta el aprovisionamiento, combustible y alimentos, tiendas de campaña y ropas para el clima del Norte.

Y además, observó Bill Barnes, debían adoptarse medidas de protección para el caso de ser víctimas de algún ataque por parte de los que intentaran entorpecer la expedición.

Por consiguiente, se instalaron rifles automáticos, ametralladoras, municiones, etc., y las provisiones de reserva adquiridas en Nueva York.

Como si esta serie de actividades y preocupaciones no fuese suficiente, al levantar la cabeza del mapa donde trazaba la ruta, divisó Bill tres o cuatro automóviles que se detenían ante el edificio.

Distinguió alarmado los rostros familiares de varios de los acreedores más exigentes. Tenía la confianza de haber conseguido en la anterior entrevista la concesión de un plazo que le permitiría atender los pagos más urgentes.

Pero vio que entre ellos había otras caras nuevas. Al parecer aquel grupo de acreedores descontentos iban capitaneados por un nuevo jefe, pues a la cabeza de los recién llegados iba Morgan Catesby.

¡Morgan Catesby!

Bill Barnes recordaba las tentativas del influyente banquero para hacerle firmar un contrato cuando terminó su vuelo alrededor del mundo.

¡Morgan Catesby! Entre sus muchas actividades estaba la de controlar una poderosísima compañía aérea a la que deseaba añadir el brillo del nombre del famoso aviador.

Bill Barnes recordó la tempestuosa entrevista en la que rehusó cortésmente una



serie de excelentes ofertas para unirse con el financiero; una entrevista en que el banquero terminó insultando al joven y amenazándole con una serie de calamidades.

Y en aquel momento se presentaba Morgan Catesby capitaneando a un grupo de acreedores, dirigiendo un segundo ataque contra las defensas, no muy fuertes, de Barnes en aquellos críticos momentos.

El joven aviador comprendió inmediatamente las intenciones del banquero.

Morgan Catesby intentaba arruinarlo con objeto de controlar su nombre y sus patentes.

Cauteloso, Bill Barnes esperó que descargara la tormenta. Cosa que no tardó en ocurrir.

El poderoso financiero abrió el ataque con su voz seca y meticulosa.

—Hoy nos hemos enterado, señor Barnes —dijo, carraspeando de una manera importante—, que tiene el propósito de llevarse todos sus aparatos de aquí para una expedición larga y peligrosa...

—¿Me es lícito preguntar —inquirió el aviador, con voz serena—, cómo han recibido ustedes semejante información?

—La forma en que la hemos descubierto no hace al caso —replicó Morgan Catesby, con arrogancia—; lo importante es que sus acreedores no consentirán que saque usted de aquí los bienes en que tan interesados están.

—Me gustaría preguntarle, señor Catesby —dijo Barnes, sin exteriorizar ira alguna—, ¿qué hace usted en la lista de mis acreedores? Si a usted o a su compañía le adeuda dinero mi organización, ésta será la primera noticia que tenga yo del asunto.

—Este punto tampoco hace al caso; pero, sólo a título de información, tengo el gusto de informarle que me he interesado económicamente, y de otras maneras en apoyar los derechos de estos señores.

—Comprendo —Bill Barnes miró de hito en hito al financiero—; no habiendo logrado unirme a su cuadrilla por medios legales, ahora piensa hacer uso de otros procedimientos.

—¡Protesto contra semejante aseveración! —aulló Morgan Catesby, lívido de ira.

—Proteste todo lo que le dé la gana. Eso no cuesta dinero. Pero... continúe su relato. ¿Qué han decidido?

—Algo que no le parecerá muy agradable —la voz del banquero tenía un deje malicioso—. Hemos decidido que no se mueva un solo avión de aquí mientras no hayan sido liquidadas las deudas.

—Ya; y... ¿me es lícito preguntar cómo piensan lograr ustedes eso; y qué autoridad legal tiene para proceder de esa manera?

El banquero echó un papel sobre la mesa de Bill Barnes.

Éste no lo miró siquiera, comprendiendo, perfectamente, de qué se trataría.

—Ahí tiene la orden de embargo preventivo y aquí —el banquero señaló a dos

hombres que se hallaban detrás del grupo de acreedores—, dos funcionarios del juzgado, que se encargarán de que no sean violadas las condiciones de la orden. Bueno será advertirle que corren de su cuenta la manutención y el sueldo de estos señores, mientras se hallen aquí.

—Así, pues, ¿he de entender que el acuerdo a que llegué con estos caballeros, según el cual me daban hasta el diez de septiembre para atender a los compromisos de la organización, es un simple papel mojado?

El aviador, al decir esto, miró a sus acreedores. Algunos tuvieron la decencia de ruborizarse.

—Ah, no, señor Barnes. De ninguna manera —replicó Morgan Catesby con dulzura—; de ninguna manera. Tiene usted hasta el diez de septiembre, como se acordó. Ahora no se trata más que de una simple precaución comercial, para conservar sus garantías aquí, donde las pueden alcanzar.

Bill Barnes echó la cabeza atrás y rió.

—En resumen, que se me concede hasta el diez de septiembre para que pague lo que debo, pero no se me permite que emplee mi equipo para ganar el dinero que necesito. Son ustedes muy generosos y previsores. ¿Es ésta su última palabra?

—Lo es —contestó bruscamente Catesby.

—En tal caso, caballeros, les deseo a ustedes muy buenas noches.

Bill Barnes se puso en pie y los acompañó hasta la puerta.

Estaban todos algo confusos ante su tranquilidad y preciso es confesar que Morgan Catesby parecía inquieto y hasta algo decepcionado.

Pero, si había esperado escuchar lamentos y súplicas de labios de Bill Barnes, andaba muy lejos de conocer al aviador.

El joven vio alejarse a sus pocos agradables visitantes y observó que los del juzgado empezaban a hacer el inventario de todo. Cuando se hubieron marchado los acreedores, se sentó, clavando la vista en el espacio.

El golpe era rudo. Allí, sobre su mesa, yacía el documento legal. Y en el taller y el hangar, los juzgados tomaban nota de cuanto había. Durante un momento pareció desalentado; pero sólo fue cosa de breves minutos. Por fin, decidido, se levantó de su asiento.

En aquel preciso momento sonó el timbre del teléfono. Le llamaban de Roosevelt Field.

Le comunicaron la noticia del robo del aeroplano de bombardeo «Boeing» y añadieron que el aparato había sido visto volando hacia su aeródromo. Le pidieron que hiciera subir algún aparato para darle caza.

El mensaje provenía del campo de aviación militar.

Bill Barnes colgó pensativo el teléfono. Parecía fantástico, pero acababa de

concebir repentinas sospechas. Le habían estado ocurriendo demasiadas cosas extrañas últimamente. Y fuerzas siniestras trabajaban contra él.

Interrumpió sus pensamientos al dirigir una mirada al cuadro eléctrico. La aguja se estaba moviendo. Se acercó al mecanismo. La aguja registraba la presencia de motores potentes a unos 9.000 pies de altura y cuatro o seis millas de distancia.

Se le ocurrió que aquello significaba un peligro para él, para los que trabajaban a sus órdenes y para todo cuanto tenía en el mundo.

Poniéndose rápidamente el mono, cruzó, corriendo, el campo, gritándoles a sus hombres que abrieran el hangar en que se hallaba su misterioso aparato.

De guardia con ellos se hallaba el joven Sanders, que siguió con los ojos muy abiertos, a su héroe, al pasar éste corriendo junto a él, en dirección al hangar.

# CAPÍTULO XI

## LA MUERTE AL CONTACTO

Cy Hawkins volvióse y miró a su compañero al ver el sombrío aparato que volaba delante de ellos, en dirección al Sur, con su cargamento de muerte. No cabía la menor duda de que se dirigía al campo de aterrizaje de Bill Barnes.

Mentalmente, Cy Hawkins y Beverly Bates evocaron todos los horrores de un ataque aéreo; el bombardeo; las ensordecedoras explosiones; el estruendo de edificios al derrumbarse; los lamentos de los heridos y moribundos; el brusco estallar de la gasolina y el aceite; El holocausto de fuego que barre el suelo como sombrío ángel de destrucción.

No era necesario que se lo dijeran para que comprendiesen el peligro oculto en aquel poderoso avión.

Se apoderó de ellos el desaliento. No podría interceptar al aparato antes de que llegase a su objetivo, distante apenas seis millas. A pesar de su desesperación, Cy Hawkins luchó desesperadamente por elevarse con mayor velocidad.

Tenía cierta esperanza de cortarle la retirada a su vuelta, aun cuando sabía que el «Boeing» de bombardeo podía subir más alto que su desvencijado avión, sobre todo después de haberse desembarazado de su cargamento de bombas.

En realidad, se daban cuenta de que cada revolución de la hélice les acercaba más y más a la muerte. Porque era indudable que, si los desconocidos ocupantes del avión de bombardeo habían decidido aniquilar un aeródromo en tiempo de paz, no vacilarían en derribar a tiros a quien se opusiese a su paso. Y, conociendo la construcción de aquellos enormes aparatos de bombardeo, Cy Hawkins sabía que no les faltaba nada en cuanto a armamento defensivo. Entre éste destacaba una ametralladora montada en el piso del avión, apuntando hacia abajo y dispuesta de manera que podía disparar sobre aquellos que, fiados en su indefensión, trataran de atacarle por la parte inferior.

La doble ala de un atacante tan lento en la ascensión, resultaría un blanco facilísimo.

Era inútil que los dos hombres intentaran continuar la persecución, pero prosiguieron, presa de profunda desesperación, esperando ocurriera algún milagro que les permitiera salvar a Bill Barnes, a sus camaradas y al mismo aeródromo.

Un rayo de luna iluminó unos segundos su aparato, y los atentos tripulantes del avión de bombardeo los divisaron al fin.

Aunque la distancia que separaba a ambos aparatos era demasiado grande para conseguir una puntería acertada, Cy Hawkins distinguió que la ametralladora inferior

del «Boeing» estaba disparando.

La boca del cañón aparecía roja a la vaga luz de la luna. En la punta del ala izquierda del avión de Hawkins aparecieron de pronto una hilera de impactos; el aparato acababa de entrar en el radio de acción de la ametralladora.

Sin embargo, Cy Hawkins continuó ascendiendo, oscilando y describiendo líneas serpenteantes, para no ofrecer un blanco fijo, a la puntería de sus perseguidores.

El gigantesco avión de bombardeo se hallaba a dos millas del aeródromo.

Bill Barnes, abrochándose el mono y colocándose el casco, penetró en el hangar encendiendo las luces a la vez que llamaba a sus ayudantes.

Se disponía a subir al avión cuando, de pronto, se dio cuenta que necesitaba cargar de nuevo las baterías. Aunque el avión se elevaría perfectamente, sabía que el tiempo empleado en volver a cargar la batería se recuperaría con creces por la velocidad de la ascensión.

Corrió hacia la parte trasera del taller donde guardaba los acumuladores.

Pensó, al mismo tiempo, en la gasolina, recordando que la anterior ascensión la realizó con muy poca.

—Mira la cantidad de gasolina que hay, Sandbag —gritó al joven, que en el acto lo comprobó.

—Necesita más —respondió el muchacho y, sin pronunciar otras palabras, los dos hombres se pusieron manos a la obra.

Scotty Mac Closkey llegó en aquel momento y empezó a revisar el aparato.

Barnes oyó a Scotty mascullar una maldición y coger unas herramientas.

Breves instantes después, cuando Barnes iba a subir al asiento, el joven Sanders gritó:

—¿Qué alambre es éste que tiene usted conectado, jefe?

—¿Qué alambre? ¿De qué estás hablando?

—Hay un alambre conectado con esta cosa en la pared.

—¿Qué cosa en la pared?

—¡Un momento! —gritó Scotty, agitando frenético una mano en dirección de la pared.

Bill Barnes vio el objeto metálico y cilíndrico y comprendió por instinto de qué se trataba. Permaneció paralizado, sin atreverse a hacer ningún movimiento.

Scotty cogió el objeto con sumo cuidado, desconectándolo al instante.

Los dos ayudantes se acercaron descubriendo en seguida la conexión con la llave del contacto.

—¡Está cargado de dinamita! —gritó Scotty.

—Haz una especie de espoleta para que pueda estallar por simple choque —dijo Bill—. Creo que podré aprovecharlo.

Scotty obedeció las órdenes de su jefe y poco después quedaba fabricada una

poderosa bomba.

—Ve con cuidado —recomendó el mecánico, al entregar el explosivo a Bill Barnes.

Colocando el cilindro a su lado, Barnes salió con el avión, deslizándose por el campo, escudriñando las alturas con ansiedad. Pensó un momento en la conveniencia de no utilizar el acelerador-cohete, temiendo que el impacto hiciese estallar el objeto que tenía junto a él, pero la necesidad descartó todas las precauciones y, un instante después, el avión se remontó.

Cy Hawkins y Beverly Bates observaban, desesperados, el avión de bombardeo, que seguía volando hacia el aeródromo.

De nuevo surgió la leve burbuja de la ametralladora del aparato militar. Esta vez la descarga no alcanzó al avión, y Cy Hawkins continuó ascendiendo, esperando ocurriera algún milagro que impidiese el desastre que presentía.

Y entonces sucedió algo inexplicable.

Una densa niebla colgaba, como una cortina, a la derecha del avión enemigo.

De allí surgió, como una flecha, un objeto pequeño y gris que, a la distancia, parecía una hormiga intentando picar a un halcón.

Se lanzó recto sobre la cola del aparato de bombardeo.

Cy Hawkins pensó que se trataba del avión de Bill Barnes, pero no pudo asegurarse.

Le pareció que los tripulantes del avión militar podían, con facilidad destruir al pequeño aparato. El poderoso avión estaba en situación ventajosa y podía destruir al otro con las ametralladoras traseras.

Cy Hawkins vio entonces una descarga de balas luminosas que, como una serie de luciérnagas, surgieron del diminuto aparato. Por lo visto, aquella primera descarga salió errada, pues el avión gigantesco prosiguió su marcha.

Una segunda serie de brillantes rayos se extendió por el cielo, cuando el otro aparato hendió el espacio con la velocidad de un proyectil.

Los tripulantes del avión de bombardeo divisaron, por fin, a su nuevo atacante. De pronto, el artillero de la parte trasera del «Boeing» entró en acción y la ametralladora que manejaba empezó a disparar.

El diminuto aparato atacante siguió avanzando en medio de la lluvia de balas, como una mosca persiguiendo a un águila.

El pequeño avión disparó por tercera vez. Al parecer, utilizaba solamente balas luminosas. Esta última descarga produjo algún efecto en el gigantesco avión, pues cambiando de dirección se zambulló en un esfuerzo desesperado para embestir a su diminuto adversario.

De pronto, el audaz piloto del avión de caza hizo una sorprendente maniobra y con una desconcertante virada en redondo fue a colocarse a unos centenares de

metros detrás de su gigantesco enemigo.

Cy Hawkins y Beverly Bates no comprendieron el motivo de la extraña maniobra.

Para Bill Barnes, que conducía su poderoso y veloz aparato, era muy sencillo. Con su ametralladora, estaba seguro de derribar, envuelto en llamas, al avión de bombardeo. Pero volaban sobre una parte de Long Island muy poblada.

El impacto del gigantesco avión de bombardeo con el suelo, provocaría la explosión de las bombas de que iba cargado y que destruirían muchos hogares y familias. Debía acabar con el enemigo en el aire y el objeto cilíndrico que llevaba en la mano era el medio de conseguirlo.

Fue cuestión de una fracción de segundo.

Cuando el diminuto aparato descendió veloz sobre el de bombardeo y se inclinó sobre el ala del enemigo, Barnes lanzó contra él, con todas sus fuerzas, el cilindro de dinamita.

Desde dos millas de distancia, Cy Hawkins vio cómo el pequeño aparato hacía frente a las mortíferas descargas del avión de bombardeo y luego le divisó lanzado hacia atrás en las inmensidades del espacio, y en aquel momento ocurrió una cosa maravillosa.

EL gigantesco aparato pareció desintegrarse en silencio en la quieta inmensidad de los cielos. Se vio una esfera inmensa de humo azulado, una roja llamarada y diminutas partículas de objetos oscuros que caían a través del espacio. El avión de bombardeo estaba destruido.

Unos segundos más tarde llegó a los aviadores el estruendo de la terrible explosión. Una frenética alegría hizo vibrar las almas de aquellos dos centinelas de los cielos, cuando su propio aparato estremecióse con violencia a causa de la conmoción producida en el aire por la explosión de la bomba.

Pero la alegría fue breve, y, de repente, Cy Hawkins palideció al ver como el aparato de Barnes vacilaba un momento y, por fin, caía a tierra como un pájaro herido de muerte.

## CAPÍTULO XII

### ALAS DE ODIO

Dos grupos creían haber acabado para siempre con Bill Barnes y los suyos.

Uno de estos grupos tenía su cuartel general en cierta casa situada detrás de Market Street, en San Francisco.

El otro se hallaba en cierto despacho, lujosamente amueblado, del piso cuarenta de un gran edificio de Wall Street: en la oficina del arrogante Morgan Catesby.

El financiero estaba seguro de que no tenía ya qué temer a Bill Barnes.

De acuerdo con tal creencia, dirigió un telegrama a la lejana ciudad de Seattle, telegrama que llegó a manos de cierto hombre barbudo que se había pasado horas enteras merodeando por los alrededores de la casa en que vivía el cano y rubicundo Branders.

Y, tal fue el contenido del telegrama, que el hombre abandonó su vigilancia y se dirigió a un rancho situado a diez millas de la ciudad.

Tal vez fuera rancho aquello; pero, si lo era, crecían en él extraños productos, pues sus numerosas dependencias servían de hangares a una colección de aviones digna de un campo de aviación de primera clase.

Los hombres que cuidaban de dichos aparatos, sin embargo, no tenían nada de dignos. De haberse examinado sus antecedentes, se hubiera visto que se trataba de los lobos y chacales de la aviación; hombres de deficiente mentalidad, algunos de ellos de nacimiento, otros por la tensión del oficio u sentido moral había desaparecido, cediendo su lugar a algo más siniestro.

Si las autoridades hubiesen estado alerta, hubieran hallado entre aquellos aviadores a hombres reclamados por un sin fin de delitos, desde el contrabando de joyas, a la introducción de chinos y estupefacientes.

El jefe de ellos era el propio Godfrey Morton.

Sólo gracias a los múltiples agujeros de escape que había en las leyes norteamericanas, y a la abundancia de abogados que viven al margen de la Ley, logró Godfrey Morton conservar su libertad.

Aún así, estuvo cinco veces a punto de dar con sus huesos en la cárcel y las puertas de la misma seguían abiertas para recibirle.

Unos, los menos avisados, le llamaban Monje; otro, «Mico Morton», por su aspecto, pues se le mirara por donde se le mirase parecíase a un simio. La enorme mandíbula, los labios carnosos, la nariz aplastada, las cejas pobladas y salientes, y los ojos pequeños, demostraban que se hallaba apartado un grado o dos tan sólo de los antropomorfos. Sus largos brazos y su manera de andar recordaban, aún más, los de



un mono.

Podía decirse lo que se quisiera acerca de la moralidad de Mico Morton; pero ni sus mayores enemigos podían menos que admirar su habilidad como aviador. Era uno de esos hombres que parecen nacidos para volar.

Y Morton odiaba con toda su alma a Bill Barnes y sentía una profunda envidia por la fama que su rival había sabido conquistar.

Esto fue lo que hizo más atractiva la oferta de Morgan Catesby. Morton se alistó, sin vacilar, a las órdenes del financiero neoyorquino, en cuanto supo que había de luchar contra Bill Barnes. Y estaba impaciente por empezar el ataque contra el hombre a quien consideraba su rival.

Por fin, creyó llegado el gran día, al recibir de Morgan Catesby la noticia de que se habían acabado las actividades de Bill Barnes.

El financiero agregaba que debía seguir adelante con el plan convenido de antemano. Al propio tiempo le dio instrucciones para que pudiese llegar, con sus tripulantes, al oasis secreto.

Mico Morton se levantó del asiento que ocupaba junto a su mesa y, con aquel paso de simio que le caracterizaba, acercóse a la puerta y gritó de una forma que hizo acudir rápidamente a sus hombres.

Dio una serie de órdenes breves. Los hombres se desbandaron y corrieron a sus aparatos. En un segundo, el silencioso rancho pareció despertar al ponerse en marcha motor tras motor.

Y los aviones fueron elevándose, en grupos de tres y cuatro, dirigiéndose hacia el Norte, con el potente y aerodinámico aparato de Mico Morton a la cabeza.

Los silenciosos bosques de la Columbia Británica oyeron durante la noche el trepidar de los motores, por encima de las copas de sus árboles.

Las aguas de Puget Sound hicieron repercutir el clamor de su paso. Los acantilados y las montañas resonaron con los rugidos de aquellas enormes aves de paso, y su eco repercutió hasta el Yukon.

Como ondulante línea de pájaros emigrantes, la escuadrilla de Morton se dirigió, en línea recta, hacia el misterioso cráter, coronado de nubes, que se alzaba por encima de las colinas de un afluente del Yukon.

Ningún accidente interrumpió su avance, y no preveían dificultad alguna en llegar a su meta muchos días antes que cualquier escuadrilla de aviones que quisiera interceptarles el paso. Llegaron al amanecer, aterrizando, como fatigadas aves, en la tundra que rodeaba el cráter. Llenos de júbilo, los pilotos se reunieron con su jefe, comieron poco y bebieron mucho, brindando repetidas veces por el éxito de su aventura.

Mico Morton, siendo ante todo un buen caudillo, organizó un campamento base; mas, para no perder tiempo, envió tres de sus aparatos más veloces a que exploraran

el cráter y buscasen campos de aterrizaje dentro de la circunferencia de su elevado borde.

Los aviadores salieron sin preocupaciones, alegres, en formación triangular, volando hacia la corona de nubes que ocultaba el borde del cráter.

Delante de ellos, aparecía la oscura profundidad del valle, cubierto de arboleda, que llegaba hasta el costado de la montaña en cuya cima se abría el cráter.

Nada vieron, ni oyeron, que les anunciara peligro alguno oculto en aquel valle.

Y, de pronto, los tres pilotos vieron, aturdidos, aparecer ante ellos una serie de florones negros.

Dos de los exploradores, ex-pilotos del Ejército durante la Guerra Europea, soltaron una exclamación al reconocer en aquello el estallido de proyectiles de cañones antiaéreos. No comprendían cómo podían existir semejantes cosas tan lejos de toda civilización.

El primer avión se tambaleó entre las negras nubecillas de las explosiones.

De pronto, pareció detenerse en seco, vaciló un momento y, por fin, cayó, dejando tras sí un chorro de humo y llamas.

Aturdidos aún por lo inesperado del misterioso ataque, los otros dos pilotos siguieron adelante. Debajo de ellos —y a su alrededor— se vieron los florones de humo y llamas, heraldos de la muerte y de la destrucción.

El segundo avión osciló violentamente al arrancarle una explosión la mitad de un ala. Su piloto, desesperado, descendió para salirse del nivel de las explosiones y, dando un rodeo, voló, como pájaro herido, a buscar el refugio del campamento base.

El tercer aeroplano logró, milagrosamente, cruzar la faja fatal. El piloto, que estaba a punto de exhalar un suspiro de alivio, soltó, en su lugar, una exclamación de terror.

Desde una altura de mil pies por encima de su aparato, se dirigían hacia él disparando con sus ametralladoras, tres aviones, cuyo extraño y plateado brillo les hacía casi invisibles en la luz matutina. Más arriba veíanse otros tres. Y aún más allá del segundo trío, volaban tres aviones más.

El solitario piloto descendió, viró, se retorció, buscando refugio de la misma forma que un ratón de campo procura evadirse, desesperado, de las garras de un grupo de halcones, haciendo un último esfuerzo para refugiarse en el lugar en que estaban acampados sus compañeros.

Implacablemente, el primer trío de aparatos le persiguió, disparando proyectiles que dejaban un rastro de humo que permitía ver a los perseguidores si la puntería era buena o no.

Sólo cuando logró apartarse del oscuro valle y descender, desesperadamente, hacia el lugar de la tundra donde se hallaba el campamento, sus perseguidores abandonaron la caza y desaparecieron tan misteriosamente como habían aparecido.

Aquella oposición que tan inopinadamente se presentaba, no había pasado inadvertida para Mico Morton. Escupiendo como un gato, lo había visto todo con ayuda de unos potentes prismáticos de campaña, profiriendo maldiciones al ver los primeros disparos y la aparición de los aviones plateados semiinvisibles.

Perdió muy poco tiempo lamentándose de la pérdida de su primer avión, y apenas saludó a los pilotos de los otros dos. Pero era típico de Mico Morton no darse por vencido al primer encuentro.

—Alguien nos ha cogido la delantera —gruñó en su extraña voz aguda y resonante—. No sé quiénes serán, pero son gente de cuidado. Volaremos un poco esta noche y procuraremos averiguar dónde se ocultan. ¡Aguardemos a que caiga la noche y entonces veremos quién puede más!

# CAPÍTULO XIII

## EN APUROS

Lejos de allí, al Sur, al otro lado del continente, Bill Barnes caía a lo que todos creían una muerte segura.

Se había olvidado por completo de sí mismo en su esfuerzo por salvar la vida y el hogar a la gente inocente que dormía allá abajo, en tierra. Tan embebido estaba en su obra, que no se paró a pensar que era muy probable que aquella enorme explosión en pleno aire inutilizara o destrozara su avión.

Volaba a una velocidad terrible al pasar sobre el aparato de bombardero; pero se hallaba, escasamente, a cincuenta pies por encima del mismo cuando lanzó el cilindro y no tuvo tiempo de alejarse lo bastante de él antes de que estallara con horrísono sonido, explosión que fue seguida por la de las bombas que llevaba el «Boeing».

Ocurrieron estas cosas tan rápidamente, que fue como una explosión instantánea que despidió a su avión hacia fuera y hacia abajo.

Un trozo de metal cortó el ala derecha de su avión, como si hubiera sido un par de gigantescas tijeras. Y algo le había ocurrido al mando del aparato.

Aturdido y mareado por la creciente velocidad, aún conservó suficiente instinto de aviador para intentar contener su caída.

Atravesó una nube, luchando desesperadamente por recobrar el dominio de su aparato medio destrozado.

Muy lejos, por debajo de él, apareció la tierra y luces que parecían subir para encontrarse con él.

Hasta que no le hubieron fallado todos los demás procedimientos, no se acordó de las posibilidades de su aparato.

Fue entonces cuando echó mano a la palanca que operaba las hélices de helicóptero escondidas, detrás de él, en el cuerpo de su avión.

Temió que su descenso fuese demasiado rápido ya para permitirle abrir las hojas de la hélice. Era posible que el aire las arrancara por la brusca presión contra ellas. A pesar de su mareo, se serenó lo suficiente para ir sacando la hélice, poco a poco, de modo que sufriera lo menos posible.

Empezó a girar, chirriando y, durante un segundo, creyó seguro que le fallaría. Aguardó, con todos los nervios en tensión, esperando oír el chasquido que le anunciara la destrucción de su última defensa contra la muerte.

Entonces fue cuando se cortó su caída tan bruscamente, que le tiró, con violencia, hacia delante. Cuando recobró el equilibrio, el avión había dejado de caer como una

piedra y descendía, en espiral, a una velocidad cada vez menor.

Las luces de aterrizaje de su campo, brillaron bajo él. Empezó a manipular palancas, tirando, cediendo, hasta que el aparato aterrizó suavemente en un rincón apartado, del campo.

Un grupo de sus hombres le rodeó casi inmediatamente, ayudándole a salir.

Le bombardearon a preguntas; pero él miró hacia arriba, donde las luces gemelas de un avión anunciaban la llegada de Cy Hawkins y Beverly Bates.

Unos momentos después, éstos aterrizaban, ayudaban a meter su aparato en el hangar y se unían al grupo que había seguido a Bill Barnes al cuarto de mandos.

Scotty Mac Closkey, cacareando como una gallina, había reunido ya, a su alrededor, a sus esclavos y empujaban el aparato de Bill Barnes a su hangar particular, preparándose para arreglar los desperfectos que había sufrido.

Una vez en el cuarto de mandos, Bill Barnes se quitó la ropa de vuelo y se sentó sobre el borde de la mesa de dibujo, con la misma tranquilidad que si nada hubiera ocurrido.

Los hombres que le rodeaban estaban muy serios y con los nervios en tensión. Discutían, furiosos, aquel último ultraje: el intento de bombardearlos de noche, intento que de milagro no se había convertido en realidad.

—Me parece que vamos a tener que irnos de aquí mientras podamos —aseguró Shorty Hassfurth.

Un gruñido afirmativo demostró que los demás estaban de acuerdo con él.

—Todo eso está muy bien —asintió Barnes—; pero, ¿y nuestros dos amigos los alguaciles que están para que no se mueva nada? ¿Qué hacemos con ellos?

Shorty Hassfurth y Red Gleason se miraron y se echaron a reír. Red hizo un movimiento de cabeza, para indicar a Shorty que hablase él.

—Verá usted, jefe —Shorty carraspeó, vacilando—, es que... bueno, pues los alguaciles no son malos chicos. Me puse a hablar con ellos y averigüé que uno de los dos había servido en el mismo regimiento que Red Gleason en Francia. Naturalmente, eso fue motivo para que echáramos una copa. Resultó que el otro alguacil sirvió en la Marina e iba con los barcos que escoltaron al regimiento de Red Gleason hasta Francia. Eso bien merecía otra copa. Luego supimos que uno de ellos, Maguire, nació y se crió en la misma población que yo. Naturalmente, nos bebimos otra copa. El otro, Russo, fue mecánico en Isse-sur-Tille durante la guerra y, antes de eso, estuvo con el Cuerpo de Aviación italiano. Eso bien valía todo un rebaño de copas. Sea como fuere, el caso es que, entre una cosa y otra y, tal vez, después de dos o tres copas más, los dos dijeron: «¡Al diablo con sus alguaciles! ¡Vamos a alistarnos con ustedes!».

Shorty miró a su alrededor, sorprendido por la sonrisa que apareció en el semblante de todos.

—Shorty —dijo Bill Barnes—, ya sé que sirves. Confieso que más de una vez me he preguntado para qué. Ahora lo sé. Shorty, como vencedor de la oposición enemiga, no hay quien pueda contigo.

—¿Y yo, jefe? Yo me encargué de beber mientras Shorty se dedicaba a hablar —se quejó Red Gleason.

—Bueno —dijo Bill, pensativo—; estamos en una situación difícil. Si nos vamos de aquí, violamos las leyes del país y, si nos quedamos, no sólo nos dejan sin camisa, sino que corremos el riesgo de que nos bombardeen, disparen contra nosotros, o nos eliminen de una forma u otra. Me parece a mí que la mejor manera de servir a la justicia, es que nos larguemos, ganemos dinero y volvamos, sanos y salvos, a pagar lo que debemos.

Todos ellos dieron un grito de aprobación. Bill Barnes recorrió con la mirada sus semblantes. En todos sorprendió una expresión de entusiasmo, salvo en el de Sidney Marston, el piloto recién incorporado, que se hallaba detrás de los demás, escuchando, con los ojos brillantes, la conversación.

Detrás de ellos, en el umbral, estaba Fernando, el filipino, con una bandeja de comida destinada a su amo.

—¿Cuándo va a llegar aquí lo que fuisteis a encargar? —preguntó Bill Barnes, dirigiéndose a Cy Hawkins y a Beverly Bates.

—Según mis cálculos, debiera llegar durante el día, cerca del anochecer —contestó el primero.

—Está bien. Así, pues, intentaremos prepararlo todo mañana y salir de aquí dentro de tres o cuatro días. ¿Estáis todos conformes?

—Ya lo creo, jefe —contestaron varias voces; pero se observaba una carencia bastante grande de entusiasmo en su tono.

Se veía claramente que los hombres de Barnes querían ponerse en marcha lo más pronto posible.

—Bien. —Barnes dio fin a la conferencia poniéndose en pie—. Descansad todo lo que podáis, porque nos esperan varios días de rudo trabajo. Preferiría que ninguno de vosotros abandonase el campo esta noche, y que todos os fueseis a dormir.

Dicho esto, salió del cuarto y se fue al hangar donde estaban reparando el ala estropeada.

Los hombres salieron, silenciosos y pensativos, dirigiéndose cada uno de ellos a su cuarto, salvo Red Gleason, que siguió a su jefe y entró en el hangar-taller con él.

—¿Cómo va eso, Scotty? —preguntó Bill Barnes.

—Es una labor muy difícil —gruñó el interpelado, sin dejar de trabajar.

—¿Cuánto tardarás en acabar?

—Eso no lo sé.

—¿Estará terminado para el amanecer?

Scotty soltó un resoplido, asintiendo con un violento movimiento de cabeza.

Bill Barnes no le interrogó más, sino que se puso a pasear alrededor del aparato, examinándolo todo, seguido de Red Gleason.

Cuando estuvieron al otro lado del timón, éste último preguntó:

—No tienes la intención de quedarte aquí tres o cuatro días más, ¿eh, jefe?

—Lo has adivinado, Red. No nos quedaremos aquí ni un minuto más de lo necesario para acabar estas reparaciones.

—Lo que será, aproximadamente, hasta las cuatro de la mañana, ¿no?

—Poco más o menos, calculo yo. Pero... ¡ni una palabra a nadie! Iré yo, personalmente, a despertar a todo el mundo. Sacaremos de aquí todo lo que pueda volar antes del amanecer.

# CAPÍTULO XIV

## SOLO DIEZ MINUTOS

Los hombres de Scotty trabajaron febrilmente, empujados por la lengua mordaz de su jefe inmediato; pero impulsados, también, por el convencimiento de que se preparaba algo. Bill Barnes llamó aparte a uno de ellos —un hombre alto, de cara llena de pecas, inteligente, que vestía un mono muy gastado y grasiento.

—Gardiner —le dijo—, eres el experto en armas de nuestro equipo, ¿quieres escoger un par de hombres y ponerte, en seguida, a montar ametralladoras en todos los aviones que nos vamos a llevar? Aquí tienes la lista. De mi aparato no necesitas preocuparte; ya está armado. Coloca ametralladoras delante en cada uno de los «Snorter»; así tendremos cuatro aviones de persecución.

Hablaba de los famosos «Snorter Barnes», de dos asientos, construidos para el gobierno. Sus características eran: capacidad de elevarse con gran rapidez, velocidad mayor que ninguno de los aviones al servicio del gobierno, y la facilidad con que podía maniobrarse con ellos.

Eran una verdadera obra de arte y estaban destinados a ser adoptados por las autoridades. El único motivo de que no lo hubieran sido ya, era una serie de retrasos inexplicables y de burocracia incomprensibles que Bill Barnes achacaba a las actividades de Morgan Catesby, que intentaba venderle sus productos al gobierno.

Sea como fuere, los aparatos eran hermosos, nuevo modelo anfibia, capaz de aterrizar sobre tierra o nieve y de amarar, para lo cual iban provistos de flotadores, ruedas y patines. Todos estaban orgullosísimos de aquellos aparatos, y con razón.

Porque sus motores les daban una velocidad de doscientas diez millas por hora, que podía reducirse a noventa millas para aterrizar. Comprendían todos los últimos adelantos, incluyendo el piloto automático, con su control giroscópico, que mantenía automáticamente a la aeronave a una altura predeterminada y la conducía en la dirección a que se le hubiera puesto.

Iban equipados con aparatos de radio último modelo y eran, en todos los aspectos, la última palabra en la aviación.

A la lista de los cuatro «Snorter», Bill Barnes agregó el monoplano de gran velocidad, propiedad de Sidney Marston y ordenó que se le equipase de ametralladoras.

Completaban la lista tres aviones pesados, de camarote y tres motores, relativamente lentos, pero de gran capacidad para el transporte de carga.

En todos estos aparatos, Bill Barnes había convertido la capacidad para el transporte de viajeros, en espacio para mercancías, facilitando, incluso, la carga,



mediante agujeros abiertos en el techo del aparato.

Bill Barnes siguió adelante. Entre los personajes con quienes se entrevistó, figuraba un individuo delgado, cadavérico, de rostro sardónico y cabeza brillante y calva, que presidía los destinos de la cocina. Era el propio Dan Humphreys que sabía hacer cosas maravillosas con una sartén y podía servir cualquier comida, desde un banquete de ocho platos digno de un príncipe hasta un guisado en el desierto.

Bill Barnes era lo bastante buen jefe para darse cuenta de la importancia de la comida y empezó a discutir con el cocinero lo que necesitarían.

Por fin, el viejo Dan salió dando resoplidos y lleno de energía, buscó a su ayudante y los dos hicieron maravillas empaquetando provisiones.

Barnes continuó sus actividades tranquilo, en la creencia de que nadie estaba enterado de lo que hacía. Ignoraba que Morgan Catesby había sido despertado a altas horas de la noche por el timbre de su teléfono.

Una voz le dijo:

—Siento sacarlo de la cama; pero quiero advertirle que Bill Barnes y sus hombres se van a marchar de aquí con todos sus aeroplanos. ¿Cuándo? No tardarán mucho. ¿Los dos alguaciles? —el que hablaba soltó un resoplido—. No sirven para nada. Van a alistarse en la organización de Bill Barnes y marcharse con él.

Morgan Catesby colgó el aparato después de hacer varias preguntas y volvió a descolgarlo inmediatamente para llamar a uno de sus principales ayudantes.

—Sí, señor —respondió una voz soñolienta—. Tendré preparado el avión. Sí, señor; ya comprendo. He de llamar al sheriff Johnson inmediatamente y conducirlo a él y a sus ayudantes al campo de aviación. ¿Cuánto tiempo? Oh, podemos ponernos en marcha, recoger al sheriff y a los suyos y aterrizar en el campo de Bill Barnes antes de dos horas. No se preocupe; impediremos ese vuelo.

Mientras esto ocurría, el aviador apresuraba los preparativos para la marcha.

Otro grupo de hombres fue encargado de cargar la lista de herramientas, piezas de repuesto y provisiones que dio Scotty Mac Closkey, en los grandes aviones de tres motores. Otra de las cosas a cargo de Gardiner era el cargar municiones. Un tercer grupo sacaba los techos y paredes de lona y postes articulados para la construcción de hangares temporales.

Hechas estas cosas, Barnes llamó a Fernando, el filipino, y le ordenó que cargase su equipaje particular en su avión.

Mientras los soñolientos pilotos aún recogían su equipaje particular, Bill Barnes les fue asignando aparatos, dando a cada uno una nota escrita, que le indicaba el avión que había de conducir y los pasajeros o carga que había de transportar.

Barnes, naturalmente, pensaba conducir su propio aparato. Los cuatro «Snorter» habían de ser pilotados por Gleason, Bates, Cy Hawkins y Shorty Hassfurth, cada uno de los cuales debía escoger un mecánico que se encargara de las ametralladoras.

El monoplano de camarote pilotado por Sidney Marston, transportaría al mismo Bob Lawton.

El primero de los tres transportes trimotores lo conduciría Scotty Mac Closkey que llevaría a su lado a Sandbag Sanders para que hiciera de ojos suyos durante el vuelo. El avión estaba ya cargado de gasolina y aceite, piezas de repuesto, herramientas, municiones de reserva y las diversas cosas que Scotty necesitaba para su trabajo.

El segundo trimotor iría pilotado por Gardiner, ayudado por Russo, ex-alguacil y ex-aviador de guerra, junto con el cocinero Dan Humphreys, su ayudante y Fernando como pasajeros, mientras, en la parte reservada para la carga, iban provisiones, baterías de cocina y el equipaje particular de los hombres.

El tercer trimotor lo conduciría Boswell, uno de los mecánicos que tenía licencia para volar. Llevaba como pasajeros al otro ex-alguacil (Maguire) y los cinco mecánicos restantes, mientras que, como carga, transportaba los hangares de lona, tiendas de campaña, instrumentos de repuesto y gasolina.

El campo era una colmena de actividad. Los hombres, emocionados ante la inminente aventura, sintieron intensificada su emoción al entregar Bill Barnes a todo el que tenía armas ya, una pistola y siete cargadores. Se sacaron pistolas Very, de hacer señales, una caja de granadas de mano, y una docena de bombas aéreas ligeras para meter en cada avión.

Scotty aún trabajaba en el aparato de Bill Barnes. Los demás se cuidaban de acabar de cargar, de sacar los aparatos y poner el motor en marcha y engrasarlo.

Barnes consultaba de vez en cuando su reloj de pulsera, dirigiendo miradas ocasionales al cielo.

La noche era oscura y resultaba imposible ver cosa alguna fuera del alcance de las luces del campo, conque Barnes echó una mirada a la esfera del oído eléctrico.

Vio, de pronto, que la aguja se estaba moviendo y empezó a preocuparse.

Porque de nuevo se oyó el trepidar del misterioso motor que había sonado por encima del campo de aterrizaje durante las últimas noches. Se hallaba, otra vez, a 14.000 pies de altura y, como en otras ocasiones, se paró su motor de pronto.

Como si aquello no bastara, vio que la aguja empezaba a oscilar de nuevo.

Y, aquella vez, registraba la presencia de otro avión procedente del Norte y a no más de treinta o cuarenta millas de distancia.

Bill Barnes comprendió, instintivamente, que alguien había hablado. La hora no era como para que anduviese por el aire ningún avión. Debía tratarse de alguien enviado para interceptarle.

Llamó a los dos hombres casados a quienes dejaba atrás para cuidarse del lugar y colocó a uno de ellos, de guardia, junto al oído eléctrico.

Hecho esto, salió apresuradamente, dando órdenes a sus hombres para que se

dieran prisa.

El único a quien era imposible meter prisa, era Scotty Mac Closkey y Bill Barnes se quedó a su lado mientras éste comprobaba meticulosamente el trabajo que había hecho y apretaba el ala nueva.

—¡Date prisa, Scotty! —le dijo Barnes—. Creo que vienen a buscarnos.

Dicho esto, salió a ver los demás aviones.

—¡Echad todo a bordo con toda la prisa que podáis, y empezad a calentar los motores! —gritó.

En aquel momento se oyó la voz del que se hallaba junto al oído eléctrico.

—¡Viene aprisa! —exclamaba—. ¡Llegará aquí antes de diez minutos al paso que va!

Bill Barnes miró a su alrededor. Sus hombres hacían esfuerzos sobrehumanos por cargar a toda prisa lo que faltaba.

¡Diez minutos!

Parecía imposible que pudiesen acabar de cargar y despegar del suelo en tan poco tiempo.

# CAPÍTULO XV

## TENTÁCULOS DE MUERTE

Entre todo aquel jaleo y todas aquellas prisas, había un individuo que se conservaba completamente sereno. Beverly Bates, su avión cargado, motor en marcha, había estado preocupado y distraído. Por fin, como si se decidiera, dirigió una rápida mirada a su alrededor y se fue a la casita de Bill Barnes.

Fernando, el filipino, salía con un saco debajo del brazo; pero el bostoniano le pasó de largo y entró en la biblioteca donde el pobre Rufus Hibben había muerto tan misteriosamente.

Una vez allí, sacó una cinta métrica, midió paredes, suelo y mesa y apuntó el resultado en un librito de notas. Luego se pasó unos momentos absorto en reflexión. Sus meditaciones fueron interrumpidas por un grito de fuera y salió, casi con pena, de su abstracción, dirigiéndose al campo.

El lugar había alcanzado el punto culminante de su actividad. Todos completaban, apresuradamente, los preparativos para marcharse antes de que ocurriera ninguna otra cosa que les impidiera ponerse en marcha hacia el lejano y misterioso cráter del interior de Alaska.

Misterioso y raro como ya era dicho lugar en sí, lo estaba resultando más por los singulares acontecimientos que en él se desarrollaban en aquellos momentos.

Mico Morton había escondido sus tiendas de campaña y sus hangares temporales en un cañón pequeño, amparados contra las miradas de sus enemigos. El cañón se abría por un extremo hasta formar un espacio de unas hectáreas de terreno que le servía de punto de aterrizaje y arranque de sus aparatos.

Y los aviones habían salido según sus planes.

Pero algunos de ellos no habían vuelto.

Decidido a explorar el cráter de noche, envió uno de sus aviones de persecución, de un solo asiento, pilotado por Bats Godowski, aviador de mala fama, pero indudable destreza. Le había ordenado que volase sobre el cráter y el valle y volviese a decirle qué había visto.

Iluminaba la noche una débil media luna que daba suficiente luz para que pudiesen seguirse, desde tierra, los progresos del solitario aviador.

Bats Godowski ascendió rápidamente, describió un círculo sobre el valle fatal, y se dirigió, luego, hacia la nube que ocupaba la cima y el cráter.

Los hombres en tierra, con la vista fija en la misteriosa nube, aguardaron el regreso de su compañero; pero en vano.

Transcurrieron diez minutos... media hora... una hora entera. Mico Morton, soltando un gruñido salvaje, tuvo que reconocer que algo le habría ocurrido a su explorador.

Lo extraño era que no se había visto fuego alguno ni oído disparar.

Resultaba misterioso en extremo; pero Mico, implacable y determinado, ordenó, inmediatamente, que se elevara otro de sus hombres, un alemán que había batido todos los records de lucha aérea en el frente oriental; pero que, más tarde, había tenido que salir de Alemania aprisa y corriendo en circunstancias extrañas.

Se llamaba a sí mismo Muller; pero no cabía la menor duda de que se trataba de un nombre supuesto. Muller carecía de imaginación y tenía los nervios de acero.

Despegó, acercándose cautelosamente a la extraña nube por la que había desaparecido su compañero.

De nuevo le siguieron desde tierra con la vista. Muller no volvió a aparecer.

Gruñendo, furioso, para sí, Mico Morton, que a pesar de todas sus faltas era valiente hasta la temeridad, se acercó a su propio avión y ordenó a uno de los hombres que ocupara el puesto junto a la ametralladora de atrás.

Mico despegó, describió un ancho círculo, alejándose del valle fatal, y se aproximó al cráter desde el lado opuesto al escogido por sus dos hombres.

En cuanto llegó a la nube, voló dentro de ella, con la extremidad de un ala fuera. Tan densa era la niebla en el interior, que no era posible ver más allá que unos cuantos pies de distancia.

Dio dos vueltas, luego se internó más en la nube.

Fue entonces cuando el encargado de la ametralladora vio a su jefe tirar rápidamente de una palanca y se vio proyectado violentamente hacia atrás por la brusquedad con que descendió el aparato.

Porque Mico, en el colmo del asombro, había visto lo que parecía un largo y ondulante tentáculo que se alargaba hacia él desde la neblina de arriba. Muy arriba, Mico Morton presintió más que vio la inminencia de un bulto enorme y siniestro que parecía hallarse peligrosamente cercano.

Se alejó de allí lo más aprisa que pudo, enervado a pesar de su valor habitual, y volvió a aterrizar junto a su campamento.

No dijo una palabra de lo que había visto, limitándose a prohibir que volase nadie en la vecindad del cráter. Pero el misterio de aquel tentáculo que había sentido, le turbaba el pensamiento. Y se sintió inquieto y desmoralizado, porque rara vez en su vida se había encontrado con cosa desconocida.

Mico Morton, sin embargo, era obstinado. Habló a unos cuantos de sus hombres del tentáculo al que había logrado sustraerse y que, indudablemente, habría alcanzado a Godowski y a Muller. Sus hombres menearon la cabeza, aturcidos, mirando con cierto temor hacia la extraña nube.

—De nada sirve arriesgar la vida de más hombres y aparatos allá arriba —gruñó Mico—; nos quedaremos por aquí y dejaremos que Bill Barnes se estrelle cuando venga. Sí; dejaremos que ese niño prodigio se haga papilla intentando averiguar qué pasa dentro de esa nube.

Porque, a pesar de lo mucho que le odiaba, Mico Morton estaba convencido de que Bill Barnes llegaría, pese a que le hubieran notificado lo contrario.

Y así se acordó.

Bill Barnes, trabajando febrilmente en su campo de aterrizaje en Long Island, ni soñaba siquiera con el peligro que le esperaba si es que lograba despegar a tiempo de allí.

El motor del avión desconocido sonaba ya tan cerca, que su aterrizaje era cuestión de muy pocos momentos.

El hombre colocado ante el oído eléctrico, cantaba su distancia cada minuto.

Scotty Mac Closkey había logrado, por fin, dar los toques finales al arreglo del aparato de Barnes, sacándolo al campo, donde se le estaba calentando el motor.

El as de los pilotos había dado ya sus últimas instrucciones, diciéndole a Beverly Bates, que era el mejor piloto de todos, que se dirigiera a Edmonton, Alberta, y fuese a la cabeza de la expedición. Hecho esto, dio la señal de partida.

Bates despegó, seguido de Cy Hawkins, Red Gleason y Shorty Hassfurther.

Los cuatro «Snorter» se alzaron rápidamente, alejándose del avión desconocido, que se veía ya en el aire, maniobrando para aterrizar.

Tras los cuatro primeros, el monoplano del supuesto Sidney Marston, en el que viajaba Bob Lawton, se alzó del suelo.

Unos segundos más tarde se elevaban dos de los trimotores.

El tercero, sin embargo, no estaba aún listo. Los tripulantes acabaron de cargarlo apresuradamente y subieron a él; pero aún había tres mecánicos trabajando, dando los últimos toques.

El avión desconocido descendía ya cuando Barnes gritó a sus hombres que se dieran prisa. Viendo que no arrancaba aún, corrió hacia él en el preciso momento en que el otro avión tocaba el suelo al otro extremo del campo y empezaba a rodar, parándose poco a poco.

Al acercarse Barnes al transporte, ocupó su lugar el último de los tripulantes y, unos segundos más tarde, alzaba el vuelo.

Empezaban a saltar hombres a tierra del avión desconocido.

Alguien llamó a Barnes, cuando éste corría hacia su extraño aparato gris, que más parecía una locomotora de contorno aerodinámico, y que zumbaba ya como un abejorro.

Dos de los hombres, aullando y agitando los brazos, corrieron a interceptarle, llegando al aparato antes que él. Tenían las manos puestas sobre los lados del mismo

cuando Bill Barnes llegó y se metió de un salto, ocupando el asiento del piloto.

Le metieron en las narices el cañón de una pistola. Una voz autoritaria le ordenó que bajara y el sheriff enseñó su placa.

# CAPÍTULO XVI

## TRAICIÓN

Muy alto, sobre el campo de aterrizaje, los cuatro «Snorter» de Barnes formaron, colocándose el monoplano de Marston en la extremidad derecha de su V. Guiados por el avión de Beverly Bates, la escuadrilla emprendió el camino con el amanecer. Tras ella iban los transportes, guiados por el avión de Scotty Mac Closkey y Sanders.

Todos dirigían, de vez en cuando, miradas de ansiedad hacia atrás, para ver si su jefe les seguía o no. Gracias a estas miradas, el mecánico que acompañaba a Red Gleason observó el extraño avión que volaba por encima de ellos y algo atrás. Le llamó la atención a Red hacia él. Era casi imposible verle, al pasar de nube en nube; pero lo poco que pudo ver, le bastó para darse cuenta de que se trataba de un aparato extraño, semi invisible, que despedía un leve brillo plateado.

Su proceder resultaba sospechoso en grado sumo, porque se ocultaba cuanto le era posible tras las nubes, siendo visible tan sólo durante breves segundos al salir de una y meterse en otra.

Red Gleason hizo una señal, por fin, al resto de la formación y ascendió en espiral, hacia atrás, para conseguir ver más de cerca al extraño perseguidor.

Se elevó 10.000 pies o más, escudriñando el cielo con su penetrante mirada.

Los primeros rayos de la aurora se reflejaban, con plateado fulgor, cuatro o cinco millas más atrás y por encima de él. Se hallaba demasiado lejos para decidirse a volver atrás y Red Gleason movió negativamente la cabeza. El fulgor plateado desapareció.

Gleason volvió a ocupar su sitio en la formación. Los otros aviones habían disminuido su velocidad para esperarle. AL volver él, se reanudó la marcha a toda velocidad, cruzaron la frontera canadiense y se dirigieron a su primer punto de parada, la pequeña población de Edmonton, en Alberta.

Unas horas después, aterrizaron. El primer grupo, compuesto de los cuatro «Snorter» y el monoplano de Marston, pasaron por la ceremonia de una inspección de Aduanas y renovaron el combustible.

Algunas horas más tarde, los transportes, que viajaban más despacio, aterrizaron también. Mientras el hombre que decía llamarse Sidney Marston se fue a dar un paseo por el pueblo según él, los demás se reunieron a hablar.

Todos estaban preocupados por la ausencia de Bill Barnes, y se discutió si uno de ellos debía regresar a buscarle o si debían esperar allí hasta que llegase.

—En cuanto a mí se refiere —habló Cy Hawkins—, estoy dispuesto a creer que es muy capaz de cuidarse solito. Es tonto que nos preocupemos. Lo que no



comprendo es qué va a ser de todas esas cosas que pedimos a Nueva York.

Beverly Bates alzó la cabeza.

—Para ser lógicos en todo —dijo—, si tenemos la plena seguridad de que nuestro jefe es capaz de reunirse con nosotros sin ayuda, hemos de reconocerle al propio tiempo habilidad suficiente para hacer que lleguen aquí, de alguna manera, las cosas pedidas a Nueva York.

Se hallaban de pie delante de los hangares donde habían metido sus aviones de momento. Un grupo de gente de la población, se hallaba a cierta distancia, mirando con curiosidad a los recién llegados y sus aparatos.

—Si me es lícito hacer una proposición —murmuró Bates—, propongo que, en vista de las cosas extrañas e inexplicables que nos han ocurrido recientemente, permanezcamos más o menos juntos y no perdamos de vista nuestros aparatos.

Todos ellos movieron afirmativamente la cabeza. De acuerdo con el consejo, pusieron a dos hombres en guardia continua cerca de los aviones.

Del primer turno se encargaron Shorty Hassfurth y Sandbag Sanders, mientras los otros salían a la población en busca de alimentos.

Cuando pasaban junto a telégrafos, se encontraron con Sidney Marston. El rostro redondo del aviador se inmutó unos segundos.

—Tuve que enviarle un telegrama a mi novia —explicó, por fin, tranquilamente.

Aquella pareció una explicación perfectamente natural, aun cuando Beverly Bates le siguió con la mirada y una expresión singular al abandonarles el hombre con una excusa y dirigirse al lugar donde habían guardado los aviones.

No bien hubo aterrizado Scotty Mac Closkey con su transporte, acorraló a todos sus mecánicos y se puso a repasar toda la flotilla aérea, dirigiendo más de una mirada llena de ansiedad hacía el cielo, esperando que apareciese su joven jefe.

Transcurrieron unas cuantas horas, sin embargo, antes de que el personal, reunido, lleno de ansiedad, en el campo de aterrizaje, oyera el sonido del «Abejarrón» de Bill Barnes.

Sus rostros expresaron la más viva alegría al aterrizar el aparato ante las miradas de asombro de las autoridades aéreas del Canadá.

Tuvieron poco tiempo para examinarlo, sin embargo, porque Bill lo metió en seguida en un hangar, donde Scotty Mac Closkey y sus mecánicos lo cubrieron rápidamente con lona para protegerlo de las miradas curiosas.

—Estábamos preocupadísimos, muchacho —gruñó el escocés—; ¿tuviste dificultad en dar esquinazo a los representantes de la Ley?

—Sí y no —rió Barnes—. Me tenían acorralado y uno, más atrevido que los demás, me había metido una pistola debajo de las narices. Pero, en cuanto disparé los cohetes, quedaron convencidos de que iba a estallar y procuraron alejarse de mí lo más posible. Cuando lograron recobrar su sangre fría, yo ya me había perdido de

vista. Lo que en realidad me retrasó fue el ir a Nueva York. Aterricé en el patio de la casa de un amigo mío en Jackson Height y me dirigí a la ciudad en su automóvil, donde recogí lo que habíamos pedido, fleté un avión y ordené que lo trajesen todo aquí.

»Parece como si nuestro programa, ahora, debiera ser que la mayor parte de nuestra flotilla se quedara aquí a aguardar esas cosas; pero eso no significa que tengamos que retrasar nada. Lo que haremos será enviar una avanzadilla para que escoja un lugar para acampar y saque unas cuantas fotografías del sitio y lo prepare todo para nuestra llegada. Irás tú con tu avión, Red, y...

Bill Barnes paseó la mirada por todos los que le rodeaban. Sus ojos se fijaron en el minero Bob Lawton.

—Más vale que vaya usted, señor Lawton, para indicarles el lugar cuando lleguen aquí.

—Si le da a usted lo mismo, me gustaría ir en el mismo avión que hasta ahora. Estoy acostumbrado ya a este joven.

Señaló a Sidney Marston. Éste movió afirmativamente la cabeza, impassible el rostro.

—Está bien. Iba a mandar solamente un aparato y un transporte; pero si usted quiere viajar con Marston, no veo por qué no ha de hacerlo. Así, pues, Marston, irá usted con su avión y el señor Lawton. Boswell conducirá el transporte y le acompañarán Maguire y los cinco mecánicos. Así serán tres los aparatos que vayan. Lo que necesito, Red, es un mapa fotográfico del lugar. Llévate la máquina fotográfica y procura, especialmente, obtener fotografías del propio cráter. ¿Puedo confiar en ti?

Red Gleason afirmó con la cabeza.

—Bueno; pues ahora, retiraos a dormir tres horas. Cuando llegue el momento de partida, os despertaré.

Anocheció. Cy Hawkins y Beverly Bates, a quienes tocaba guardia, se sentaron en dos sillas de lona delante del hangar principal, hablando en voz baja de los acontecimientos del día, especialmente del aparato plateado, semi invisible, que les había perseguido. Bill Barnes se reunió con ellos y los tres discutieron el asunto.

—Sí, ya lo vi —asintió este último, sombrío—; el mismo aparato u otro que se le parecía mucho, me siguió en la oscuridad; pero aceleré y lo dejé atrás.

Ninguno de los tres observó la sombra que se deslizó en la oscuridad, dentro del hangar más lejano, donde se hallaba el «Snorter» de Red Gleason y uno de los transportes. Después de un rato, Barnes se marchó, aconsejando a Bates y a Cy Hawkins que anduvieran ojo avizor.

Recordados así de su responsabilidad, los dos pasearon por los hangares, encendiendo, de vez en cuando, sus lámparas de bolsillo, para examinar las

aeronaves.

El haz luminoso, sin embargo, no descubrió al hombre acurrucado contra el lado opuesto del «Snorter» de Red Gleason.

Los dos centinelas no oyeron el leve chirrido de una lima, semejante al ruido que produce una rata al roer, que sonó al salir ellos del hangar.

# CAPÍTULO XVII

## ASESINOS DEL AIRE

Tres horas más tarde, Bill Barnes despertó a los pilotos y tripulantes de los dos aparatos que habían de partir. Red había examinado ya su aparato antes de retirarse, y apenas se fijó en él cuando ocupó su asiento.

No tardó en despegar, seguido por el monoplano. Ambos aparatos disminuyeron su velocidad para aguardar al trimotor.

El altímetro marcaba cinco mil pies cuando Red decidió parar de ascender y emprendió el camino del cráter.

La noche era oscura. La luna asomaba muy pocas veces por entre las nubes.

Abajo, Red veía, de vez en cuando, los oscuros y sombríos bosques y el reflejo de los numerosos lagos que hay en el interior del Canadá.

Llevaban volando más de una hora, cuando observó el débil reflejo de lo que parecían dos mariposas de color rosa pálido, en el espejo retrovisor que tenía delante, en el parabrisas.

Miró a su alrededor. El monoplano de Marston se hallaba debajo de él, en la misma posición que ocupara desde un principio, y más allá, aún más bajo, se veía el trimotor. Volvió a mirar el espejo. Las dos manchas rosadas seguían allí.

Debían de venir de arriba y de atrás. Sólo podía querer decir una cosa: le seguían dos aviones, el escape de cuyos motores se reflejaba tan débilmente en el espejo.

No podía ser ninguno de los suyos. Y el hecho de que dos aviones volaran a aquella altura por allí a tales horas de la noche, nada bueno auguraba.

Las débiles manchas habían aumentado de tamaño.

Miró hacia atrás y hacia arriba, y le dio un vuelvo el corazón.

Dos sombras oscuras se dejaban caer a una velocidad espantosa, hacia la cola de su avión.

Apenas tuvo tiempo de avisar al encargado de la ametralladora, cuando se oyó un ruido extraño.

¡Ruup!

Dos líneas de fuego hendieron el aire. Red Gleason oyó como su compañero contestaba con la ametralladora, pero el misterioso atacante había empezado a ascender, perpendicularmente, como colgado de su hélice.

Como un halcón, la segunda sombra estaba dejándose caer como un meteoro sobre la cola de Red Gleason.

Su compañero soltó una serie de descargas que obligaron al atacante a ser algo más cauteloso. El plateado aparato se echó a un lado y la descarga de una de sus

ametralladoras pasó lejos del avión de Red. Pero aquello no podía durar.

El primer aparato empezaba a descender de nuevo, muy atrás esta vez.

Red Gleason, con la vista fija en el segundo aparato, se dejó caer hacia la izquierda y empezó a ascender, intentando alejar al enemigo de los otros dos aviones que le acompañaban.

El primer atacante apareció a su izquierda. Había una probabilidad de hacer un buen disparo cuando el extraño avión surgió por la derecha para empezar a ascender y buscar una posición ventajosa. La ocasión era difícil de aprovechar; pero Red Gleason calculó bien.

Manejó los mandos hasta hacer que la hélice de su avión apuntara hacia la cola de su adversario. Las nubes se rasgaron un momento, dejando pasar unos rayos de luna que siluetearon su blanco.

Era posible seguir a simple vista la trayectoria de los proyectiles. Dieron de lleno en la parte delantera del aparato enemigo y Red vio doblarse al piloto desconocido en su asiento.

El avión desconocido empezó a caer dando vueltas como una peonza y, mucho antes de tocar tierra, iba envuelto ya en llamas.

La suerte del primer aparato pareció enfurecer al piloto del segundo. Se dejó caer rápidamente, arrojando los disparos. Sus proyectiles silbaron por los alrededores de Gleason. De nuevo dejó caer el aparato, disparando; luego volvió a su primitiva posición, detrás. No tardó Red en darse cuenta de que el aparato enemigo era más rápido que el suyo.

Dio al acelerador todo lo que pudo. El enemigo parecía dispuesto a derribar el aparato de Red, o morir intentándolo, porque el piloto, sin preocuparse de la ametralladora de Gleason, avanzó hacia él a una velocidad espantosa, disparando sin cesar.

El artillero de Red Gleason siguió en su puesto sin inmutarse. Disparó automáticamente. Y obtuvo su recompensa.

Un chorrito de fuego apareció en el aparato enemigo, que acabó desintegrándose al estallar la gasolina.

En la caída de aquel horno en llamas, Red vio al piloto desconocido tirarse fuera y observó cómo se abría un paracaídas.

Se volvió para felicitar a su compañero, cuando su motor empezó a producir un ruido metálico, de martilleo.

Algo le pasaba.

Pidiendo al cielo que hubiese algún lugar donde se pudiera aterrizar, cortó el motor y empezó a deslizarse hacia tierra, planeando. Debajo de él, vio los aparatos de sus compañeros, volando sin luces.

Sacó su pistola Very y disparó una señal. Las tres bolas rojas, de fuego,

permanecieron suspendidas en el aire unos momentos antes de apagarse; informando así a sus compañeros de que se hallaba en apuros.

Siguió planeando, hasta que su altímetro marcó mil pies.

Por una densa cortina de nubes descendió, mirando con ansiedad hacia abajo, buscando un espacio donde aterrizar.

Tuvo la sensación de que los otros dos aviones le seguían.

Divisó a sus pies la oscura alfombra de un tupido bosque. Continuó su descenso, tenso y alerta. Cuando casi ya perdía la esperanza de poder escapar a las copas de los árboles, lanzó un suspiro de alivio.

Pues extendiéndose ante su vista, distinguió unos terrenos de hierba corta, unos prados magníficos para aterrizar.

Momentos después, las ruedas tocaban tierra y el avión se detenía.

Los otros dos aparatos volaban en círculos sobre el lugar. Saltando en tierra seguido de su artillero, examinó con rapidez el terreno y luego dio una orden breve y rápida al hombre que le acompañaba y que unos segundos más tarde encendía dos antorchas de aterrizaje.

Los otros dos aparatos tomaron tierra a escasa distancia.

Red Gleason se puso a examinar su motor. Apenas enfocó el destello de luz sobre el caliente metal lanzó un juramento.

Un brazo del balancín estaba roto.

Un examen más detenido mostró que había sido limado y la parte debilitada cubierta de grasa para ocultar el daño.

# CAPÍTULO XVIII

## EL CRÁTER MISTERIOSO

Tan absorto estaba Gleason en su examen que no observó que el llamado Marston aterrizaba con el motor parado. Sólo cuando el aviador del bigotito se le acercó informándole que su aparato fue también sabotado, comprendió la extensión del daño inferido por alguna mano desconocida.

Una rápida inspección del monoplano mostró que la misma mano operó sobre ambos motores, pues un brazo del balancín del segundo aparato fue limado de idéntica manera.

No tardó en decidirse. Era imposible reparar los dos aparatos con las herramientas que tenían. Por consiguiente, se dirigió a la radio de su aparato y señaló la letra de la clave de Barnes, correspondiente a la llamada de las herramientas de reparación.

Ignoraba si oían su petición, pero repitió varias veces el mensaje, diciendo que abandonaba los dos aparatos averiados con una guardia de dos mecánicos que mantendrían fuegos encendidos indicando la situación mientras él, Red Gleason, continuaba con el avión de transporte intentando completar su misión.

Hecho esto, dejó a Boswell y a dos de sus mecánicos, uno de los cuales podía conducir un avión en caso de necesidad. Ordenó a Marston que le acompañase. Luego llevó el resto del grupo, compuesto de los tres mecánicos restantes y Bob Lawton, al avión de transporte.

Antes de despegar trasladó el aparato fotográfico al avión, decidido a sacar las fotografías que Bill Barnes le ordenó. Llevó consigo también al artillero que demostró tanta habilidad en derribar a los dos aviones enemigos.

Apenas transcurrido un cuarto de hora del forzoso aterrizaje, estuvo de nuevo dispuesta la flotilla, reducida a un avión de transporte pesado y relativamente lento.

Tuvo cuidado en apagar las luces; y no había en su aparato más resplandor que el de la iluminación de su cuadro de instrumentos.

El avión estaba bien armado, con sus propias ametralladoras y otras más en la popa. Enfiló el aparato hacia el Norte, vigilando alerta por si veía más enemigos misteriosos; aquellos desconocidos asesinos del aire que mostraban tal saña en sus rápidos e inesperados ataques.

Volando, intentó ponerse en contacto con Bill Barnes en Edmonton, pero no recibió ninguna respuesta a sus llamadas. Imperturbable, continuó radiando el mensaje con la esperanza de que tal vez llegara al jefe de la expedición.

El avión prosiguió su vuelo, devorando millas y manteniendo una velocidad constante. Transcurrieron varias horas y Gleason empezó a sentirse fatigado.

Indicó a Marston que tomase el mando, mientras él estiraba las piernas y tomaba un poco de café de un termo.

Sidney Marston, impasible como siempre, continuó el vuelo; sentado en silencio, sus hombros y cabeza mostrándose borrosos a la luz reflejada por el cuadro de instrumentos.

Gleason examinó todos los aparatos, el altímetro, el tacómetro, el indicador de velocidad y la brújula. Al parecer, todo funcionaba a la perfección y se estiró en su asiento, descansando.

Los hombres del avión permanecían silenciosos en su mayor parte, pensando en la serie de extraños incidentes ocurridos los últimos días, y en lo que podría suceder en el futuro.

Tras media hora de descanso, Gleason tomó otra vez el mando, comprobando sus instrumentos y hallando que todo iba bien.

El avión seguía volando hacia su meta, como si un gigantesco imán lo atrajera con fuerza irresistible hacia el destino que le esperaba.

El artillero, el mismo hombre que utilizó las ametralladoras de manera tan eficiente en la batalla sobre los bosques, informó al amanecer que había visto una luz semejante a la de aquellos aviones de armadura plateada que les atacaron. Otros ojos comprobaron el informe.

No obstante, Gleason no se molestó en dirigir una mirada atrás y continuó imperturbable su vuelo. Como aquel primer aparato que los siguiera desde el aeródromo de Long Island, este perseguidor se escondía tras las nubes, mostrándose de vez en cuando al saltar del refugio de una nube a otra.

Transcurrieron unas cuantas horas y las hélices del gran avión zumbaban incesantemente mientras el aparato avanzaba hacia el Norte.

Gleason casi perdió toda noción del tiempo. AL fin se encontró siguiendo el curso del río Yukon. Entonces Bob Lawton le indicó dónde debía virar.

En aquel momento apareció ante la vista de los hombres el lejano cráter.

Los aviadores se agolparon a las ventanillas de la cabina contemplando la cordillera con su gigantesco cráter, cuya cima quedaba envuelta en una nube que se cernía sobre él, a cuatro o cinco mil pies de altura.

AL divisar su meta, los hombres parecieron resucitar llenos de vida y energía. Empezaron a hablar entre sí, sonriendo alegres. Hasta el hombre que se hacía pasar por Sidney Marston dio señales de alegría.

A todos les pareció encontrarse ya en los umbrales del éxito y tener en sus manos aquella fabulosa riqueza.

Gleason se cuidó de hallar un terreno adecuado para cuartel general, establecer el campamento y llevar a cabo las órdenes de su jefe.

No tardó mucho en observar un aeródromo natural, a cuatro o cinco millas de la



base del cráter. Divisó desde las alturas, a sus pies, una larga extensión de hierba, pero se aproximó a tierra con la mayor precaución conociendo por experiencia lo engañosos que resultan tales lugares a vista de pájaro, y lo fatal que sería un obstáculo relativamente insignificante para un avión deslizándose en lugar poco adecuado. Satisfecho por fin, aterrizó con suavidad, en el terreno cubierto de musgo y hierba.

EL lugar elegido estaba flanqueado al Sur por unos pinares, y por un estrecho cañón al Norte.

Ignoraba que aquel cañón se extendía unos mil metros, desembocando en el pintoresco valle que usó Mico Morton como campo de aterrizaje.

También ignoraba que en aquel momento le observaban los ojos del enemigo y que varios de sus hombres subieron por el cañón al divisar al lejano aparato de transporte, como si por instinto conocieran dónde aterrizaría.

Ignorando que era espiado desde un lugar situado a unos quinientos metros, Red Gleason se puso a descargar el avión y sus hombres empezaron a levantar tiendas de campaña y hangares provisionales. Una vez asegurado el campamento, Gleason se dedicó a reconocer el lugar tomando las fotografías que Bill Barnes necesitaba.

Lo que apresuró sus esfuerzos para meterse bajo refugio, fue una masa de nubes amenazadoras procedentes de las regiones árticas. Se percibía un silencio siniestro en el viento y una tensión en la atmósfera, que presagiaban tempestad.

Mientras el resto de los hombres terminaba los trabajos de instalación para refugiarse, Red Gleason preparaba el aparato fotográfico.

Una tempestad de viento y lluvia descargó sobre ellos cuando clavaban los últimos piquetes de las tiendas.

El avión se estremeció, pero Red Gleason continuó sus preparativos.

—¿Tiene el propósito de volar con esa tormenta? —preguntó Sidney Marston, que le observaba con curiosidad.

El tono algo arrogante y condescendiente del hombre irritó a Gleason, ya fatigado por muchas horas de vuelo.

—¿Por qué no? —le replicó con aspereza—. ¿Qué le sucede? ¿Acaso un poco de lluvia y viento le asusta?

El aviador del bigotito se sonrojó al oír las palabras y todavía más por el tono.

—¡Iré adonde quiera usted! —gritó.

—Muy bien. Puesto que es tan valiente, pilotee ese aparato mientras yo tomo unas fotografías. Es decir, si no está asustado.

En respuesta, el falso Sidney Marston subió al avión al tiempo que un chaparrón descargaba con violencia.

—Esto no es nada comparado con lo que vendrá, hermano —le consoló Gleason, en tono sarcástico.

El otro piloto gruñó unas palabras ininteligibles en medio de la lluvia y el ruido y puso los motores en marcha.

A unos quinientos metros de distancia, Mico Morton daba órdenes a tres de sus hombres que montaban unas ametralladoras cerca de la orilla del cañón, dominando a la hilera de tiendas instaladas con precipitación.

Inconsciente del peligro, Gleason dio la orden de ponerse en marcha y tomó asiento, con una sonrisa burlona, mientras el piloto deslizaba su avión sobre el terreno enfangado enderezándose para despegar. Abriendo las válvulas, ganó velocidad hasta que el avión trimotor se elevó.

Tampoco se preocupó mucho Red por la lluvia, pues el aparato fotográfico era un modelo nuevo, perfeccionado por Bill Barnes, que solucionaba la niebla y la lluvia y la poca visibilidad por medio de unos rayos infrarrojos.

## CAPÍTULO XIX

### ¡FLORONES DE MUERTE!

El avión se elevó lentamente en dirección al cráter que, cubierto de una nube, se destacaba a varias millas de distancia. Se remontaron a dos mil pies de altura, rumbo al objetivo de su largo viaje.

Volaron en dirección a un oscuro valle situado en la falda del cráter, abriéndose como una hendidura negra y gigantesca en el suelo de donde se destacaban las copas de los abetos.

Sin sospechar ningún peligro próximo, el enorme trimotor se dirigió a la montaña. Red Gleason y el piloto tenían la vista clavada en la meta distante, sin preocuparse de lo que les rodeaba.

El avión disponíase a atravesar el oscuro valle, cuando los dos hombres notaron que el avión se agitaba con violencia. Luego, ante su sorpresa, apareció en el aire una hilera de negros florones y oyóse el inconfundible ¡Cr-o-o-m-p!, ¡cr-o-o-m-p!, de las explosiones de las granadas.

El piloto enfiló el aparato hacia arriba a toda marcha.

Los dos hombres se contemplaron atónitos.

—¡Proyectiles antiaéreos! —exclamaron.

Pero no había tiempo que perder. El peligro era demasiado urgente. Las descargas de los cañones antiaéreos estallaban peligrosamente cerca.

Sidney Marston descendió, subió, serpenteó, esquivando las explosiones de los proyectiles.

Su vuelo frenético los apartó algo de la zona más peligrosa, pero los alejó de la montaña.

Entonces surgió un peligro nuevo y de más importancia.

Pues, de entre el terrible aguacero, surgieron dos extraños aviones, plateados y casi invisibles, semejantes a los que les siguieron desde el momento que despegaron del campo de aviación de Long Island.

Los dos aviones misteriosos se lanzaron sobre ellos, disparando una nube de balas luminosas.

Marston zambulló veloz el aparato mientras Red Gleason saltaba a las ametralladoras.

El piloto viró en redondo con objeto de hacer frente al peligro a retaguardia; pero los dos aviones misteriosos huyeron como si de pronto desearan ocultarse.

Gleason y su piloto quedaron medio cegados por la chispa eléctrica y oyeron el horrísono estallido del trueno. Era peligroso volar con aquella atmósfera tan cargada

de electricidad. La creciente oscuridad también les imposibilitaba para sacar fotografías. Además, Gleason deseaba seguir a aquellos dos aviones enemigos, con el fin de averiguar su procedencia y señaló al piloto que los siguiera en su descenso.

Delante de él, entre un diluvio de agua creyó divisar a uno de los aparatos e hizo señas a su piloto, el cual se lanzó a la persecución; pero otra ráfaga de viento borró toda visión del misterioso aparato.

Bajo ellos, surgió de repente una masa de copas de árboles retorcidos por el huracán; y el piloto logró remontarse a tiempo para no estrellarse contra aquel nuevo peligro. Volaron una media hora a través de la horrible tormenta, lanzados de un lado a otro por la furia del viento.

Pareció que al fin la tormenta aplacaba sus furias y a Gleason se le ocurrió que era el momento de sacar aquellas fotografías, pues los aviones enemigos estarían en tierra y los artilleros descansarían bajo cobijo.

La lluvia amainó, convirtiéndose en una llovizna, y el viento se apaciguó.

—Vamos —gruñó Red Gleason—. Sigamos volando. Debemos sacar esas fotografías. ¡A eso vinimos!

—Pero esto es una tregua en la tormenta —protestó el llamado Marston—. Lo peor está por venir.

Red Gleason le miró enojado.

—¿Qué le sucede? ¿Tiene miedo? —preguntó.

Por toda respuesta, el piloto, muy pálido y rechinando los dientes ladeó el aparato.

Los dos hombres miraron la brújula intentando precisar su situación.

Evidentemente, al ser atacados por los aviones enemigos, volaban en dirección al Norte.

—Escuche —dijo Gleason—. ¿Conoce el manejo del aparato fotográfico?

EL otro asintió con la cabeza.

—Perfectamente, entonces. Yo conduciré el aparato cuando entremos en la zona peligrosa y usted tomará las fotografías.

El otro volvió a asentir, ceñudo.

Red Gleason trazó con rapidez un plan de acción. Conocía por las fotografías de la época de la guerra que era necesario pasar debajo de las descargas de los cañones antiaéreos, para conseguir buenos clichés. De lo contrario, la trepidación de las bombas estropeaba las placas.

Estaba resuelto a tomar aquellas fotografías aunque le costase la vida, la del llamado Marston, y destrozase el avión al intentarlo.

# CAPÍTULO XX

## SOBRE LA TORMENTA

Apenas cambió el aparato su rumbo, el viento del Nordeste comenzó a rugir con furia. El huracán aullaba a través de los tirantes y los alambres como un gigantesco demonio enfurecido. Las ráfagas de aire cogían al avión por debajo de la ancha superficie de sus alas lanzándolo a través del espacio.

La lluvia se desplomaba en cascadas, y la cortina líquida tapaba la ventanilla de la cabina; pero esto no tenía ninguna importancia, pues tampoco había ninguna visibilidad.

Marston estaba muy ocupado. Sus ojos se clavaban en el cuadro de instrumentos. Luchaba con las manos y los pies con el timón y la palanca, tratando de ganar la batalla entablada con los elementos.

Red Gleason permanecía sentado, imperturbable, con las manos en los bolsillos. Su compañero le miró con disimulo esperando verle, a lo menos, preocupado. Dejó que los vientos azotaran al avión colocándolo en posición vertical, creyendo que su compañero se alarmaría. Pero Gleason se limitó a lanzar un desdeñoso gruñido.

El llamado Marston tuvo que hacer un esfuerzo para volver a enderezar el avión. No probaría otra vez aquel truco.

EL aparato cruzó veloz los cielos en medio de una lluvia torrencial.

De pronto, el piloto comprendió que no prestaba suficiente atención a su brújula. Fue necesario concentrar todas sus fuerzas en mantener al aparato en posición de vuelo.

Red Gleason no dejó de vigilar la brújula; tocando al piloto en el hombro, le indicó con la mano una dirección más hacia el Oeste. Marston obedeció de mala gana.

La tormenta perdía su furia y, a medida que salían de la zona de la tempestad, el vuelo se convertía en un avance más suave, pues la Naturaleza aflojaba sus ataques.

Más adelante esperaba un peligro mayor: el de los aparatos misteriosos que por poco les habían derribado.

Gleason dirigió una mirada a la máquina fotográfica y luego, a través de la oscuridad, donde, a lo lejos, los primeros rayos del sol iluminaban las masas de nubes que retrocedían.

La visibilidad mejoraba por momentos, pero ello significaba un nuevo peligro, pues aumentaban las posibilidades de ser descubiertos por aquellos aviones casi invisibles que les atacaron tan sañudamente.

Vieron por fin un poco del terreno. Los ojos de Gleason divisaron a lo lejos el río

que se deslizaba más allá de la base del cráter.

Era tiempo de coger el mando, pues diez minutos más tarde podrían intentar sacar fotografías del valle misterioso.

De aquel valle surgió el peligro. Y hacia él se dirigían en aquel momento.

Gleason cambió sitio con el piloto y probó las ametralladoras al tomar el mando del aparato.

El otro probó su cámara y giró las otras ametralladoras. Harían frente a quien les atacase. Aunque el avión de transporte era un aparato pesado y lento, podían librar combate.

Hallábanse a poca distancia del oscuro valle.

De pronto, Gleason notó que el avión se estremecía por haber estallado una granada bajo un ala.

Red Gleason se irguió en su asiento. La sangre combatiente corrió rápida en sus venas. La emoción del combate le entusiasmó. ¡Que tiraran con los cañones antiaéreos! Zambulló el avión. El fuego le siguió de cerca. Aquellos enemigos eran excelentes tiradores.

Notó un golpecito en el hombro cuando su compañero indicó su objetivo, un vuelo de tres minutos que si tenía éxito significaba la victoria. Estaba a la derecha, hacia la orilla de aquel oscuro valle.

Red Gleason asintió con la cabeza.

Delante de ellos brotó un campo de negros florones, acompañados del crome, crome, crome de la explosión de las granadas.

Los artilleros enemigos concentraban el fuego de los cañones antiaéreos con el propósito de disuadir al audaz piloto de volar por aquel lado.

El enorme avión cabeceaba y se balanceaba como una canoa por un río de corriente rápida y turbulenta. Gleason recordó su plan. Debía situarse debajo de aquellas explosiones y para lograrlo se zambulló impasible en el infierno de los cañonazos.

En su cara se dibujó una sonrisa cuando ya no vio más aquellas manchas negras debajo del avión y dirigió una mirada tranquilizadora a Marston.

Éste no se preocupaba ya por el aparato fotográfico. Permanecía de pie, junto a su ametralladora, y en aquel momento dos aviones enemigos de cortas alas, plateados y casi invisibles, descendieron rugiendo, en su persecución.

Entonces comprendió el motivo de que cesara la barrera de los cañones antiaéreos.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Una batalla! Miró en el espejo retrovisor. Se estremeció al comprender cuán vulnerable era el avión desde abajo. Su compañero, desde atrás podía disparar contra un enemigo que atacase por arriba o por la cola, en tanto que él dominaba la zona delantera.

Pero ninguna de las ametralladoras de aquel pesado avión de transporte podía disparar sobre un avión de caza que les atacase por debajo.

El antiguo truco, de los tiempos de la Guerra Europea, consistía en zambullirse por detrás, fuera del alcance de la ametralladora amenazadora, y luego ascender por debajo acribillando el fondo de la armadura, de punta a punta.

Gleason apretó los dientes, con todos los nervios en tensión mientras aguardaba.

Marston, situado atrás, cesó el fuego; aquello significaba que el enemigo se ponía fuera del alcance de su ametralladora.

¡Sip-sip-sip! Un hilo de fuego pasó hacia la izquierda, desde abajo.

Gleason enfiló el timón hacia la derecha, suponiendo que los dos aviones atacantes se separarían, uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha y deseaba alcanzar la cola de uno.

¡Sip-sip-sip! La segunda línea roja silbó a la derecha, cortando una línea a través de las alas, cerca de las puntas.

Cuando el primer enemigo surgió de la zona no protegida, Gleason se lanzó sobre su timón. Divisó un segundo la cabeza del piloto enemigo y lanzó una descarga.

El misterioso avión descendió, cabeceando, Gleason no le perdió de vista, para asegurarse de que el aparato no simulaba estar herido de muerte para remontarse y luego continuar el ataque. Pero otras cosas requerían su atención.

Oyó el tableteo de las ametralladoras traseras y en el espejo divisó un segundo al otro avión enemigo que se precipitaba sobre ellos. El agresor no era torpe. Conocía la vulnerabilidad de aquellos aviones de transporte grandes y pesados. Y, al parecer, intentaba destruir sus depósitos de gasolina.

Gleason no estaba de humor para combatir a la defensiva.

El enemigo atacaba con prudencia, viraba continuamente en torno al lento trimotor; disparaba y luego huía con rapidez.

Marston contestaba disparando sus ametralladoras, pero era difícil para Gleason rehuir las furiosas descargas del enemigo y al mismo tiempo colocar a su compañero en situación favorable para contestar al fuego.

El enemigo semi invisible hostigaba al trimotor desde una altura de ocho a nueve mil pies.

—¡Lástima no tener un aparato de caza para derribar al demonio ése! —pensó Gleason. El avión de transporte era inferior al otro.

Intentó dos veces embestirlo, esperando que una descarga lo derribara, pero el misterioso piloto le esquivaba siempre.

Ahora el enemigo iba enfureciéndose también. Ya no volaba en círculos.

Empezó a zambullirse desde los costados, concentrando su fuego sobre el artillero. Si lograba matarle, el piloto y los depósitos de gasolina serían fácilmente vulnerables, desde atrás.

Gleason apretó los dientes. Debía colocar a su compañero en posición de devolver el fuego. Por él no se preocupaba. ¡Que se fuera al diablo el depósito de la gasolina! Y rezó una oración por los nervios y puntería de su compañero.

Por segunda vez, el enemigo estaba arrojando el torrente de fuego que vomitaba la ametralladora del llamado Marston, en un acceso de temeraria cólera. Red Gleason observaba cómo venía hacia ellos, sintiendo una íntima admiración por el desprecio que su enemigo hacía de la ráfaga de humeantes proyectiles que gemían y silbaban a su alrededor, interponiéndose en su camino.

¡Zip-zip-zip! Red Gleason inició una brusca zambullida en el espacio, al mismo tiempo que la metralla enemiga arrancaba de la carlinga de su avión un buen trozo de chapa metálica. Cuando volvió a mirar en el espejo lo que ocurría a sus espaldas, el corazón se le subió a la garganta.

El llamado Marston aparecía tendido sobre su asiento, con los brazos colgando y balanceándose por fuera del cuerpo del avión. Pero no había caído en vano: sus últimos disparos dieron de lleno en la hélice de su atacante.

El semi invisible avión enemigo caía ya, en barrena, sin que su piloto pudiera dominarlo. Una rabia feroz, mezclada con incontenible desesperación, agitaba el fornido corpachón de Red Gleason.

Aquel vuelo estaba condenado al fracaso. Sin nadie que pudiese manejar la cámara fotográfica, su papel quedaba reducido al de un inútil y solitario chófer aéreo.

Su angustia fue pronto reemplazada por un pánico loco. Acababa de observar que una fina y estriada voluta de humo se desprendía del ala derecha inferior, junto al borde delantero.

Una bala incendiaria había dejado allí su fatal marca incandescente. La enorme velocidad de avance del avión empujaría el fuego en línea recta hacia atrás, yendo a parar directamente al tanque de combustible.

Red Gleason se olvidó al instante del enemigo, abandonando su primer impulso de seguirlo en la caída y acabar de rematarlo en cuanto le fuera posible.

Después de estabilizar su aeronave lo mejor que pudo, se salió de su asiento, arrastrándose por el ala y cruzando los tensores de alambre, hasta acercarse al peligroso incendio. Se quitó un guante y, con su mano desnuda, fue arrancando, poco a poco, los humeantes y rojizos bordes; al fin, el redondo agujero perdió su cerco incandescente, quedando sólo algunos trozos ennegrecidos que ya no humeaban.

El avión se balanceaba locamente, falto de piloto que lo guiase, mientras Red Gleason luchaba por volver a su asiento, pero no tardó mucho en poder agarrar los mandos, y entonces logró estabilizar de nuevo su aeronave, sometiéndola a su control cuando sólo volaba a unos quince metros por encima de las amenazadoras copas de los árboles que se amontonaban en la intrincada selva. En cuanto consiguió dominar su aparato, aceleró los motores y ganó altura en una soberbia arrancada hacia el cielo.



¿Dónde se hallaba entonces? Preocupado por el peligro corrido, había perdido el sentido de su dirección.

Las crestas del profundo valle se divisaban muy lejanas, hacia su derecha.

No pudo por menos de hacer una mueca, al mismo tiempo que lanzaba una especie de alegre aullido de lobo, cuando vio allá abajo los restos destrozados de los dos aviones enemigos.

Uno de ellos se había estrellado en un pequeño matorral de jóvenes abetos, y del otro no quedaba sino confuso montón de revueltos girones blancos que se destacaba a unos trescientos metros hacia la izquierda.

Continuó ascendiendo pausadamente, ganando elevación tan aprisa como se lo permitían sus tres potentes motores, mientras examinaba el terreno inferior, en busca de la entrada de aquel valle.

Un desesperado proyecto germinaba en la mente de Red Gleason: si había podido abandonar la dirección de su aparato, para ir a extinguir un incendio en el ala, del mismo modo le sería posible dejar su puesto durante un minuto y poner en marcha la cámara automática, consiguiendo así sacar las tan necesarias fotografías de aquel misterioso lugar donde ocurrían tantas cosas extrañas y terribles.

Consecuente con su idea, empezó por elevarse lo suficiente para acometer su arriesgada empresa. Tenía que triunfar al primer intento, pues ya iniciaban su aparición esas sombras violáceas que preceden al anochecer y oscurecen tanto la tierra. Las crestas que circundaban el valle estaban sólo a dos millas de distancia.

Red Gleason empezó a arrastrarse hacia la cola de su avión. Se detuvo un breve instante a cerciorarse de que el corazón de su compañero continuaba latiendo, aunque débilmente, y luego se metió entre las rodillas de él, para disparar el gatillo automático que ponía en funcionamiento el obturador de la cámara, abriéndose y cerrándose rápidamente sobre las sucesivas placas del almacén.

De nuevo retrocedió hasta el asiento de conducción, llegando a él con el tiempo justo para poder normalizar el vuelo de su avión, al cual supo sustraer de las locas evoluciones en que iba cayendo. Entonces, tomó la dirección del valle. Dos cosas, según recordaba, tenía que tener muy en cuenta durante aquel recorrido: en primer lugar, debía mantener la aeronave en una posición lo más horizontal posible, mientras la cámara iba funcionando, pues la menor inclinación, fuera en el sentido de subir o de bajar, produciría distorsiones en las imágenes registradas en las placas, haciéndolas inservibles para el fin propuesto; y debía tener sumo cuidado en que no se interpusiesen entre su aparato y el terreno ocultando zonas de este último, las negras nubecillas producidas por la explosión de las granadas.

Esto último era muy importante, porque los cañones antiaéreos volvían a vomitar proyectiles dirigidos a su trayectoria, lanzando granizadas de metralla y numerosos fragmentos de acero.

Los artilleros enemigos se habían abstenido, durante la primera parte del combate, de hacer el menor disparo con sus armas, para mayor seguridad de sus propios aviones. Luego, era evidente que habían necesitado varios minutos de reposo para recobrase del asombro que les produjera el hecho presenciado: ¡un pesado trimotor de carga derribando a tierra a dos modernos aparatos de caza!

Red Gleason continuaba dominado por sus negros y rencorosos deseos de venganza, mientras su corazón latía emocionado. ¡Ya se habían llevado lo suyo aquellos malditos!

Pero ahora era necesario poner en tensión hasta la última célula de sus nervios, recurrir a toda su fortaleza de ánimo, para mantener la horizontalidad de su enorme avión, mientras recorría velozmente aquella senda mortífera, acunado entre cielo y tierra por los locos caprichos del aire.

Volaba a poco más de 1.000 metros de altura, a mitad de camino entre la selva y el cercano anillo de crestas que circundaban el valle, cuando una violenta sacudida inclinó de lado a su aparato, lanzándolo a un resbalón lateral que le hizo perder trescientos metros de elevación.

Seguramente le acababan de romper alguna plancha del cuerpo de su avión, pensó Gleason.

Sin perder un ápice de su calma y serenidad, describió con su aparato un amplio círculo alrededor de aquel enfurecido horno del cual salían los incesantes chasquidos y detonaciones que le rodeaban por todas partes.

Poco a poco recuperó la misma posición en que le sorprendiera el extraño golpazo, y allí prosiguió su camino, apretando un poco más los dientes, que rechinaban de rabia, y sin desviarse de la trayectoria que se impusiera a sí mismo.

Hasta entonces no se le había ocurrido echar una mirada al espejito del tablero; al hacerlo, vio las confusas siluetas de cinco de aquellos semiinvisibles moscardones enemigos. Los débiles rayos del sol poniente dibujaban apenas sus principales contornos.

Aún tenía la oportunidad de salvarse, si se apresuraba a retroceder hacia su propia base, abandonando tan desigual combate. Pero Gleason no pensaba sino en el incompleto trabajo fotográfico. Sus mandíbulas, momentáneamente abiertas, volvieron a cerrarse de golpe, y se obstinó en seguir con toda firmeza la ruta ambicionada.

Entre tanto, el aparato delantero de aquel temible y misterioso grupo de cinco se acercaba a su indefensa cola, y pronto escupió dos chorros de vivo fuego por detrás de su cabeza.

Una de las balas dio de lleno en lo alto de un tanque de gasolina, perforándolo. El corazón de Red Gleason latía con la violencia de un martinete, pero aún se mantuvo así durante unos segundos que le parecieron toda una eternidad, esperando la

explosión que sobrevendría de un momento a otro.

Pero ninguna chispa quiso prender fuego al combustible, aunque los vaivenes del aparato daban lugar a que el nivel de la gasolina alcanzase a ratos el agujero abierto por la bala, saliendo borbotones por él y desparramándose empujada por el viento; hasta él mismo llegaban las salpicaduras, y sus ropas iban empapándose de esencia.

Ahora volaba ya sobre el centro del oscuro valle. Su tarea se había completado.

Pero tenía el traje casi saturado de gasolina, y cinco rápidos aviones se lanzaron rabiosamente sobre el suyo. Con el corazón oprimido por sombría desesperación, seguía avanzando tan deprisa como sus motores le permitían volar. Red Gleason vio cómo se le venía encima el primero de los cinco aviones enemigos, cayendo a toda marcha sobre la cola del suyo y sin desviarse un centímetro de su exactísima trayectoria.

De repente empujó hacia delante la palanca del timón de profundidad, llevándola hasta el límite de su recorrido. Aquélla fue una caída casi vertical, una verdadera zambullida en el espacio, abajo, abajo, abajo..., mientras al mismo tiempo daba fuertes coletazos de un lado a otro, escabulléndose de sus perseguidores como podría hacerlo un gorrión desesperado ante una bandada de gaviñanes.

Los aparatos de sus enemigos eran bastante más veloces que el suyo. Los humeantes tentáculos de sus balas incendiarias surcaban el aire en todas direcciones alrededor de él. Era nada más cuestión de pocos segundos el que alguno de tales proyectiles lograra encender la gasolina que impregnaba su avión y sus ropas, y entonces acabaría la caída envuelto en horribles llamas.

Uno de los cables de arriostamiento del ala fue cortado por las balas.

Numerosas astillas arrancadas del armazón le pinchaban el rostro. Todo el instinto de aquel solitario luchador se concentraba en sus sentidos, para evitar la ineludible muerte que le perseguía tan implacablemente.

La velocidad de su marcha se había acelerado de un modo terrible, y el viento sacudía tremendos golpes contra la tela de las alas, haciendo sufrir los mayores efectos de su enorme presión sobre la que estaba debilitada por el gran desgarrón que él se viera obligado a producir para apagar el anterior incendio.

Con un ensordecedor estruendo de cosa que se astilla y desgarrar, todo el extremo de aquella ala se desprendió del resto del aparato, como si lo arrancasen unas coléricas manos invisibles.

En aquel mismo instante, el inexorable aparato enemigo disparó lo que él debió creer la última y fatal andanada. Simultáneamente con su descarga, el ala se soltó hacia atrás, revoloteando de un modo fantástico.

El primer avión perseguidor se inclinó de lado y voló hacia arriba, evidentemente convencido de que su lluvia de balas era la causante de la rotura del ala. Y algo más, también, atraían su atención.

Red Gleason procuró dominar su aparato, que continuaba descendiendo, y miró al cielo por detrás de él.

Y entonces sí que estuvo a punto de parársele de asombro el corazón.

Porque una de las plateadas aeronaves caía en barrena, rodeada de llamas por todas partes.

Los cuatro aparatos restantes volaban en loca carrera hacia donde cayera el vencido, abandonando la persecución de Red Gleason.

En aquel momento de mortal incertidumbre, el corazón del valiente Red Gleason dio un formidable latido de triunfo y regocijo.

La cosa no era para menos: cayendo del cielo tan verticalmente como un trozo de plomo, se acercaba, más veloz que una saeta, un pequeño avión cuya forma recordaba la de un abejarrón.

Bill Barnes se lanzaba a librarlo de su apuro.

# CAPÍTULO XXI

## UN CRÁTER RODEADO DE CAÑONES

Red Gleason no se detuvo a pensar cómo se las había arreglado Bill Barnes para llegar allí o cómo pudo encontrarse en el lugar de la batalla. A él le bastaba con que su fiel jefe hubiese llegado a tiempo para cambiar la derrota en victoria.

Porque su menudo aparato, parecido a un abejarrón, luchó con la misma loca temeridad que uno de aquellos grandes aviones de caza, escapándose a su vez de la temible formación enemiga.

Se presentó con la velocidad de una bala de cañón, desviándose y lanzándose tan sólo cuando los aviones enemigos zumbaban demasiado cerca de él. Otro de los plateados aviones fantasmas atacantes se inclinó de lado y empezó a caer sacudido por bruscas volteretas. Su nariz apuntó hacia abajo, y un ramillete de rugientes llamas brotó de él a poco de comenzar su caída.

Iniciando una dura persecución de aquella veloz y diminuta avispa atacante, las restantes aeronaves enemigas hicieron un inexorable esfuerzo para alcanzar la cola del avión de Bill Barnes. Pero otra vez la asombrosa marcha del pequeño aparato gris se manifestó tal cual era.

Con una velocidad que igualaba casi la de la luz, Barnes se columpiaba, deteniéndose de repente y luego se lanzaba en un vertiginoso rizo que inmediatamente invertía la posición relativa de atacante y atacados.

Entonces salió de su ametralladora un rojo chorro de llamas, un tercer avión enemigo se balanceó con locos vaivenes, acabando por hundirse hacia la tierra.

Aclamándose silenciosamente a sí mismo, Red Gleason, en su combatida aeronave, se encaminó hacia su propia base, renqueando como pudo.

En su mente no había ningún pensamiento, excepto el de la providencial victoria de Bill Barnes. Echó una nueva mirada hacia atrás, y en la confusa y creciente oscuridad vio tan sólo a dos aviones enemigos que aún volaban, pero escapando rápidamente hacia el refugio de aquel escondido valle donde los artilleros antiaéreos continuaban dispuestos a llenar el cielo con sus negras nubecillas de muerte.

Sintiendo su corazón lleno de un inmenso agradecimiento, Red Gleason describió un círculo sobre su propio campo, en el cual se destacaba un solitario hangar, dándose cuenta, conforme descendía, de que el llamado Marston se estremecía débilmente.

Condujo el gran avión hasta el suelo, en un aterrizaje perfecto. Varias manos serviciales le ayudaron a transportar al herido hasta una de las tiendas.

Un rápido examen del semi-inconsciente aviador les demostró que su herida no era seria. Una bala le había rozado la cabeza, dejándole sin sentido para un buen rato,

pero empezó a recobrar el conocimiento conforme le extendían en una camilla.

Los hombres del campo de aviación se mostraron muy curiosos e interesados por saber lo que había ocurrido; aún no se daban cuenta de la llegada de Bill Barnes. Gleason les contó los episodios que tuvieron lugar en el aire, pero la actitud pensativa con que recibieron estas noticias se convirtió en visible y entusiasta satisfacción en cuanto se enteraron de que su jefe estaba allí cerca.

Un minuto después, el zumbido de su motor vino de las alturas, y todos corrieron para dejar libre el terreno, volviendo a arremolinarse alegremente mientras el aviador hacía correr el aparato en dirección al hangar de lona.

La lluvia comenzaba a caer otra vez, y así que estuvieron reunidos con Bill Barnes, todos ellos se fueron a la tienda cónica cercana al hangar, donde una estufa tubular despedía ya agradables oleadas de calor.

—¿Cómo os las habéis arreglado para encenderla tan deprisa? —preguntó Red Gleason—. ¿Recibisteis alguno de mis mensajes?

—Pude registrar unos diez de ellos —replicó Bill Barnes—, antes de salir de Edmonton. Partí de allí dejando instrucciones a los compañeros para que esperasen al avión de carga que llegaría con el material, ordenándoles que entonces viniesen directamente aquí y designando a Shorty y a algunos hombres más, los cuales debían reparar y traer los dos aviones que bajaron en el bosque. Y ahora puedo decir que mi pequeño y viejo «Abejarrón» se ha descolgado por acá en un momento muy oportuno, ¿verdad, amigos?

Su rostro brillaba de entusiasmo, pero se nubló de nuevo al recordar sus anteriores pensamientos.

—Ahora cuéntame todo lo que haya ocurrido por acá, y vamos a ver si podemos sacar de este lugar nuestro cargamento. Ante todo, ¿quiénes son esos extraños individuos que atacaron tu convoy ahí detrás, en los bosques que se encuentran al venir hacia aquí, y que parecen guardar este profundo cráter con un terrorífico y nutrido armamento?

—Que me maten si puedo contestar a esa pregunta —admitió Red Gleason, poniéndose muy serio—; las pocas ojeadas que he podido dedicarles han sido a través de las miras de mis ametralladoras, y éstas son, como podrías muy bien decir, una clase de ojeadas bastante fugaces para poder darse buena cuenta de lo que uno ve. Son unos pájaros bastante complicados y muy pequeños, y parecen tan delgados como si fuesen de alambre. ¡Pero que me condenen si no estaban preparados para cantarnos una buena despedida! Sus cañones antiaéreos están en manos de unos hombres que conocen bien su oficio, ¡y apuesto cualquier cosa a que tienen una buena colección de ellos!

En aquel momento entró uno de los ayudantes, trayendo unos negativos, que

colocó sobre el cajón invertido que hacía las veces de mesa.

—Algo sacaremos en limpio de esas fotografías que pude tomar —dijo Gleason, y él y Bill Barnes se inclinaron sobre el cajón, para examinar las placas recién reveladas que acababa de traer aquel hombre.

Alguien sacó una lupa, y Bill Barnes contempló atentamente los cuadritos de luz y sombra que con ella se apreciaban en algunas regiones de las placas.

—Esto de aquí —dijo Gleason, apuntando a una mancha—, es el borde del cráter; y aquí está el fondo, que diríamos, pero no anda muy lejos ese oscuro valle que vomita las balas de los cañones antiaéreos. No me sorprendería mucho que guardasen sus aviones en otro sitio.

Bill Barnes examinaba con suma minuciosidad la fotografía del valle, esforzándose por descubrir algunos datos esenciales entre las sombras del negativo.

—Nos será imposible ver esos cañones antiaéreos —dijo—. Me figuro que los habrán disimulado muy bien; pero aquí tenemos unas cosas que parecen hangares para aviones —y señaló con el dedo ciertos rectángulos de diferente tonalidad que aparecían en aquel mapa aéreo.

—Y aquí, en este otro sitio..., ¡qué demonio será esto!

—A mí me parece como si fuese un enorme cubo de basura —dijo Red Gleason—, y fijaos que está en el lado más cercano al cráter. Es imposible descifrar de qué se trata. Pero aquí tenemos estas manchas que parecen barracones de tropa, y no hay pocos, que digamos. Vamos a ver, si suponemos una cabida de ocho hombres en cada barraca, pues habrá más de cien individuos ahí, y tal vez me quede corto.

—¿Y qué diablo de gente es ésa? —exclamó Bill Barnes, verdaderamente perplejo.

A esta pregunta no pudo contestar nadie. Antes de que se dijese una sola palabra más, oyeron el zumbido de unos motores y salieron corriendo para presenciar el aterrizaje del primero de los ruidosos aparatos de Barnes, que bajaba del cielo como una flecha.

En unos pocos minutos, lo hicieron Cy Hawkins, Shorty Hassfurther y Beverly Bates, los cuales, con sus respectivos mecánicos, se apresuraron a descender de sus aeronaves, para reunirse con el jefe de la escuadrilla.

Muchas fueron las preguntas y respuestas que se cruzaron entre ellos al verse reunidos. Bill Barnes se interesó por los dos restantes aparatos de carga y por el avión de provisiones contratado en Nueva York.

—Ya hemos enviado a unos cuantos a ese maldito rincón del bosque, para que se hagan cargo de los aparatos averiados, los compongan y vengán con ellos hacia acá —explicó Cy Hawkins—; no se puede asegurar a qué hora se les ocurrirá dejarse caer por aquí, pero dijo que sería por la mañana:

—¿Cómo os encontráis, amigos? ¿Estáis muy cansados? —preguntó Bill Barnes,

con cierta ansiedad.

Todos ellos negaron violentamente su cansancio, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Muy bien. Pues, entonces, antes de que se haga demasiado oscuro, os propongo que me sigáis con vuestros aparatos, y nos daremos una vueltecita para ver algo de ese cráter.

No se hicieron repetir la orden, sino que se apresuraron a montar en sus aviones, llenos de curiosidad por descubrir en qué consistía aquel misterio.

En el transcurso de muy pocos segundos, las aeronaves estaban debidamente tripuladas, las hélices giraban a poca marcha y las ametralladoras tenían sus municiones preparadas; uno tras otro despegaron del terreno, siguiendo al «Abejarrón» de Bill Barnes, que ganaba altura sin hacer caso de la llovizna.

Volando en compacta formación, muy agrupados entre sí los tres aviones y sin separarse demasiado del de su jefe, le siguieron en su carrera hacia aquel oscuro valle; con todo cuidado, fueron dando la vuelta a su objetivo, cerrando, no obstante, poco a poco el amplio círculo que describían, para acercarse a la base del cráter.

De repente, Bill Barnes apuntó con la proa de su aparato hacia el centro del cráter, empezando a subir, y los otros le siguieron en idéntica maniobra.

El aire se llenó de manchas oscuras enfrente de ellos, formando una pared de nutridas explosiones, mientras a sus oídos llegaba el cr-u-u-m-p, cr-u-u-rrz-p, de los mortales disparos que los cañones antiaéreos les enviaban desde la base del cráter; Barnes se apresuró a inclinar su aparato y salirse del área peligrosa. Los cuatro aviones continuaron dando la vuelta a la montaña.

Por segunda vez intentaron un viraje que les acercase al cráter, pero sólo consiguieron encontrarse con otra barrera de cañones antiaéreos. Esta vez, un casco de granada cortó un trozo del extremo de un ala al avión de Cy Hawkins, por lo que decidieron avanzar con mayor cautela todavía.

La misma recepción hallaron en posteriores intentos, mientras continuaban girando alrededor del cráter. Estaba visto que aquel lugar había sido muy bien fortificado, y no quedaba ninguna esperanza de conseguir volar a través de aquella barrera de cañones antiaéreos, sin meterse en un riesgo demasiado grande.

Recorrían ya la última zona de su proyectado vuelo, pues se acercaban al lado opuesto del cráter, cerca del extremo de aquel oscuro valle, cuando una bandada de aeronaves plateadas se precipitó sobre ellos desde las altas zonas de la atmósfera, rugiendo como aves de rapiña y escupiendo fuego por los cañones de sus ametralladoras, con el visible propósito de alcanzar las colas de los cuatro aviones.

Estos extraños enemigos forasteros, no obstante, se habían metido en un negocio algo peor de lo que ellos podían presumir, porque los tres aviones que seguían al de Barnes, actuando como si les guiase un solo impulso, se dejaron caer en línea recta



hacia la tierra y, luego, efectuaron una brusca subida, describiendo una bella curva que les condujo a posición más ventajosa que la de sus atacantes.

Bill Barnes, entre tanto, había seguido su vuelo, con el motor a media marcha. En un momento oportuno, dio un rápido manotazo contra el gatillo de las ametralladoras sincronizadas con su motor, empezando a cantar con su potente voz. Salió en línea recta de un brusco bandazo, giró y eso otro hondazo en sentido opuesto; y entonces sus ametralladoras volvieron a disparar.

No tardaron muchos segundos los cuatro hábiles aviadores en vomitar metralla por delante de ellos, llenando el aire de líneas de humo y rectas chispas doradas que besaban las aeronaves enemigas y cloqueaban alrededor de ellas.

El más destacado de los aviones rivales se balanceó violentamente, cayendo hacia tierra en medio de una nube de humo y llamas que iba prolongándose por encima de él, como trágica estela, mientras se estrellaba allá abajo. Las restantes aeronaves plateadas huyeron con toda la velocidad que les permitían sus potentes motores, y Bill Barnes tardó bien poco en explicarse la razón de tan precipitada fuga. Porque su avión se agitó violentamente en medio de una nube de granadas aéreas, que estallaban alrededor de él y sobre las cuales les habían atraído sus enemigos.

Haciendo una señal a sus tres compañeros, Bill Barnes se las ingenió para salir pronto de aquella área peligrosa que empezaba a llenarse de nutridas y negras nubecillas, verdaderas flores de la muerte.

Entre tanto, había oscurecido mucho. Las aeronaves enemigas desaparecieron de su vista, sin duda por haber descendido al oscuro valle.

Barnes ordenó a su flota que le siguiese, y todos se dirigieron al solitario hangar que marcaba la situación de su campamento.

Conforme se acercaban a él, se le ocurrió reflexionar que el campo escogido estaba demasiado expuesto a un bombardeo aéreo, y la idea le preocupó mucho mientras planeaba para aterrizar, seguido de sus tres amigos.

Una vez los motores quedaron silenciosos, Bill Barnes miró hacia arriba, contemplando aquel oscuro amenazador cielo, y dedicó una larga y reflexiva mirada al misterioso cráter, que estaba resultándole una nuez muy difícil de cascar.

—Lo mejor que podemos hacer ahora —les dijo a los otros—, es esperar a que pase la noche, y entonces volaremos muy alto y nos esconderemos en esa nube que corona el cráter, a ver si podemos descubrir algo.

Dicho esto, todos ellos fueron en busca del calor y de la luz de la tienda, con un claro programa para el día siguiente; Programa hecho sin el menor conocimiento de la misteriosa muerte que extendía sus tentaculares dedos sobre aquel grupo de valientes, dispuesta a destruir a los intrépidos aviones que se aventurasen en la siniestra nube del cráter.

# CAPÍTULO XXII

## UN AVIÓN MISTERIOSO

Con el rostro aún ligeramente pálido, la mirada un poco extraviada y una venda alrededor de su cabeza, el hombre llamado Marston se les había reunido mientras ellos hablaban. Y su frente se llenó de arrugas de preocupación, al oír lo que aquellos hombres habían decidido.

Mas, por el momento, el olorcillo de la cena entusiasmó a todos ellos, y no pensaron en otra cosa que en llenar sus platos con humeantes viandas.

Apenas habían terminado la comida, cuando el zumbido de unos motores les hizo salir a la oscuridad exterior, corriendo a encender faroles de aterrizaje que sirvieran de faros para el último grupo de su cuadrilla.

Los dos aviones trimotores tomaron tierra con toda felicidad, seguidos por un tercer avión: el avión de carga contratado en Nueva York para traerles los accesorios y provisiones necesarios.

Dando vueltas alrededor de ellos, en espera de que les llegase su turno para aterrizar, había dos aviones más pequeños: el aparato de Marston, con cabina cerrada, y el avión de Barnes, que había sido pilotado desde Edmonton por Red Gleason y al cual tuvo que abandonar a causa de habersele averiado el motor.

Inmediatamente, aquel apartado campo se transformó en escenario de la más intensa actividad, pues primero hubo que dar de cenar a los recién llegados, tras lo cual se pusieron todos a trabajar, descargando sus equipajes y construyendo un cobertizo, sin hacer caso del constante aguacero de fría lluvia que les calaba los vestidos.

El piloto del avión de carga contratado terminó de entregar en regla sus mercancías, recogió los albaranes firmados y partió de nuevo, camino de la civilización.

El llamado Marston examinó su propio avión cuidadosamente, comprobando todos los detalles de la nueva palanca de mando. Abrió algunos de los cajones de suministros recién llegados, proveyéndose de municiones, y repasó el estado de sus ametralladoras, antes de volver a reunirse con el grupo de compañeros, entonces bastante crecido por la incorporación de Shorty, Mac Closkey, el joven Sandbag Sanders, y también por Gardiner y Boswell, mecánicos de la cuadrilla, y por Maguire y Russo, los antiguos alguaciles que habían decidido correr la aventura de unirse a la arriesgada expedición.

Scotty no desperdiciaba su tiempo y poniéndose un impermeable y unas altas botas de goma, se proveyó de una linterna eléctrica, y salió a revisar las aeronaves,

mientras los demás hombres trabajaban en la creación de hangares y tiendas.

Sanders, el más joven de todos ellos, con los ojos muy abiertos por la excitación y el nerviosismo que le produjeran las cosas que había oído, daba vueltas por el campo, examinándolo todo con gran curiosidad.

Sus exploraciones le llevaron más allá de los límites del terreno despejado, aventurándose a través de la selva, hacia el borde del cercano y profundo cañón, donde su esbelta figura se destacaba en forma de oscura silueta contra el fondo de las iluminadas tiendas y de las hogueras que los cocineros habían encendido en el activo campo.

Seis siniestras formas humanas, agachadas bajo sus chorreantes impermeables, cerca de la cresta del cañón, observaban su avance.

Dejándose llevar de los imprecisos pasos de su juventud, Sanders se acercó a unos tres metros del lugar donde se ocultaban aquellas misteriosas sombras, y nunca pudo figurarse cuán cerca estuvo de la muerte, porque una de las seis figuras se levantó, con un brillante tubo de acero en sus manos, dispuesto a caer sobre el descuidado joven, si éste hubiese avanzado un solo metro más en su temerario paseo; pero alguna buena estrella debía de tener a Sanders bajo su protección, porque, después de pararse a contemplar lo poco que podía verse en aquella oscuridad, continuó sus exploraciones a lo largo del borde del cañón, apartándose de aquel fatídico lugar.

Quinientos o seiscientos metros más allá, pudo asomarse por encima de los bordes del cañón y se pasó largo rato allí, para escudriñar lo que pudiera verse.

Al cabo de unos minutos, mucho más abajo de donde él se hallaba, a un millar de metros hacia el interior del cañón, una luz osciló a través de la oscuridad, deteniéndose un instante y desapareciendo luego tras de las sombras de las altas paredes del cañón. Otra luz brilló, por un momento, en el lado opuesto del cañón y después se extinguió a su vez.

Allí, pensó Sandbag se le presentaba una oportunidad de distinguirse.

Dedicando una sola y anhelante mirada a las comodidades y seguridad de su campamento, cuyas luces veía brillar a través de la selva y entre las cuales se podían vislumbrar los borrosos contornos de sus aviones, en forma de oscuras manchas silueteadas contra las iluminadas tiendas, buscó una senda que le permitiera bajar por la pared del cañón, no tardando en encontrarla.

Deslizándose y dejándose resbalar por aquellas vertientes de pizarra suelta, fue perdiendo altura y acercándose al fondo del cañón, mientras con sus manos se agarraba firmemente a los escasos arbustos y raíces salientes que encontraba a su paso.

Una de las veces, se le desprendió bajo los pies una gran piedra que se precipitó

en las profundidades del cañón, haciéndole temer, por un momento, que el ruido de su caída le descubriese a sus enemigos. Pero continuó la cautelosa marcha.

Si se hubiese detenido a mirar hacia atrás, tal vez habría visto sobre él a una sombría figura que se destacaba en el borde de la escarpa y hubiera podido darse cuenta de lo desesperado de su situación.

Mas no apartaba los ojos de aquella luz que a ratos aparecía allá lejos, en el fondo del cañón; y así llegó, poco a poco, a pisar el lecho del profundo valle.

Con gran cautela, avanzó por el fondo del barranco, procurando actuar en todo momento como uno de aquellos indios de los que tantas cosas había leído. Su lento progreso le llevó gradualmente cerca de la luz, y entonces fue cuando por primera vez descubrió las siluetas de varios aviones, muy bien disimulados al pie de las altas y verticales murallas de piedra que formaban las paredes del cañón y cuyos salientes impedían verlos desde arriba.

En su excitación, Sanders se puso de pie para ver mejor, sin fijarse en que su figura se intercalaría, bien visible, entre las luces y alguien que pudiese venir detrás de él.

No tuvo tiempo de abrir la boca ni de lanzar el menor grito, cuando ya dos poderosos brazos lo habían agarrado fuertemente por la espalda, y entonces, le pareció a Sanders como si la tierra se elevase y le diera un gran golpe al caer sobre él, sintiendo que una gran oscuridad lo envolvía por completo.

En el campamento de Bill Barnes, la ausencia de Sanders no había sido notada por nadie todavía, pues cada uno de aquellos hombres tenía bastantes cosas de qué ocuparse.

Incluso Fernando, el criado filipino, corría de un lado para otro, arreglando la tienda de Bill Barnes y montando su camastro plegable, que venía muy bien enrollado entre las mercancías recibidas.

Era imposible instalar todas las tiendas en aquella primera noche, por lo que Barnes ordenó que los restantes bultos fueran cubiertos con lienzos impermeables, después de ordenarlos frente a la línea de tiendas y cobertizos ya construidos. La lluvia había cesado de obsequiarles con sus implacables chubascos, pero el aire era todavía muy húmedo y la visibilidad resultaba muy deficiente.

Bill Barnes dirigió una mirada a su reloj de pulsera, levantó después la vista al cielo y dio órdenes a Red Gleason, Cy Hawkins, Shorty Hassfurth y Beverly Bates, encargándoles que se preparasen a partir.

Ellos se apresuraron, sin perder un instante, a dirigirse hacia sus aeronaves, examinando el estado de los motores y la cantidad de combustible que aún quedaba en los depósitos y comprobando el funcionamiento de las ametralladoras, mientras sus respectivos mecánicos montaban en los asientos posteriores; pronto las hélices empezaron a girar.

Y una vez más despegó Bill Barnes con su rápido «Abejarrón», remontándose hacia el cielo, en tanto los otros cuatro aviones subían rápidamente tras él.

Como consecuencia de las observaciones que había hecho de aquel casquete nuboso que coronaba el cráter, calculaba que remontándose a unos mil quinientos metros, alcanzarían suficiente altura para librarse del fuego de los cañones antiaéreos, lo que les permitiría zambullirse con libertad a través de la extraña nube, y tal vez pudieran ver algo del interior del cráter.

Apenas había ganado su pequeño y veloz aparato aquella altura, cuando, al mirar hacia abajo, pudo ver, a menor elevación y por delante de él, el apagado resplandor que de noche se desprende del tubo de escape de un motor de avión.

Sus cuatro aeronaves compañeras le seguían a la misma altura, y pudo recontarlas varias veces.

Por consiguiente, algún extraño avión les había ganado la delantera en su paseo hacia el cráter.

Teniendo en cuenta cómo se presentaban las circunstancias, no tardó mucho Bill Barnes en descender silenciosamente, colocándose detrás de aquel intruso y siguiéndole en su marcha.

Las cuatro aeronaves que le acompañaban se situaron a continuación de él, conservando una nueva distancia de algunos centenares de metros entre ellas y el diminuto «Abejarrón», que proseguía su carrera tras de las débiles y oscilantes llamaradas del escape de aquel desconocido monoplano.

A la sazón se hallaban ya sobre el oscuro valle, pero no se vio ningún fogonazo de los cañones antiaéreos, que por esta vez no agitaron a aquellas naves del espacio en el tormentoso mar de sus explosiones. El extraño aparato seguía su curso, encaminándose en línea recta hacia el cráter.

Leyendo su altímetro, Bill Barnes calculó que el misterioso avión que le precedía iba a entrar en el casquete nuboso a mitad de la altura a que él volaba.

Pensando quién podía ser aquel desconocido aviador y cuáles serían sus propósitos, Bill Barnes redujo un poco la velocidad de su rápido «Abejarrón», para mantener la distancia que le separaba de su predecesor.

Avanzando, avanzando, llegaron por fin cerca de aquella extraña nube que cubría el cráter y que aun ahora, a corta distancia, seguía pareciendo una impalpable columna de vapor que les cerrara el paso.

El misterioso avión se zambulló directamente en ella.

Ya las zumbantes hélices del desconocido batían las capas exteriores de la nube. Bill Barnes, cada vez más asombrado, le seguía acercándose a su cola.

Su propia hélice empezó a sacudir remolinos de aquellos vapores, y un segundo después se encontraba sumergido en sus viscosas interioridades.

En el exterior de la nube, sus cuatro compañeros seguían volando juntos, a varios

cientos de metros tras él, casi tocándose ala con ala, atentos sólo a no perder la ruta de su jefe en medio de la impalpable pared de vapores que se levantaba ante ellos.

Fue a Red Gleason a quien se le ocurrió echar una mirada hacia atrás, en dirección al campamento que habían dejado tras ellos, y pudo notar la presencia de varios puntos cárdenos, algo así como pequeñas llamas, que se movían en las vecindades del campo. Extrañado, tuvo que dejar de mirar, para no perder la buena formación con sus compañeros en el momento que el avión de Bill Barnes desaparecía dentro del muro de la nube.

Que aquellos tenues puntos luminosos presagiaban algo, era evidente por sí solo; pero su verdadero significado para los hombres de aquel campamento, no podían aún conocerlo, por mucho que hubieran forzado su imaginación en aquel momento.

Tan atareado se hallaba el grupo de hombres que Bill Barnes había dejado allí, ocupados en levantar sus tiendas y arreglar las cosas para aquella noche, que aún no se les había ocurrido destacar algunos guardas en los alrededores de su campamento. El terreno estaba limitado, en uno de sus lados, por el cercano cañón, distante de allí unos cuatrocientos o quinientos metros.

Más allá de ese barranco empezaba un espeso bosque de abetos y pinos, mientras por el otro lado la arboleda se iniciaba a pocos centenares de pasos del campo.

En este último y oscuro bosque, verdadera maraña de árboles y arbustos, situado al otro lado del campamento, frente a las crestas del cañón, se desarrollaba una intensa vida desde la llegada del segundo grupo de la expedición de Bill Barnes.

Oscuras figuras procedentes del cráter se movían en silencio a través de la tenebrosa maleza y parecían filtrarse entre los numerosos árboles de aquella espesura, hasta llegar a formar una nutrida fila de ellos que, agachados tras las blandas agujas de los pinos jóvenes, a la sombra de los árboles mayores, contemplaban los activos trabajos del campamento.

Después de la partida de Bill Barnes y de sus cuatro aviones acompañantes, el que parecía ser el jefe de estas oscuras figuras se levantó, lanzando una especie de gruñido de mando en voz baja y gutural.

Se oyeron numerosos chasquidos y rechinos que parecían producidos por piezas de acero. La fila de sombras se movió hacia delante, saliendo de la espesura hacia el campo abierto; aquellas figuras humanas avanzaban agachándose, mientras se iban acercando al indefenso campamento.

## CAPÍTULO XXIII

### EN LA GUARIDA DE MORTON

Sandbag Sanders, aturdido aún y con la cabeza medio rota y zumbándole a cada pulsación, recobró el sentido y abrió los ojos. La primera cosa que vio fue una vela encendida, de la que se desprendían frecuentes gotas de esperma y cuya llama vacilaba a impulsos de las ráfagas de aire.

Se hallaba tendido boca arriba sobre un cajón vacío. Sanders volvió a cerrar los ojos, atormentado por el fuerte dolor que le producían los latidos de la cabeza. Después los abrió de nuevo.

Esta vez su mirada se posó en un grande y peludo puño que se destacó de las sombras, más allá de la bujía. AL mismo tiempo oyó una voz que gruñía algo, y poco después sintió el golpe de una toalla fría contra su rostro.

La impresión del agua fresca y aquella inesperada sacudida aclararon un poco su mente. Miró a su alrededor procurando enfocar mejor la mirada, lo cual le sirvió tan sólo para encontrar que se hallaba rodeado por un círculo de crueles y depravados rostros.

El dueño del puño peludo antes entrevistado, era el de peor catadura de todos ellos; se trataba de un hombre de grandes mandíbulas, espesas cejas y pequeños ojos, con enormes hombros caídos y unos brazos inmensamente largos, todo lo cual le daba más apariencia de mono que de ser humano.

El joven Sanders estaba demasiado aturdido para asustarse, pero sí pudo apreciar un cierto ambiente siniestro en la intensidad de las miradas con que le examinaban los componentes de aquel grupo situado ante él.

—¡Vamos, vamos..., a ver si te animas, muchacho, antes de que te dé un nuevo golpe! —carraspeó la voz de aquel orangután, en ese tono peculiar, metálico y chillón que era característico de Mico Morton.

Viendo que el joven no correspondía a sus requerimientos, Mico ordenó:

—¡Suéltale otro golpe con esa toalla mojada!

El joven retrocedió, esquivando la brutal caricia de la toalla, de tal modo, que casi cayó del improvisado lecho, donde se hallaba tendido. Alguien le sostuvo por detrás, en una forma no muy amable. Un escalofrío de miedo empezó a invadir el alma de Sanders.

Había algo tan inhumano en las miradas de aquellos hombres que le rodeaban, tan completamente falto de otra cosa que no fuese su endurecida crueldad, que Sanders sintió verdadero pánico.

—¡Anda, estúpido, es mejor que vomites lo que sabes, si no quieres que te mande

al infierno de un golpe! —refunfuñó la amenazadora voz de Mico Morton.

Sanders echó una mirada a su alrededor, tratando de encontrar una salida a su situación. Se hallaba en un pequeño cuarto cuyas paredes estaban formadas por troncos y barro; seguramente se trataba de alguna cabaña construida en la ladera del cañón. Entre él y la puerta había cuatro o cinco hombres, según pudo apreciar en una rápida ojeada hacia atrás.

—Ahora, majadero, lo mejor que puedes hacer es hablar, o sabrás lo que es bueno para ti —le indicó Mico Morton, al mismo tiempo que cerraba su enorme puño de un modo poco tranquilizador—. En primer lugar, ¿qué hacías paseándote por el fondo de este cañón?

El joven no contestó nada durante un rato. Mientras tanto, el rostro de Morton se iba poniendo convulsivo de ansiedad. Poco a poco se inclinó sobre el banco, dispuesto a descargar aquel terrible puño.

—Pues yo..., yo... no hacía más que tomar el fresco —balbuceó Sanders, contemplando temeroso aquel temible puño.

—¡Valiente respuesta! —gruñó Mico Morton, no encontrando un insulto que pintase su desprecio—. ¡A mí no me vengas con esas majaderías! ¿Quién te envió aquí abajo y qué estabas tratando de averiguar?

—¡Le aseguro que le he dicho la verdad! —exclamó el joven, y su voz contenía una nota de sinceridad que resultaba más convincente ante su verdadera desesperación.

—¿Sí? ¡Cómo que me vas a convencer a mí de que Bill Barnes no te mandó aquí abajo!

—¿Cómo quería usted que Bill Barnes me enviase hacia acá, si él no sabe que aquí haya nadie? —preguntó el joven.

Una rápida mirada se cruzó entre los hombres de aquel grupo. El joven Sanders se dio cuenta de que había dicho precisamente lo que debía ocultar, pero no sabía, a ciencia cierta, cómo era interpretada su respuesta ni por qué les había interesado tanto a aquellos brutos.

—Entonces, ¿cómo encontraste este sitio y por qué viniste a meter tus narices donde no tenías nada que hacer?

—Le diré a usted: yo no hacía otra cosa que dar un paseo —volvió a decir Sanders—. Acababa de llegar. Habíamos venido volando desde Edmonton, y salí a dar una vuelta por los alrededores del campamento. Entonces vi unas luces por aquí abajo, y se me ocurrió acercarme para ver quién andaba en este cañón.

Un profundo silencio acogió estas palabras del joven. Parecían bastante razonables, teniendo en cuenta la conocida afición de los muchachos a meterse en excursiones e investigar todo lo que pueda descubrirse. El grupo de hombres parecía estar medio convencido, y se notaba, de un modo evidente, la satisfacción que por su



parte les producía la noticia; porque, como es natural, Sanders no podría ir a anunciar a sus compañeros lo que era esencial en los planes de Mico Morton: que la presencia de su banda permaneciese secreta para Bill Barnes.

—De modo que no ha ocurrido nada más... —comentó Mico Morton, en voz alta, y después, sus pequeños ojillos, ribeteados de rojo, se clavaron en el joven durante un efímero segundo—. Y éste habrá sido, de seguro, un mal día para ti —añadió, sin dar importancia a sus palabras.

Pero algo hacía sentir al joven como si una condena a muerte hubiese pasado sobre su cabeza al posarse en él la rápida mirada de los acerados ojos de Morton, y un helado terror oprimió el corazón de Sanders. Porque le constaba que no hallaría ninguna piedad entre aquel círculo de crueles rostros que le sitiaban por todas partes.

—¿Cuántos hombres ha traído consigo Bill Barnes? —le preguntó Mico Morton, de repente.

—¿Cómo...? ¡Ah...! Pues... yo..., yo no sé —tartamudeó Sanders, lleno de confusión y esforzándose, sin saber disimularlo, por mantenerse sin soltar ningún detalle que pudiera tener el menor valor para los enemigos de Bill Barnes.

—¿Conque no sabes, eh? —carraspeó Mico Morton, en tanto su rostro se tornaba lívido de rabia—. Echa una mirada a tu alrededor, sin perder mucho tiempo, y tal vez así te convenzas de lo que te conviene más. Repito: ¿cuán-tos hom-bres tie-ne con-si-go Bill Bar-nes y cuán-tos más han de lle-gar? —preguntó aquel gorila, recalcando sílaba por sílaba.

Y al mismo tiempo se abalanzó hacia delante, acercando su amenazador rostro al pálido de Sanders. El joven se encogió hacia atrás, y entonces se le ocurrió una respuesta.

—Nunca los he contado —dijo—, pero creo que hay unos cincuenta o sesenta. Sin embargo, mañana llegarán doscientos más —añadió con gran desfachatez, sintiendo que una secreta satisfacción le invadía al ver el aspecto consternado que se reflejaba en los rostros de aquellos esbirros.

¡Doscientos hombres! Tan considerable fuerza podía resultar desastrosa para Mico Morton, cuyos planes no eran otros que permitir a Bill Barnes sacar las castañas del fuego, mientras él permanecía escondido y dispuesto a arrancarlas de los chamuscados dedos del arriesgado aviador.

—¡Maldito sea el pájaro ése! —exclamó Morton; pero entonces sus ojos se alegraron con un ladino resplandor—. ¿Y cómo traen a un muchacho como tú en esta expedición?

—¡Oh, es que Bill Barnes me está educando para que también sea un buen aviador! —replicó el jovencito. No comprendía la satisfacción que relampagueaba en los ojos de Mico Morton. Pero éste se alegraba de haber encontrado a una persona por la que Bill Barnes sentía verdadero interés. ¡Aquello sí que era una buena noticia!

—Dame ahora los nombres de los que están con Bill Barnes —ordenó aquel hombre-mono.

EL joven Sanders discurrió aprisa y bien. Él no quería perjudicar a Bill Barnes por nada del mundo, ocurriera lo que ocurriese. Y si proporcionaba semejante información a aquellos malhechores, sería en detrimento de los planes de su jefe. Por eso meneó con energía su cabeza, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡No doy esos nombres! —intentó dar a su voz la mayor firmeza posible, aunque sonó trémula e infantil, a despecho de sus esfuerzos por dominarse.

—¿Conque ésas tenemos, eh? —rugió Mico Morton; y abalanzándose hacia delante, cogió entre sus garras la mano del joven, retorciéndole el brazo cruelmente.

Sanders apretó los dientes con toda su fuerza, mientras su brazo iba girando con malvada lentitud, hasta que llegó un instante en que pensó que se estaba rompiendo ya, y entonces se le escapó un penoso lamento.

La cara de Mico Morton se alegraba con salvaje satisfacción, y siguió retorciendo el débil brazo más y más, dando lugar a que el pobre joven lanzase alaridos de agonía y estuviera a punto de desmayarse.

Pero su tormento quedó interrumpido por la imprevista llegada de alguien que llamó a la puerta de la cabaña.

Mico Morton dejó caer el brazo del joven, y Sanders, procurando contener las lágrimas que a su pesar le nublaban los ojos, se frotó, con la otra mano, los doloridos músculos y huesos tan duramente maltratados; mientras echaba fugaces miradas a su alrededor, sintiéndose cada vez más desesperado al no encontrar más que los duros rostros de aquellos feroces hombres.

Pero ya no se ocupaban sólo de él, como hasta entonces, porque aquella llamada había atraído su atención. Casi todos se levantaron, agrupándose junto a la puerta.

En el silencio que se produjo mientras ellos escuchaban, a Sanders le pareció oír algo así como un lejano tap-tack, tap-tack, que podría atribuirse a un laborioso leñador o a un atareado carpintero. Para unos oídos más expertos que los de aquel muchacho, semejante ruido no tenía más que una explicación: eran las secas detonaciones producidas por armas de reducido calibre, disparadas a respetable distancia.

Fuera lo que fuese aquel intermitente sonido, el caso es que excitó no poco al grupo de sus raptores. Mico Morton se lanzó al exterior, desapareciendo en la oscuridad de la noche, y tras él siguieron la mayor parte de los demás.

Sanders observó la escena con alguna mayor esperanza, pensando que acaso se marcharían los hombres restantes, pero dos de ellos se quedaron junto a la puerta, aunque de espaldas a él.

En su cerebro se mezclaron, tumultuosamente recordadas, todas las emocionantes fugas que había presenciado en las películas melodramáticas vistas por él. ¡Qué

fáciles le parecieron en la pantalla y cuán diferentes le resultaban entonces! Porque las anchas espaldas de aquellos dos gigantones que guardaban la puerta tenían un aspecto formidable.

Desesperado y fuera de sí, el joven lanzó una rápida mirada en derredor, recorriendo la barraca entera con la vista, en busca de cualquier arma o cosa que le pudiera servir de tal.

Uno de los hombres que estaban a la puerta dijo algo, y Sanders se volvió rápidamente al percibir sus palabras.

—¡Ese campamento de Bill Barnes debe de parecerse ahora al infierno! —decía el que hablaba.

# CAPÍTULO XXIV

## UN ATAQUE NOCTURNO

En efecto, no había mucha diferencia entre el infierno y lo que a la misma hora ocurría en el campamento de Bill Barnes. Aquellas siniestras filas de figuras agazapadas que poco antes se movían entre la espesura, avanzaron por el terreno descubierto y detuviéronse, en emocionante espera, a mitad de distancia entre la selva y el campamento.

Y entonces se produjo la señal que ellos esperaban. El haz de rayos luminosos de una linterna eléctrica de bolsillo apareció y desapareció por tres veces consecutivas, cerca de la base de uno de los hangares.

La línea entera de hombres se puso en movimiento y, sin dejar de marchar muy agachados, avanzó hacia el campamento, acompañada de peligrosos reflejos acerados que a veces se destacaban en aquella amenazadora oscuridad.

El viejo Bob Lawton y Scotty Mac Closkey habían estado contándose sus cosas, acompañados de una buena botella de *whisky*, en la tienda que provisionalmente hacía de comedor. Su charla pasó de América del Sur a las remotas islas Filipinas, donde ambos recordaban haber sudado a chorros y haberse asado con aquel terrorífico calor. Pero el viejo Bob Lawton, que era un hombre tenaz, había progresado bastante en el interior del país, recorriendo aquellas sendas de los buscadores de oro que cruzaban las colinas de la región de Benguet, donde las perspectivas eran entonces buenas.

Su conversación se interrumpía, de cuando en cuando, con sendos tragos de la negra botella, hasta que Scotty, acordándose de sus deberes, terminó por negarse firmemente a tomar una sola gota más.

—Si usted me quiere e... echar una mano y me ayuda un po... un poquillo a llegar a mi tienda, me prestará un grr..., un gran servicio, a... amigo —tartamudeó el aturdido Mac Closkey—, porque mis ojos no ven muy... muy claro esta noche...

Y así fue como aquellos dos hombres, dando traspies y caminando con no poca incertidumbre, avanzaban en medio de la noche, continuando tan enfrascados en su charla, que se encontraron rodeados de enemigos, un poco más allá del hangar y en plena pradera, antes de que Bob Lawton se parase de repente, para lanzar una seca exclamación y preguntarle a su compañero:

—¿Está usted viendo lo mismo que veo yo?

Y esto lo dijo en voz baja, casi lo susurró junto a la oreja de su amigo, al mismo tiempo que le daba un empujón para que se tumbase en el suelo.

—¡Cá... cálese, hombre, que... que me ha asustado! ¡Yo... yo no veo na... nada!

—balbuceó Scotty.

Bob Lawton, sin hacerle caso, arrastraba a su compañero tras la protección de unos montones de mercancías.

Sin añadir palabras innecesarias, Lawton sacó el viejo revólver niquelado, reliquia de años pretéritos, que llevaba en su cinto, y acto seguido lo disparó dos veces al aire, en señal de alarma.

Las detonaciones rompieron el silencio de la noche. Se produjo un inmediato barullo en todo el campamento, y grupos de hombres corrieron entre las tiendas y las puertas del hangar, inquiriendo la causa de tan inesperada excitación.

—¡Venid pronto con vuestros fusiles! —se oyó gritar a Bob Lawton, cuya cascada voz se forzaba en un alto falsete—. ¡Nos atacan!

Algo así como un sordo y vengativo rugido partió de una línea de figuras poco visibles a través de la oscuridad de la noche, mientras sus componentes se acercaban a paso muy lento y siempre agachados.

Hasta Scotty pudo distinguirlos bien entonces, aunque casi estaba convencido de que a su compañero le había hecho ver visiones el licor.

Scotty se apresuró a empuñar su propio revólver, pero luego pensó una cosa mejor y empezó a registrar bruscamente bajo la tela encerada que protegía de la lluvia aquel montón de mercancías.

AL cabo de pocos segundos de afanosa búsqueda, se levantó con algo en cada mano, aunque la oscuridad no permitía ver bien de qué se trataba.

Detrás de ellos dos, en el cercano campamento, los hombres se apresuraban a salir de sus tiendas, armarse y correr a socorrerlos.

—Lo malo es que... que no veo mu... muy bien esta noche —dijo Scotty, como hablando consigo mismo; pero mientras lo decía, echó hacia atrás el brazo derecho y lanzó a lo lejos, a través de la oscuridad, uno de aquellos objetos misteriosos.

De repente, a menos de treinta pasos delante de ellos, se produjo una llamarada y se oyó el estallido de una granada de mano. En el instante que duró la luz de aquella explosión, pudieron ver la larga fila de hombres que se acercaban al campamento con las relucientes bayonetas montadas en sus fusiles. Otra granada cayó entre ellos, abriendo un hueco en la nutrida fila.

Entre tanto, disparaban ya las pistolas de los mecánicos, y el silencio de la tranquila noche se vio cortado por múltiples y desiguales fogonazos y explosiones, conforme se iban sumando hombres y más hombres al grupo refugiado tras el montón de mercancías.

Fue Maguire quien primero logró llegar junto a Scotty, trayéndole un buen cargamento de granadas de mano y añadiendo su brazo para el trabajo de lanzarlas.

Por alguna extraña razón, los silenciosos hombres que avanzaban sobre ellos no apresuraron su lento paso ni dispararon un solo tiro, sino que continuaron su tranquilo

avance, estrechándose para rellenar los huecos dejados por los que caían muertos o heridos.

El tiroteo de las pistolas creció hasta convertirse en un continuo estruendo, pero sus efectos eran casi nulos, habida cuenta de la mala luz en que luchaban los tiradores, porque los hombres, cuando están excitados, tienen la tendencia a disparar demasiado alto; así fue que aquel cerco de acero continuó echándoseles encima y empujándolos contra el cargamento.

Algunas de las granadas lanzadas por Scotty y Maguire llegaban a estallar, y sus mellados fragmentos producían algún momentáneo claro en la línea enemiga; pero esta línea era muy densa, y los huecos se rellenaban pronto.

Además, una gran parte de las granadas caían sin producir el menor daño, porque sus espoletas no estaban bien graduadas.

Aquella línea de relucientes bayonetas empezaba a cerrarse de un modo irresistible sobre el pequeño grupo de valerosos defensores. Boswell y Gardiner, cuyas pistolas estaban ya vacías, retrocedieron al ver que un segmento de la línea atacante surgía tras una esquina del montón de mercancías que le servía de escudo protector.

Un ruidoso disparo partió del fondo de la escena. Una cárdena lengua de llamas empezó a devorar ansiosamente la cara lateral de uno de los hangares; los lienzos impermeabilizados que formaban aquella construcción suministraron propicio combustible para que el fuego se propagara con rapidez. Las flameantes lenguas se alargaron y crecieron hacia arriba.

El pequeño grupo de defensores, aterrado ante el número y la fría y mecánica ferocidad de sus enemigos, se amontó, retrocediendo poco a poco; las escasas pistolas que aún conservaban alguna bala en las recámaras, dejaban oír sus andanadas de ineficaces disparos, más espaciadas cada vez.

Los fogonazos de aquellas granadas de mano fueron las momentáneas y diminutas llamas que Red Gleason había visto, a través de la oscuridad de la noche, poco antes de sumergirse con sus compañeros, siguiendo al avión de Bill Barnes, en los impalpables vapores de aquella nube que se levantaba ante ellos como una pared sólida.

Bill Barnes, sin apartarse poco ni mucho de la cola de la aeronave tras de la cual iba, sintió en seguida los efectos viscosos de aquella niebla de vapores que le ahogaba y a través de la cual apenas podía ver el tablero de instrumentos.

Repentinamente y por delante de él, apareció en el espacio un rojizo fogonazo, tan cercano, que su aparato dio un brinco, como consecuencia de la explosión que acompañó a la llamada, y una ola de aire casi incandescente le dio al piloto en la cara.

Bill Barnes reaccionó por instinto. Como un autómeta, su mano tiró hacia atrás de

la palanca que accionaba el timón de profundidad, aceleró el motor hasta el punto máximo y describió una elegante curva, ascendiendo y retrocediendo al mismo tiempo.

En el preciso instante en que iniciaba aquella brusca subida, creyó ver un objeto largo, semejante a una serpiente, que se le acercaba en medio de la niebla; algo que parecía colgar desde muy por encima de donde él se hallaba.

Y fue tan repentina la maniobra de invertir su dirección de vuelo, que se encontró detrás y por encima de los aviones que le seguían.

Los pilotos de éstos, acostumbrados a las más rápidas acciones de su jefe, siguieron en el acto su ejemplo, y los cuatro aviones viraron, apartándose de la extraña pared de vapores.

No había tiempo que perder en explicaciones. Bill Barnes dirigió el vuelo en el sentido de rehuir aquel punto peligroso, describiendo un amplio círculo que inconscientemente les orientó hacia su propio campamento.

Fue Red Gleason quien hizo una señal a los demás, acercándose a ellos y apuntando con un dedo su base de operaciones.

Ya no era posible confundirse: mal debían ir las cosas por allá abajo, porque unos rojizos y pequeñísimos puntos luminosos aparecían y se extinguían como luciérnagas que volasen entre la maleza.

Y poco después, una gran llamarada aumentó de modo considerable la brillantez de aquella escena. Como empujados por un solo sentimiento, lo cual era bien cierto, los cinco aviones inclinaron sus proas hacia abajo, deseosos de acudir a encararse con el desconocido peligro que amenazaba a su campamento.

Bill Barnes abrió el gas cuanto pudo, hasta que su avión llegó a atravesar el aire con la velocidad de una bala.

Una terrible angustia inundó su corazón cuando llegó por encima del campamento. Le bastó un segundo para ver lo que la luz de las llamas revelaba. Inclinando hacia abajo la nariz de su avión, se tiró sobre el peligro, mientras sus ametralladoras se dejaban oír ya desde aquella altura, enviando un torrente de proyectiles bien dirigidos que llenaban el aire de doradas líneas de luz e iban a converger en la fila de hombres y acero cuyo lento e implacable empuje iba arrollando a sus camaradas.

Un profundo respiro de alivio surgió en los corazones de sus hombres, así que oyeron el tableteo de las ametralladoras del jefe.

—¡Quitaos de en medio y dejadle sitio! —exclamó Scotty Mac Closkey, y sin hacérselo repetir, como si les animase un impulso instantáneo, sus camaradas rompieron el compacto grupo y volaron a esconderse, dejando el campo libre de lo único que podía estorbar el tiroteo de su jefe.

El terrible «Abejarrón» gris bajaba y volvía a subir en continuas embestidas,

haciendo cantar a sus ametralladoras con voces infernales.

Cuatro vengativos se acercaron a completar aquel ataque, descendiendo a pocos metros sobre el campo y ametrallándolo con gran animosidad; sus andanadas de balas incendiarias caían como enjambres de veloces luciérnagas, pero eran unas luciérnagas que traían susurros de muerte para aquellos silenciosos y extraños atacantes.

Los cinco aviones volvieron a ganar altura para repetir su formidable ataque, pero entonces los supervivientes de aquella incommovible fila de hombres silenciosos se volvieron como movidos por un solo impulso, echando a correr hacia el amparo del bosque.

Otra relampagueante tanda de disparos los persiguió, hasta que no pudo verse a ninguno de los pocos que escaparon con vida.

La flotilla de aviones describió un amplio círculo, rozando casi las copas de los árboles, en su esfuerzo por descubrir a los últimos adversarios, obedeciendo a una señal de Bill Barnes, se prepararon para tomar tierra.

Debido al extraño hecho de que los atacantes no habían llegado a usar armas de fuego, sino que se limitaron a empujar a sus adversarios empleando sólo las bayonetas, no había que lamentar ninguna baja entre los defensores del campamento.

Parecía como si el enemigo se hubiese propuesto capturarlos vivos a todos.

Fue Bill Barnes quien, reflexionando acerca del peligro al que su equipo acababa de escapar como por milagro, dio la orden inmediata de levantar el campo y, por el momento, tomar algunas medidas de protección mientras llegaba la hora del amanecer.

En cumplimiento de tales órdenes, todo el equipo de hombres, con sus equipajes, aviones, provisiones y demás impedimenta, fue trasladado a unos quinientos metros, poco más o menos, hacia el borde del cercano cañón; éste servía de protección por un lado, mientras por el opuesto se apoyaba su nueva posición contra una espesa muralla de árboles caídos; en cuanto a los dos lados restantes, Bill Barnes ordenó que los cajones y balas de mercancías se apilasen en forma de parapeto, que podría ser defendido en caso necesario.

Se estableció inmediatamente un turno de guardia, de modo que dos hombres vigilasen a todas horas, tanto de día como de noche, observando con todo cuidado por ambos extremos del nuevo campamento.

Ninguno de aquellos hombres consideró necesario patrullar por el lado correspondiente al acantilado del cañón.



# CAPÍTULO XXV

## EL PELIGRO DE ABAJO

Todos ellos trabajaban de firme en las primeras horas de la madrugada, reforzando las instalaciones del campamento y fortificándolo contra otro ataque como el que había sido rechazado.

Cuando estos trabajos estuvieron bastante adelantados, cerca ya de su completa realización, Bill Barnes se puso al frente de un pequeño grupo de hombres y, bien provistos de linternas eléctricas, salieron a buscar los cadáveres del enemigo.

Todos ellos estaban deseando enterarse de quiénes podían ser aquellos extraños atacantes y descubrir, si posible fuera, su nacionalidad y su raza.

Los rayos de luz de las linternas portátiles marcaban zonas de intensa claridad sobre el terreno en que iban avanzando; llegaron hasta más allá del lugar ocupado por el primitivo campamento, internándose después en los bosques donde el enemigo se refugiara al huir.

Encontraron numerosas manchas de sangre entre la maleza, pero no les fue posible ver ningún otro rastro del enemigo, y menos hallar un solo cadáver.

Al parecer, los misteriosos adversarios habían regresado silenciosamente, recogiendo los cuerpos de sus muertos y llevándoselos consigo, nadie sabía adónde. Aquello se prestaba a numerosas conjeturas y a no pocas discusiones, pero el caso era que habían llegado tarde y ya no podían hacer nada, aunque tan extraños acontecimientos les produjeran cierto desasosiego.

Bob Lawton se reunió nuevamente con Scotty Mac Closkey, quien estaba dispuesto a terminar con aquella botella, antes de que ocurriese algo más.

—Dime, Scotty —dijo Lawton, después de un reflexivo silencio en el que ambos hombres contemplaron cariñosamente sus vasos vacíos—, ¿no notaste una cosa muy divertida que ocurrió un poco antes de que empezase todo aquel tiroteo?

—Yo no noté nada —repuso Scotty—. No estaba en muy buen estado para ver ninguna cosa en la oscuridad de la noche, como ya te he dicho antes. ¿Qué es eso que a ti te parece haber visto?

—No estoy muy cierto de lo que voy a decir, pero a mí me pareció ver tres relámpagos que debían ser hechos con una linterna eléctrica, y eso fue cerca de la base del hangar que luego vimos envuelto en llamas. No puedo asegurarlo, mas todo eso se me figura a mí que es obra de alguien que trataba de comunicarse con los que después nos atacaron.

—¡Qué cosas más raras! —murmuró Scotty, sin apartar sus extasiados ojos de la botella, porque esperaba que Bob Lawton se decidiría a llenar de nuevo los vasos—.

¡Están pasando unas cosas...! ¡Este mundo está lleno de rarezas! Es lo suficiente para que un hombre se dé a la bebida. Y de nuevo lanzó una significativa mirada desde su vaso vacío hasta la medio llena botella.

Ambos hombres se volvieron al oír entrara Bill Barnes en la tienda comedor.

—Scotty —dijo el recién llegado, en plan de amistosa advertencia—, no conviene que esta noche te des ese barniz. Nadie sabe lo que puede ocurrir. Acuérdate de la última vez que te emborrachaste... te creías que eras un avión, y fue preciso que toda la gente del campo te sujetara para impedir que te tirases desde el techo del hangar.

Scotty Mac Closkey adoptó la martirizada expresión de quien hubiese sido mordido por una víbora a la que hubiera criado en su propio pecho. Bill Barnes continuó diciendo:

—Evidentemente, nuestros modestos amigos se han llevado todos los cadáveres. Sea como fuere, no hemos encontrado una sola víctima visible, y aún no sabemos quiénes son esos hombres ni qué representan. ¿Conseguisteis alguno de vosotros dos ver algo de ellos cuando os los encontrasteis cara a cara, antes de dar la voz de alarma?

—Le aseguro que vimos muchas cosas... —empezó a decir Scotty, pero entonces se acordó de que él era un héroe—. ¡Maldita sea! ¡Le digo a usted que aquello fue una batalla de verdad! —y agitó su cabeza al recordar lo sucedido, mientras, con el pensamiento en otra parte, agarraba la botella y vertía en su vaso otra ración de dos dedos—. ¡Maldita sea! Puede usted creerlo como se lo cuento: millares de flacos demonios se lanzaron a todo correr sobre mí, de seguro dispuestos a chuparme la sangre. Tuve que hacer los esfuerzos más sobrehumanos que recuerdo en mi vida, para rechazar a tal cuadrilla de salvajes...

Bill Barnes se volvió hacia Bob Lawton, con la esperanza de sacar algo más de él que de su aturdido compañero.

—Las cosas ocurrieron demasiado deprisa para puntualizar yo ahora —explicó el viejo Bob—, pero, por lo que pude ver de ellos, tenían la piel bastante oscura y llevaban ropas que parecían trajes de vuelo, y eran unos hombres de ojos oblicuos, como los de los chinos.

Bill Barnes asintió con lentas inclinaciones de cabeza, como si las declaraciones de Bob Lawton confirmasen detalles que ya poseyera.

—Una sola pregunta más y os dejaré en paz —dijo Barnes—: ¿Ha visto alguno de vosotros a Sidney Marston por el campamento?

—¡Millares de ellos..., se lo aseguro! —contestó Scotty—. ¡Cientos de millares!

—No; hace más de un par de horas que no lo he visto por ningún lado —replicó Bob Lawton, arrugando el entrecejo.

—¿Y has visto su avión en alguna parte? —insistió Bill Barnes.

—Aviones que cruzan en la noche... —murmuró Scotty, sin saber lo que decía—.

¿Quieres pasarme tu botella, amigo...? ¡Maldita sea..., si me la das te diré algo acerca de esos aviones...!

—No, señor —repuso Bob Lawton, moviendo su cabeza, para reforzar la negación—. No lo he visto a él ni a su avión. Espero que no le habrá ocurrido nada al pobre chico... ¿Qué le parece a usted?

Bill Barnes meneó su cabeza, con cierta preocupación. Ahora se le aparecía, de un modo claro, que el misterioso avión que se metió ante él en aquella columna de nubes situada sobre el cráter iba pilotada por Sidney Marston.

Barnes no se explicaba por qué razón el nuevo piloto había tomado sobre sí aquella investigación del cráter; la idea le llenó de confusiones y lo preocupó grandemente.

Dejando a aquellos dos hombres el cuidado de acabar de vaciar con toda rapidez su botella de *whisky*, Bill Barnes salió de la tienda-comedor y echó una mirada al trabajo que los demás estaban realizando.

El campamento disfrutaba ya de una relativa seguridad contra cualquier ataque de gentes a pie, como el que habían rechazado aquella noche, pero en cambio era extremadamente vulnerable por lo que se refería a un posible bombardeo aéreo, y Barnes frunció el entrecejo mientras calculaba las posibilidades defensivas del caso.

Según le constaba, disponían de seis ametralladoras de repuesto, y ordenó que las montasen para utilizarlas como ayuda y defensa contra cualquier ataque en bajo vuelo, pero se daba cuenta de que no servirían de gran cosa, y menos aún si les bombardeaban desde gran altura.

Sus pensamientos volvieron entonces al misterio de aquel extraño cráter y a la instantánea visión que tuvo de unos largos, negros y tentaculares objetos que parecieron amenazarle mientras volaba dentro de la nube.

Esforzándose por buscar una explicación, acabó por admitir la imposibilidad de resolver qué podían ser aquellas cosas de tan original aspecto, pero dedujo que, sin duda alguna, habían sido la causa de la probable muerte de Sidney Marston. Entretanto, una débil luz empezaba a vislumbrarse, por el Este, cuando Bill Barnes, impaciente por descubrir tal misterio, se dirigió a su propio avión, lo revisó rápidamente en una sola ojeada y ocupó el asiento destinado al piloto.

El rugido de su motor atrajo la atención de la mayor parte de sus hombres, quienes se preguntaban qué nueva sorpresa les presagiaba aquella salida de su jefe; mas, en respuesta a sus interrogadoras miradas, él se limitó a menear su cabeza y apuntar hacia el cráter, cuya oscura y abultada nube podía ser vista desde allí, dominando el paisaje por el Norte: Un minuto más tarde, el pequeño avión avanzaba suavemente sobre la pradera y, lanzándose al aire, ascendía en rápida subida.

Levantó un poco la nariz de su avión, conforme se acercaba a la nube, y al cabo de poco rato su hélice batía ya entre la ligera neblina que rebasaba por encima de la

cabeza del núcleo principal de vapores.

Bill Barnes miraba atentamente hacia abajo mientras su aparato volaba rozando, aquel suelo gaseoso. Tan rápido era su avión, que pronto tuvo que virar y volver a cruzar por encima de la nube, para echar un nuevo vistazo, tratando de comprobar algo que le parecía haber visto en su primero y velocísimo viaje a través de aquel lugar. Esta vez situó su avión en un nivel un poco más bajo, de modo que la cima de las neblinas más densas desfilaba a la altura del armazón de su asiento de piloto.

Pero estas nieblas no eran tan densas como las que había tenido que atravesar en su vuelo de la noche anterior, cuando penetró en el cuerpo de la nube, volando más bajo. Y esta vez pudo ver algo más.

Era un espectáculo muy extraño. Tanto, que Bill Barnes no daba crédito a sus ojos.

Porque en la instantánea ojeada de su segundo paso por encima de la gran masa de vapores, vio algo que parecía ser una manada de enormes animales acuáticos, ramoneando y moviéndose allí abajo, en medio de la densa niebla inferior, con sus lustrosas pieles humedecidas por la condensación del vapor de la nube. La luz iba aumentando demasiado para que resultase seguro el atravesar la barrera de cañones antiaéreos, que se volverían todos contra él en cuanto descubriesen su presencia, por lo que decidió renunciar, por el momento, a descubrir aquel misterio, dirigiéndose a toda velocidad hacia sus hangares, más confuso que cuando había empezado aquel vuelo.

Toda la gloria del amanecer se iniciaba ya a lo lejos, por Oriente, animando las llanuras y las montañas, mientras él iba bajando a su terreno de aterrizaje, rodeado de una relativa oscuridad, porque los parajes bajos no habían sido tocados aún por los rosados dedos de la aurora.

Pero aquella oscuridad que envolvía a su campamento había resultado más protectora para otros que para sus propios hombres.

Oscuras sombras trabajaban incansablemente al pie de las altas paredes que limitaban el profundo cañón, más allá del campo de Bill Barnes.

Se movían laboriosas como castores o, mejor dicho, como topos, pues ocho o diez de ellos se afanaban perforando un túnel en la pétrea pared del cañón, por debajo del campamento de Bill Barnes.

AL ingenioso cerebro de Mico Morton era debida esta nueva idea. Creyendo la afirmación del joven Sanders, relativa a que doscientos hombres adicionales, que naturalmente significaban una vasta flota de aviones, se hallaban en camino para reforzar los elementos con que contara Bill Barnes, Mico Morton decidió no arriesgarse.

Era uno de esos jugadores que no se atreven a lanzarse sino tienen en sus manos las mejores cartas. Y en este caso tenía en su contra a un as bastante temible: Bill

Barnes; y su jugada consistía en aquel túnel cuyo final iba a ser una buena pila de cajas de dinamita colocadas debajo del campamento de su contrincante.

Mico Morton azuzaba a sus hombres de un modo inexorable, esforzándose por avanzar todo lo posible en la perforación de aquella dura muralla, antes de que la luz diurna descubriera sus actividades. La tierra y las piedras procedentes de su excavación eran transportadas con gran rapidez a la boca del túnel, desparramándolas lejos de ella, a la sombra de los altos pinos.

La galería perforada no era muy grande, pues apenas tenía las dimensiones suficientes para permitir que un hombre se arrastrase a lo largo de ella.

Los trabajadores se pasaban, de mano a mano, maderas y tarugos destinados a entibar la obra hecha, conforme avanzaba el trabajo de excavación, y su tarea se completó muy poco antes del amanecer, mientras los hombres de Bill Barnes, agotados por el cansancio, dormían inconscientemente encima del peligro.

Cuando la neblina del amanecer ocultaba aún sus movimientos, abultadas cajas de formidables explosivos fueron instaladas en el fondo del túnel, poco más o menos debajo del centro del campamento de Bill Barnes, y unas delgadas líneas de alambre se conectaron con febril actividad a la carga detonadora.

El propio Mico Morton iba tendiendo la línea eléctrica, mientras él y su cuadrilla se apartaban del túnel, descendiendo por la ladera del cañón. Los delgados y poco visibles alambres quedaban colocados en sinuoso recorrido, pródigo en lazos y revueltas sobre los arbustos y árboles, marcando como una estela de la marcha apresurada en que Mico y su pandilla se alejaban al otro extremo de su propio valle.

Y una vez que aquellos malhechores llegaron a su cabaña, Mico Morton empalmó los alambres a una pequeña caja negra que contenía unas pilas y un interruptor; con un pequeño movimiento de su peluda mano, aquel interruptor enviaría a Bill Barnes, sus hombres y sus aviones a dar un inesperado paseo por el espacio.

## CAPÍTULO XXVI

### LA CUEVA DE LOS MURCIÉLAGOS

Las manipulaciones efectuadas por Mico Morton para conectar aquellos alambres no le pasaron inadvertidas al joven Sandbag Sanders, que continuaba prisionero en la cabaña, arrimado contra la pared de piedra.

No podía imaginarse Sanders lo que aquellos trabajos de Mico Morton significaban, pero sí estaba seguro de que no presagiaban nada bueno para Bill Barnes, su amado ídolo.

Sanders se arrebujó en el rincón cuanto pudo, al observar que los sanguinolentos ojos de Mico Morton se volvían hacia él. Aquel orangután, se le acercó, sin quitarle la vista de encima; en su mirada se veía que estaba maquinando alguna nueva salvajada para divertirse con su cautivo.

Y un estremecimiento irresistible sobrecogió a Sanders, porque sin saber cómo se dio cuenta de que Mico Morton deliberaba acerca de su vida o de su muerte.

Los fríos ojos del criminal se pasearon sobre él, tan indiferentes y tan impenetrables como pudieran serlo los de un basilisco. Y entonces, Mico Morton se volvió al centro de la cabaña, seguramente con una resolución tomada. Acercóse a la puerta donde los dos hombres seguían montando la guardia en la parte exterior.

—Coged a ese idiota de chiquillo y arrastradlo ahí fuera.

Sanders oyó estas sencillas palabras que marcaban la fatalidad de su destino.

Su corazón cesó de latir durante unos segundos. Aquellos dos hombres se volvieron a mirarlo, sin mostrar el menor interés por él, y asintieron a la orden de su jefe. A uno de ellos se le debió de ocurrir algo, porque le hizo una pregunta a Mico Morton, pregunta de cuyo contenido no pudo enterarse el joven cautivo; pero en cambio vio que Mico Morton se apartaba bastante de la cabaña y echaba varias miradas hacia el cielo, antes de contestar.

Los dos guardianes avanzaron un paso o dos hacia el prisionero, preparándose a entrar en la cabaña y cumplir las órdenes recibidas.

Sanders se puso de pie, con ojos extraviados. Como un animal acorralado miraba a su alrededor, observando todos los rincones de la tosca cueva en que se hallaba; por vez primera notó que estaba construida de un modo artificial sólo en una parte, pues la restante consistía en una perforación practicada en la ladera del acantilado.

En el extremo más alejado de la puerta, el techo descendía rápidamente y Sanders no pudo ver allí nada en claro, porque aquel barracón estaba lleno de oscuras sombras y era inaccesible para los débiles rayos de la bujía.

La conversación que en voz baja tenía lugar afuera, junto a la puerta, parecía

aproximarse a su final. Transcurrirían unos pocos segundos más, y aquellos terribles hombres entrarían por él. Arrastrándose como pudo y avanzando con la ayuda de sus manos y rodillas, Sanders se acercó al oscuro rincón del fondo de la pequeña cueva.

Una corriente de aire frío le dio en la cara. Allí debía de haber algún agujero que comunicaba con el exterior.

A sus espaldas oyó un grito, y esto le hizo apresurar desesperadamente su penoso avance en la oscuridad.

Una pistola disparó, y algo fue a estrellarse en la rocosa pared, junto a su cabeza; menudas y afiladas esquirlas de piedra se clavaron en su rostro.

Medio sollozando, apresuró aún más su fuga; el techo seguía descendiendo, cada vez más cerca del suelo del estrecho pasadizo, hasta obligarle a avanzar tumbado cuan largo era y sin poder levantar un brazo o una pierna; con esfuerzos desesperados, se arrastraba hacia delante, ayudándose con las manos y un poco con los pies.

Otro disparo retumbó tras él, mas de repente logró traspasar una pequeña abertura y se encontró en un oscuro pasaje que formaba un ángulo recto con el que siguiera hasta entonces.

Continuó su huida por él, avanzando como podía, y encontró que tampoco allí le era posible ponerse de pie, pues el techo tenía escasa elevación.

Pero una agradable corriente de aire fresco venía de alguna parte.

Tres nuevos disparos resonaron a través de la estrecha abertura que acababa de dejar a sus espaldas, y las respectivas balas fueron a aplastarse contra la pétreo pared opuesta. El pasaje se ensanchó, y Sanders pudo darse cuenta de que ascendía poco a poco, de un modo lento pero indudable.

Nunca pudo recordar cuánto tiempo había estado dando traspasos a lo largo de aquel serpenteante camino. Mientras avanzaba, observó una especie de ligerísimo resplandor fosforescente que iba alumbrando poco a poco su camino, y de repente llegó a una gran cueva en cuya oscura penumbra pudo divisar fantásticas estalagmitas y estalactitas de afiladas puntas y extrañas formas, que se elevaban sobre el suelo y que colgaban del techo.

Un instantáneo coro de terribles chillidos, una negra nube de batientes alas, una cosa áspera que le pasó rozando por un carrillo, fueron impresiones suficientes para que su corazón quedase paralizado por el miedo, hasta que se dio cuenta de que todo aquello no era sino una bandada de murciélagos que habitaban tan extraño lugar y habían sido asustados por su presencia.

Se volvió un instante, escuchando si sus enemigos le seguían, pero no le llegó ningún sonido por el largo túnel que acababa de recorrer. No se daba cuenta de que el agujero de salida de la cabaña era sólo de diámetro suficiente para que por él pudiera escurrirse un cuerpo tan pequeño como el suyo.

Continuó su camino, despertando a nutridas familias de murciélagos, que volaban en silencio por encima de su cabeza y alrededor de él, mientras chillaban como ratones. La cueva en que se hallaba era grande como el salón de un palacio. Sus raras y fantásticas formaciones minerales le asustaron aún un poco más, pero aquel tenue resplandor fosforescente alumbraba algo su camino y le facilitaba el continuarlo.

Aparte de los débiles chillidos de los murciélagos, aquel lugar era tan silencioso como una tumba, y a él le parecía sentir sobre su cabeza el peso de la enorme cantidad de toneladas de tierra y rocas que gravitaban sobre la gran cueva; tuvo miedo de no lograr encontrar nunca la salida de tan lúgubre sitio, en el que podía morir sin que un solo suspiro ni una sola palabra de otra persona viniese a consolarlo.

Mientras iba avanzando, Sanders intentaba descifrar el secreto de las misteriosas manipulaciones que Mico Morton había realizado en su presencia, momentos antes de que aquel simiesco hombre hubiese tenido la cruel idea de condenarlo a muerte.

El enorme jefe de los bandidos había entrado a la cabaña con dos alambres en la mano, y los conectó, después, a una pequeña caja de madera que estaba junto a la puerta. Y Mico Morton venía con el traje cubierto de tierra.

Algunos de los hombres que llegaron con él aparecían sudorosos y muy sucios. Sin duda alguna, habían estado excavando tierra en algún sitio.

Uno de ellos dijo algo acerca de un túnel abierto en un lugar elevado. Otro habló de «echar a volar a ese maldito Bill Barnes, ¡más alto que una cometa!».

De pronto, el joven se paró en seco y sintió que un sudor frío le brotaba por todos los poros. Se le acababa de ocurrir, como sí aquella idea apareciera resplandeciente de luz en el fondo de la cueva, lo que significaba la caja a la cual se habían conectado los alambres.

Se acordó de un día en que él viera trabajar a una cuadrilla de obreros empleada en la construcción de una carretera, quienes usaban dinamita para abrirse paso, volando unos salientes de roca.

Mico Morton debía de haber colocado en algún sitio una gran carga de poderosos explosivos, la cual estallaría cuando él quisiera, lanzando a Bill Barnes y a todos sus compañeros a las alturas del espacio.

Con este desagradable pensamiento clavado en su corazón, el joven echó a correr, tratando desesperadamente de salir de aquel sitio y poder decirle dos palabras a Bill Barnes, para comunicarle tan terribles noticias antes de que fuese demasiado tarde. La caverna parecía interminable.

El suelo empezaba entonces a subir de un modo constante, y el corazón del joven latía cada vez más deprisa al ver que el techo iba bajando al mismo tiempo, con lo que el lugar se estrechaba y se hacía más oscuro.

Llegó a sentirse invadido por un frío temor: tal vez aquella caverna no tenía otra salida que el túnel por el cual había entrado él. Y aquel camino lo conducía a una



muerte segura.

A la sazón, caminaba agachándose y bajando la cabeza, para avanzar sin darse golpes con los salientes del techo. Momentos después, tuvo que volver a arrastrarse, para continuar su camino, con la ayuda de manos y rodillas.

Y entonces observó una cosa muy reconfortante para él: una corriente de aire frío soplaba de nuevo contra su rostro.

Gateó tan deprisa como pudo; una feroz oleada de esperanza ayudaba a sus fatigados músculos. El pasaje se había ido estrechando más, y ahora bajaba por él arañándose contra sus cortantes aristas, pero pronto volvió a ensancharse de un modo notable.

Dio la vuelta a un ángulo de aquel pasillo y allí, muy por delante de él, vio un reflejo rojizo que parecía proceder de alguna hoguera.

Tal fue su alegría ante esta prueba evidente de que volvía a encontrarse con seres humanos, que no se detuvo a pensar si podrían ser amigos o adversarios, sino que dio la vuelta a una segunda esquina del pasaje y se halló ante una estrecha grieta de la pared rocosa de la montaña, a través de la cual penetraba un vivísimo resplandor de luz rojiza.

Terminado su recorrido por aquella grieta natural del túnel y esforzándose por pasar su delgado cuerpo a través de ella, Sanders pudo, al fin, salir de las entrañas de la tierra y se encontró a unos seis o siete metros sobre el suelo de una especie de alta cueva circular; en dicho suelo ardía una buena hoguera de troncos, los cuales estaban colocados en un hornillo construido con piedras.

Más allá del fuego, en el lado opuesto de la sala, había una abertura en la pared. Junto a ella reposaba un hombre vestido con un curioso traje de paño azul, que se parecía al que los aviadores usan para volar.

Mientras Sanders lo contemplaba, el hombre se acercó a la hoguera y arrojó en ella un pequeño tronco; sus rasgos fisonómicos se destacaron claramente al ser iluminados por la lluvia de chispas y llamas que se levantó al caer el tronco en el fuego. Y Sanders se quedó asombrado, porque aquel hombre era un oriental de ojos oblicuos y piel oscura, pequeñito, pero de aspecto fornido.

El humo que partía de aquella hoguera u hornillo, se elevaba hacia arriba y evidentemente debía de encontrar una salida a través de algún agujero existente en el techo, aunque Sanders no lograba verlo entre las tinieblas superiores, pues aquella habitación en forma de cueva era altísima.

Parecía no existir ninguna otra salida para escapar de donde él se hallaba.

Sanders se encontró ante la alternativa de volverse por donde había venido o de correr el riesgo de ser capturado por aquella extraña y siniestra persona encargada de la hoguera. Decidió permanecer donde estaba, esperando que el guardián se marcharía algún rato, dándole a él una oportunidad para escaparse.

Las horas se deslizaban con interminable y desesperante calma. El hombre de allá abajo no se movía de su puesto. No había medio alguno de discernir si era de día o de noche. Sanders permanecía agachado contra la pared de roca, medio dormido, cuando le despertó un sobresalto momentáneo, sin poderse explicar cuanto tiempo había estado amodorrado.

Juzgando por el hambre que le atormentaba, debía de haber pasado allí un día entero y, por lo tanto, ya sería de noche otra vez. Los retortijones que hace sufrir el hambre a un muchacho que está en la época de su crecimiento, no son cosa despreciable, de modo que Sanders empezó a sentir cierta debilidad como consecuencia de su largo y forzoso ayuno.

Echó un nuevo vistazo al fondo de la cueva. El hombre seguía aún haciendo guardia en su puesto y, mientras Sanders lo contemplaba, se acercó a tirar otro tronco a la hoguera.

EL joven no podía descifrar el significado de aquel fuego y del misterioso guardián encargado de él. Mas no tardó mucho tiempo en descubrir el objeto de ambas cosas.

El hombre que vigilaba en la puerta levantó su cabeza, como si escuchase algún ruido, y luego se echó a un lado.

Dos nuevos individuos hicieron su aparición por el umbral, extrañamente ataviados con largas túnicas de seda amarilla, sobre las cuales se destacaban misteriosas figuras bordadas en oro. Se cubrían la cabeza con estrambóticos turbantes que despedían vivos reflejos, como si estuviesen recubiertos de magníficas piedras preciosas.

Ambos avanzaron solemnemente hacia el centro de la sala. Tras ellos llegaron otros hombres que portaban cuatro parihuelas cargadas.

Los portadores de aquellas angarillas se detuvieron al otro lado de la hoguera, depositando su carga en el suelo. Los dos individuos de las estrafalarias vestimentas empezaron a salmodiar como sacerdotes de algún exótico culto.

Su canto concluía en una alta nota aislada que semejaba un lamento. Los dos portadores de la primera parihuela descubrieron su mercancía, que resultó ser el cuerpo desnudo de un hombre de bronceada piel. Levantándolo entre ambos, lo arrojaron en medio de las llamas.

En rápida sucesión, las tres restantes parejas de portadores siguieron el ejemplo de la primera, con lo que cuatro cadáveres se amontonaron en la pira fúnebre.

Fascinado por el espectáculo, pero lleno de horror ante lo que veía, Sanders contemplaba cómo las llamas lamían, hambrientas, la seca carne, que se retorció de modo terrible, igual que si aún estuviese viva.

Los sacerdotes reanudaron su canto, para interrumpirlo luego bruscamente.

Los ocho portadores desfilaron y salieron de la caverna, seguidos por aquellos dos

hombres de extraña indumentaria. El guardián solitario se aproximó de nuevo a la hoguera, lanzando en ella, estólido, unos cuantos leños más, los cuales cayeron sobre aquellos cuerpos, que se ennegrecían rápidamente. Una vez hecho esto, se marchó de la sala, siguiendo el camino tomado por los otros.

Sanders desvió su mirada de lo que ocurría en la pira funeraria. Ningún ruido alteraba el silencio de aquella cueva de elevado techo, si se exceptúan las crepitaciones y chisporroteos de los troncos que allí ardían.

Sanders miró hacia abajo, desde el nicho que ocupaba en la pared, y se convenció de que, usando convenientemente sus manos y pies, le sería posible descender hasta el suelo. Sin dejar de observar la puerta con suma atención, para prevenirse contra el posible retorno del solitario guardián, el joven salió de su refugio en la sombra y se dejó resbalar, poco a poco, hacia abajo, agarrándose a las prominencias de la pared rocosa y afirmando sus pies en las grietas y hendeduras, hasta verse sano y salvo en el suelo de la caverna.

Entonces avanzó muy despacio hacia la puerta, pasando frente a la crepitante y horrible pira fúnebre y sin dejar de apartar sus ojos de aquellas siseantes llamas, conforme daba la vuelta a la sala arrimándose a la pared; por fin, llegó junto a la deseada salida. Escudriñando cautelosamente lo que allí podía apreciarse, vio un corto pasillo que se abría ante él y cuyo extremo quedaba oculto por una especie de cortina de burda tela de saco, que colgaba desde media altura del pasaje hasta el suelo.

Con la garganta oprimida por la emoción, pero impelido por la responsabilidad de llevar noticias a Bill Barnes, Sanders se deslizó a lo largo del pasillo, hasta llegar junto a la cortina.

Empezó a correrla lentamente, para ver qué encontraba detrás de ella.

Y entonces ocurrió una cosa extraña: como si la cortina estuviese dotada de vida propia, se envolvió por sí sola alrededor de su cuerpo, y él sintió sus movimientos paralizados por unos poderosos brazos que lo oprimían y unos dedos fortísimos que lo sujetaban. Después lo arrojaron contra el suelo, cuando ya estaba medio asfixiado, y su pobre cabeza comenzó a zumbiar como un motor, a causa de la violencia del golpe.

Aún aturdido y maltrecho, doliéndole todos los músculos por la brutalidad con que lo tiraran al suelo, y medio cegado ante el repentino resplandor de una viva luz que le daba de lleno en la cara, el joven Sanders notó que le quitaban de encima aquella áspera tela de saco.

Y se halló rodeado por un grupo de aquellos extraños hombres de piel oscura, todos ellos vestidos con una misma especie de «mono» azul; Era un traje que tenía cierto aspecto de uniforme, con sueltos y voluminosos bolsillos. Uno de ellos, que parecía ser su jefe, gruñía alguna orden en tono muy gutural. Dos de los subalternos

dieron un fuerte tirón de los brazos de Sanders, haciéndole ponerse de píce, y, medio andando medio a rastras, lo llevaron hasta un segundo salón mucho mayor que las otras estancias.

El pobre joven, a pesar de su aturdimiento, tuvo tiempo de notar que aquel local estaba alumbrado por electricidad y en forma muy moderna. Sus aprehensores lo condujeron junto a un montón de pequeñas cajas de madera que estaban muy bien cerradas y precintadas.

Otros hombres se iban llevando afuera aquellas cajas, tomándolas del montón. Una de ellas estaba abierta, y el joven pudo ver en su interior unos granitos de metal amarillo, que despedían opaco reflejo, pero no se figuró que fuese oro virgen lo que sus ojos veían en aquel momento.

Sus dos guardianes lo condujeron hasta la pared del fondo, donde se hallaba sentado un rechoncho personaje, también de piel oscura, que llevaba puestos unos lentes de gruesos cristales y lucía un revuelto y ralo bigotito. Aquel hombre se hallaba, a la sazón, escribiendo o pintando algo con ayuda de una pastilla de tinta y una fina brocha. Dirigió una breve e impersonal mirada al prisionero, pero le fue suficiente para hacerse cargo de él, de los pies a la cabeza. El hombre de la voz gutural dijo unas palabras, y el que escribía sobre la mesa rezongó algo en un lenguaje que parecía compuesto a medias de siseos y ronroneos, mientras volvía su cabeza hacia el extremo de la gran sala.

De nuevo sus aprehensores le empujaron hacia delante, y esta vez fue para conducirlo a una especie de alcoba que se abría en la pared de la cueva.

Hasta los ojos de Sanders llegó el reflejo de algo metálico que despertó su atención y, volviendo la cabeza, contempló incomprensivamente a un fornido hombre de oscura epidermis que estaba desnudo de cintura arriba y afilaba contra las piedras de la pared una enorme espada de ancha hoja.

Allí estaba también el hombre llamado Sidney Marston, con las manos atadas por detrás de su cuerpo y arrodillado junto al imponente hombre de la espada.

Con el rostro muy pálido y contraído por efecto de algún sufrimiento, el piloto miraba estúpidamente a su alrededor, cuando en sus abotagados ojos sé pintó la sorpresa al ver allí a Sanders. Los dos guardianes que habían conducido al joven se apresuraron a amarrarle también las manos a la espalda y lo arrojaron al suelo, no de un modo muy cortés, cerca de Sidney Marston, a unos cuatro pasos de este último.

El robusto verdugo se entretenía en probar el filo de la ancha espada sobre la uña de uno de sus pulgares.

—Espero que ya estará bastante afilada y que funcionará bien —dijo, sardónicamente, al llamado Marston, sin dirigirse a ninguno de los presentes en particular—, porque cuanto mejor corte, más pronto acabaremos.

Estas palabras llegaron con toda claridad a los oídos de Sanders, y el joven sintió

como si se le parase el corazón. Los impasibles ojos del verdugo se posaron en él igual que lo harían los de un matarife sobre el novillo llevado al matadero. Aquel temible individuo blandió su acerada hoja una o dos veces, como si tratase de acostumbrarse a su peso.

Y, luego, se acercó a las presuntas víctimas, estudiándolas con sus calculadores ojos de artífice.

## CAPÍTULO XXVII

### LA ALCOBA FATAL

La ausencia del joven Sanders no fue particularmente advertida en el campamento, hasta bien mediada la tarde. Entonces comenzaron a hacerse preguntas los unos a los otros. Sin embargo, la opinión general parecía ser la de que debía de haber emprendido por su cuenta alguna especie de excursión de caza, cosa nada extraña entre las costumbres del muchacho.

Casi todos los hombres, a excepción de los designados para montar la guardia, prolongaron su sueño hasta hora avanzada del día, porque la intranquila noche precedente, con su batalla y los trabajos ocasionados por el traslado del campamento, les había privado del acostumbrado descanso nocturno.

Sólo Bill Barnes parecía estar hecho de hierro, pues no mostraba el menor síntoma de fatiga, a pesar de que sus camaradas no le habían visto dormir ni un segundo; Sin embargo, en algún sitio y a alguna hora debía de haber descabezado el sueño, pues estaba fresco y animado como quien ha descansado varias horas.

El viejo Dan Humphreys se había excedido a sí mismo en la comida que les sirvió aquel día, de modo que todos ellos se recostaron en sus sillas sintiendo esa agradable sensación de bienestar que sigue a un buen banquete.

Fernando, el criado filipino, esperó, como de costumbre, el regreso de Bill Barnes, trayéndole su café y encendiéndole su cigarrillo, mientras su jefe decía:

—Bien, parece como si el único camino accesible para llegar a ese cráter consistiera en dejarse caer en él, como hizo Bob Lawton al llegar aquí —y Bill Barnes sacudió la ceniza de su cigarrillo, contemplando pensativamente al círculo de atentos rostros que rodeaban la mesa—. Por consiguiente, esperaré a que oscurezca un poco y correré esa aventura, pues creo no habrá otro medio de cascar la nuez y ver lo que encierra dentro.

Muchas voces se levantaron para poner inconvenientes a esta decisión, y muchas más aún ofreciéndose como compañeros en tan peligroso viaje. Pero Barnes meneaba su cabeza, negándose a todos.

—No —dijo—; ésta es una tarea para un hombre solo, y yo me he elegido a mí mismo como encargado de llevarla a cabo. Los demás deben quedarse aquí, vigilando el campamento, y esperar instrucciones mías. Scotty, te encargo del cuidado de mi aparato, y procura tenerlo preparado para volar poco antes del anochecer. Daré un salto desde aquí al punto más cercano del cráter en que pueda aterrizar, dejaré mi «Abejarrón» bajo el amparo de cualquier escondite y exploraré el oscuro valle del

cráter, todo lo cual me parece la solución más práctica que se puede acometer en estas circunstancias.

Scotty no demoró ni un segundo el cumplimiento de las órdenes de su jefe, pero se alejó de allí de mala gana y refunfuñando, como tenía por costumbre, diciendo entre dientes que siempre le exigían a él los esfuerzos más sobrehumanos y quejándose de este ingrato mundo. Fernando, el muchacho filipino, ayudó a recoger la vajilla y, después, se fue a dar una vueltecita por los alrededores. Sus ociosos pasos, sin dirección fija, le llevaron hacia el cinturón de bosques que se extendían por aquella pradera, a pocos pasos del campamento. Pero como era una especie de ser inofensivo e incapaz de discurrir gran cosa, nadie se fijó en él.

Bob Lawton, que nunca andaba muy lejos de su viejo camarada, el apático Scotty, se paró en el centro de aquel campo y golpeó el suelo con su tacón, una vez y luego otra, escuchando y, poniendo un gesto que era una interrogación gráfica.

—Esto suena como si estuviese hueco por debajo —dijo, pues su fino y entrenado oído de viejo minero le decía que allí, bajo su pie, la tierra no era muy sólida.

—Éste es un país volcánico, y la mayor parte de él debe de estar plagado de cuevas y huecos por el estilo —le replicó Scotty.

Bob Lawton asintió con la cabeza, aunque no dejaba de tener sus dudas, y siguió a su camarada hasta el hangar donde se alojaba el «Abejarrón» de Bill Barnes.

Beverly Bates se les reunió, con su pipa en la boca, contemplando cómo manejaba Scotty sus hábiles dedos y sus finos oídos al comprobar el funcionamiento del motor y ponerlo en su mejor punto.

Bates inició, luego, una conversación con el viejo buscador de oro, estimulando a Bob Lawton para que hablase de sus numerosos viajes.

—Corríjame si me equivoco —dijo Bates—, ¿pero no es cierto que en una ocasión residió usted durante algunos meses en las Filipinas? —y la pregunta del bostoniano sonó precisa y concreta.

En efecto, Bob Lawton había estado allá, y se mostró muy deseoso de extenderse en largas explicaciones acerca de sus andanzas por aquellas tierras, pero Bates, atentamente, le cortó su peroración.

—Como es natural, usted habrá conseguido acumular una buena cantidad de conocimientos relativos al pueblo de aquellas islas y a su lenguaje —dijo, insistiendo en su tema—; tengo entendido que son muy interesantes, hablando desde un punto de vista etnológico, pues parece ser que hay una gran diversidad de razas e idiomas esparcidos por el país.

Bob Lawton lo miró, un poco extrañado, pero asintió con un movimiento de cabeza bastante condescendiente. Antes de que tuviera tiempo de dar a las últimas palabras una réplica adecuada, Bates continuó hablando.

—Se me ha ocurrido que sería interesante determinar a qué subsección particular

o a qué grupo racial de las Filipinas pertenece Fernando, nuestro criado.

—¡Caramba! Pues puede ser tagalo o ifugas —deliberó Bob Lawton—, o quién sabe si será moro o bisayo, aunque también pudiera ser bontoc. Es bastante difícil determinarlo, a menos de oírle hablar un buen rato, y aún entonces no es tampoco nada fácil.

—Es un asunto que me interesa en extremo —dijo Bates—, y le quedaría muy agradecido a usted si se tomase la molestia de interrogarle acerca de ello, teniendo buen cuidado, claro está, de hacer las preguntas en tal forma, que no provoquen sus naturales recelos, muy propios de un indígena medio salvaje.

—¡Desde luego! —exclamó Bob Lawton, complaciente—; haré lo que usted mande.

Y Beverly Bates, satisfecho, se apartó de los dos viejos, con su pipa bull-dog apretada entre los dientes y cierta decisión reflejada en sus ojos.

—Este joven ciudadano se ha debido de tragar una enciclopedia —murmuró el viejo buscador de oro.

—Pero eso no le impide ser un buen piloto, no, señor; ¡y que lo es de los mejores! —replicó Scotty, levantando la cabeza e interrumpiendo por un instante su tarea—, y yo seré el último hombre del mundo que critique las ventajas de la ilustración.

A pesar de su afición a refunfuñar y de lo mucho que le gustaba criticar en voz alta a sus amigos, Scotty no permitía casi nunca a nadie que se tomase semejante libertad en su presencia. Y mientras él censuraba mucho e incluso al propio Bill Barnes, no toleraba ni un monosílabo de crítica procedente de cualquier otro y dirigida contra su joven jefe.

El día tocaba a su fin sin que en él se hubiera producido ningún incidente notable. Las purpúreas sombras de la tarde se extendían hacia la selva y se iban intensificando y convirtiéndose en una aterciopelada oscuridad, cuando Bill Barnes se preparó para emprender su solitaria expedición.

No transcurrió mucho tiempo antes de que volase sobre la pradera, subiendo de un modo rapidísimo y dirigiéndose hacia un lugar que había descubierto a la luz del día, en uno de los vuelos anteriores; tratábase de un pequeño grupo de árboles situado entre la entrada del oscuro valle y la masa rocosa que servía de base al cráter.

Llegó allí casi en línea recta, y entonces, parando su motor, para no interrumpir el silencio del lugar, maniobró sobre las palancas que accionaban las aletas estabilizadoras y, apoyándose en los rotores del autogiro, flotó silenciosamente en su descenso y logró guiar con sumo cuidado su pequeña máquina hasta dejarla descansando suavemente en el inclinado terreno, a menos de diez metros del grupo de árboles que previamente había escogido.

Todo estaba silencioso a su alrededor. Escudriñando a través de la oscuridad y con el oído bien alerta, saltó a tierra y empujó su avión hasta meterlo debajo de los



árboles protectores, arrancando después con la ayuda de su cortaplumas, unas cuantas ramas bien pobladas de hojas, que le sirvieron para acabar de esconder bien su avión de los ojos que pudieran espíarlo. Escuchando de nuevo con gran atención, empezó su ascenso al cráter, avanzando tan silenciosamente como un gato a través de la oscuridad, o por lo menos, así se lo creía él.

Pero no había caminado cien metros, cuando una sombra se destacó de la falda de la montaña, a poca distancia tras él y algo desviada a su derecha. Y la sombra sacó algo de su bolsillo y lanzó tres relámpagos con una pequeña linterna eléctrica de luz roja, enfocada hacia la ladera de la montaña. Ninguna otra señal contestó a ésta.

Tampoco había necesidad de semejante contraseña. Porque antes de que Bill Barnes avanzase diez pasos más, la oscuridad demostró estar dotada de vida.

El aviador no tuvo tiempo de echarse mano al cinto, para coger su pistola, pues antes de eso sus brazos fueron apresados desde ambos lados.

Cayó de espaldas a consecuencia de una brutal embestida humana que recibió por delante y rodó hacia abajo de la montaña ante los ojos de cinco o seis calladas y fornidas figuras. Coceó y se debatió con todas sus fuerzas, pero en un abrir y cerrar de ojos le amarraron de pies y manos.

Sin decir una palabra y con el ceño fruncido, como tratando de conservar su fortaleza, Bill Barnes se sintió levantado y, luego, arrastrado ignominiosamente montaña abajo.

Todo esto había tenido lugar con tanta rapidez, que el joven y alto aviador apenas tuvo tiempo de recobrar el uso de sus sentidos y armarse de paciencia, cuando se dio cuenta de que sus aprehensores giraban hacia la izquierda y descendían por una vertiginosa senda que terminaba abajo, en lo que a su juicio debía ser el fondo del oscuro valle.

En su recorrido hacia aquellas profundidades, conducido por una pareja de hombres que iban saltando y gruñendo, Bill Barnes pasó por delante de varios grupos que a él le parecieron figuras borrosas, apenas entrevistas en la oscuridad; lo mismo podían ser soldados de avanzada, que, como después razonó al observar el apagado reflejo de las estrellas en ciertos objetos metálicos que le hicieron levantar la cabeza para verlos mejor, pertenecer a la dotación de aquellos cañones antiaéreos que dispararon tantos proyectiles hacia las alturas de tan extraño lugar.

Después de unos quince minutos de cuidadoso avance, empezaron a caminar por fin sobre un buen terreno horizontal, y Bill Barnes pudo apreciar las siluetas de varios hangares y barracas, todos ellos montados en una forma muy perfecta. Vio, también, las movibles figuras de muchos hombres.

Conducido como iba, con los pies hacia delante, descubrió frente a él un opaco resplandor que se reflejaba en la ladera de la montaña.

Cuando sus portadores se acercaron allí, distinguió las siluetas de cuatro grandes

aviones de carga, alineados en terreno llano, frente al citado resplandor. Al acercarse algo más, vislumbró a varios hombres que se tambaleaban bajo la carga de pequeñas y reforzadas cajas de madera.

Sin tener que esforzar su aturdida cabeza en hacer conjeturas, se enteró de lo que aquellos obreros transportaban, y su corazón latió un poco más de prisa al ver la celeridad y viveza con que los extraños hombres cargaban sus aviones de una mercancía que no era otra cosa sino millones en oro.

Sus aprehensores lo llevaron entonces hacia una puerta que se abría en la pared de roca. Una vez allí, le desataron los pies y lo empujaron delante de ellos, clavándole en las costillas algo que le pareció ser las bocas de sus fusiles, y así lo obligaron a penetrar en el interior de una caverna brillantemente alumbrada por electricidad.

Escudriñando todos los rincones del local, descubrió al lado opuesto una especie de alcoba excavada en el muro rocoso; allí vio a un robusto hombre desnudo de cintura arriba, que en aquel momento probaba el filo de una formidable espada de ancha hoja.

Sus ojos continuaron investigándolo todo, y así reparó en las figuras de Sanders y Sidney Marston, que estaban arrodillados allí cerca, con sus manos atadas a la espalda. No hacían falta explicaciones para darse cuenta de lo que se preparaba.

Sus guardianes le gritaron algo al hombre medio desnudo, y éste contempló con cierta curiosidad al recién traído, descansando después con la punta de su espada sobre el suelo y los brazos en el pomo, como si le pareciera conveniente aplazar el principio de su tarea hasta que todas las víctimas estuvieran bien alineadas.

Bill Barnes fue conducido a empujones hacia una mesa baja tras de la cual se hallaba sentado, con las piernas cruzadas, un hombre de bronceo rostro y espeso bigote gris, que lo examinó a través de unos lentes de gruesos cristales.

El individuo lo examinó detenidamente de pies a cabeza, aunque de modo impersonal y desapasionado; después, refunfuñando alguna orden con su gutural acento, volvió la cabeza hacia aquella alcoba en que esperaba el verdugo, apoyado en la gran espada cuyo filo parecía el de una navaja de afeitar.

Los hombres encargados de él, extraños individuos ataviados con anchos monos azules que parecían trajes de aviador, le dieron un brusco tirón y lo trasladaron también hacia la alcoba fatal.

Una vez allí, lo obligaron a arrodillarse en la misma línea que el llamado Marston y el joven Sanders. Medio muerto de excitación y miedo, el joven Sanders le comunicó en breves palabras la historia de la terrible trampa preparada por Mico Morton, con sus alambres eléctricos y la carga de altos explosivos.

Los guardianes le dieron alguna orden al verdugo, siempre con aquella rara pronunciación gutural.

El rostro de Barnes se puso torvo al oír tan malas noticias y hacerse cargo de los

peligros que tenía ante él.

EL verdugo levantó su gran espada y la blandió dos o tres veces por encima de su cabeza, como si quisiera ejercitarse en su próximo trabajo.

Bill Barnes iba a ser la primera víctima, a juzgar por su colocación, y hacia él avanzó el temible ejecutor, en actitud calculadora y con pasos cautelosos como los de un gato; diríase que estaba midiendo la resistencia de aquel robusto cuello que unía la cabeza y la espalda de Barnes, pues agarró su espada con ambas manos.

Dispuesto a cumplir su cometido, sólo le restaba descargar el golpe mortal.

# CAPÍTULO XXVIII

## RENDICION FORZADA

Desde fuera de la caverna, por el valle exterior, llegaron las altas y penetrantes notas de un clarín y los retumbantes sonos de un pesado tantán.

Una luz blanca lanzaba repetidos destellos allá, en la ladera de la montaña, encendiéndose y apagándose en una serie de convencionales puntos y rayas que de seguro tenían su traducción en forma de mensaje especial.

Cualquiera que fuese la importancia de este mensaje, sus efectos se hicieron notar de un modo evidente. Porque en todo el valle se despertó una repentina e inusitada actividad. En los hangares se encendieron numerosas luces, lo mismo que en las barracas y tiendas, y un enjambre de hombres comenzó a bullir, ciñéndose sus equipos y recogiendo sus armas.

Los motores empezaron a rugir, dejando oír alguna que otra explosión en falso, mientras se calentaban en previsión de un inmediato vuelo.

Los mecánicos sacaron al campo varios largos y bajos aviones de plateadas superficies, colocándolos en alineado orden, en tanto los pilotos subían a bordo y se acomodaban ante los mandos.

Los soldados de infantería comenzaron a situarse en una especie de formación militar, y los oficiales daban voces de mando. En cinco minutos, el valle entero rebosaba de aeronaves y hombres preparados para el combate.

Sin embargo, las operaciones de carga de los grandes aviones de transporte no se interrumpieron. Claramente se deducía de todo esto, que el oro era expedido a algún lejano lugar, para ponerlo a cubierto de un posible ataque en masa por parte de los intrépidos norteamericanos acampados allí cerca, en las selvas que se extendían al pie de las montañas, y aquellas oscuras formaciones de hombres, como los plateados aviones, esperaban en disciplinado silencio la palabra que había de enviarlos a sembrar la muerte y la destrucción.

Mientras tanto, en el gran salón de la caverna, Bill Barnes contemplaba, lleno de compasión, los asustados ojos del joven Sanders, que después de haberse clavado, implorantes, en los suyos, volvíanse hacia el corpulento verdugo que avanzaba implacablemente hacia ambos.

Bill Barnes meneó la cabeza, como si pensase despejársela así de aquella niebla de indecisión que lo abrumaba, y entonces, para asombro del ejecutor, se puso de pie calmadamente y se encaró con aquel hombrón.

Dos guardianes situados allí cerca se lanzaron sobre la sorprendente víctima que se negaba a tomar su desagradable medicina. Bien claro se veía que tanto los

guardianes como el verdugo estaban confusos y llenos de extrañeza ante semejante caso de inesperada rebelión, tan por completo diferente de ese fatalismo con que los orientales aceptan, sin rechistar, el golpe de la muerte.

Bill Barnes esquivó de lado la embestida del primer guardián, y luego, agachándose, se levantó de pronto, rápido como una centella, dando un fuerte golpe con su hombro derecho bajo la barbilla del segundo individuo, el cual salió disparado hacia atrás y se desplomó como un pelele.

El primer guardián, entre tanto, había recuperado el equilibrio y volvió a la carga. Pero antes de que hubiese podido situarse en una buena posición para atacar, Barnes se le echó encima y lanzó un formidable rodillazo contra la ingle de aquel enemigo que cayó al suelo lanzando un alarido de dolor.

El verdugo, que no salía de su asombro y sostenía aún en alto la espada, por encima de su cabeza, se abalanzó sobre el valiente hombre blanco, mas el aviador dio un salto de costado, esquivando el cuerpo a la terrible caída del arma, y se echó contra la enorme y corpulenta figura, usando simultáneamente de cabeza, hombros y rodillas para aplastar al fornido verdugo.

El ruido de esta lucha atrajo la atención de los otros hombres que estaban en la gran sala, y todos dejaron de trabajar y se quedaron mirando, asombrados.

También interrumpió la conversación entablada entre el hombre de piel oscura, espeso bigote y lentes gruesos, que estaba sentado a la mesa, y otro personaje de tipo oriental cuyo rostro revelaba gran preocupación, mientras le decía algo al primero y apuntaba con el dedo hacia Bill Barnes.

El hombre del mostacho, después de dudar un momento, asintió con la cabeza. El otro echó a correr hacia donde Barnes luchaba con el verdugo, gritando algo, mientras se acercaba, que debía de ser una orden para el ejecutor, pues éste retrocedió repentinamente y dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo, abandonando la pelea, mientras Barnes se apresuraba a ponerse en guardia, dispuesto a afrontar cualesquiera nuevos peligros que pudieran presentársele.

Sin embargo, el recién llegado levantó una mano y le hizo un signo amistoso, exclamando:

—¡Alto! ¡Espere un instante, amigo! —palabras que fueron pronunciadas en un inglés extraño y gutural, con un acento que Bill Barnes no pudo clasificar.

Tras él se acercó, a lentos pasos, la voluminosa figura del de los espesos mostachos y gruesos lentes, quien parecía asumir gran autoridad sobre los demás.

Llegó allí resoplando y, entre profundos suspiros, se reunió al grupo de que formaba parte Barnes, a la sazón aumentado con el refuerzo de varios guardianes.

—Usted se llama Bill Barnes, ¿no es así? —preguntó el hombre de la voz gutural.

Antes de responder, el aviador se tomó un corto respiro, durante el cual actuó velozmente su pensamiento. En realidad, no iba a conseguir ninguna ventaja con

negar tal evidencia.

—Sí —contestó, con agresividad—. Y usted, ¿quién es?

—Eso no importa nada —replicó el que parecía hablar con la garganta; y antes de que Bill Barnes pudiese volver a pronunciar una sola sílaba, aquel hombre se encaró con el corpulento oriental del crespo bigote y empezó a decirle algo en rápidas y guturales palabras que el aviador no pudo reconocer como pertenecientes a ningún lenguaje de los por él oídos hasta entonces.

El resultado de este discurso fue una imperceptible inclinación de cabeza por parte de aquella voluminosa autoridad.

—¿Es usted, pues, el jefe de esos hombres blancos que han llegado aquí recientemente? —preguntó el de la voz gutural, concentrando su atención en esta nueva pregunta, como si la fuese pensando palabra por palabra.

Bill Barnes asintió con una inclinación de cabeza.

—Estamos preparados, en este preciso instante, para atacar el campamento de usted desde tierra y desde el aire —continuó diciendo aquella voz gutural—, pero yo le he propuesto a mi jefe que, puesto que usted se halla en nuestro poder, pudiera ser que sus restantes compañeros se rindieran sin sacrificar inútilmente ninguna vida. Nuestra intención es bombardear primero su campamento y acabar después con los supervivientes a tiros y a bayonetazos. La perspectiva no es muy bonita, ¿verdad que no?

Bill Barnes gruñó:

—Ustedes se aprovechan de que las circunstancias les favorecen —admitió de mala gana.

—¡Claro está que sí! —confirmó el de la voz gutural—. Y deseamos evitar las bajas que se producirían por ambas partes. Puedo añadir que ya hemos cogido todo el oro suelto que se encontraba en el cráter, y ahora lo estamos cargando en los aviones.

Y apuntó hacia la pila de cajas que se hallaban en el centro del aposento y cuyo peso debía ser muy considerable, a juzgar por los esfuerzos que hacían los obreros al cargárselas sobre los hombros.

—Como usted puede ver, amigo mío —continuó diciendo—, dentro de muy poco rato combatirían ustedes por nada. He aquí la razón de que yo le proponga que escriba una carta a sus hombres, ordenándoles que se rindan. Nosotros entregaremos la carta esta noche, y ellos deberán marcharse abandonando en nuestras manos su campamento y, sobre todo, el avión de usted, así como todas las armas de que dispongan. ¿Accede usted a escribir esta carta?

Bill Barnes sonrió, al mismo tiempo que movía su cabeza en sentido negativo.

La reacción que su actitud produjo fue instantánea. El jefe gritó algo que parecía una orden; la boca de una pistola se apoyó por detrás en la cabeza de Bill Barnes. Dos guardianes se apoderaron violentamente del joven Sanders, quien, con el rostro más

blanco que la cera y asustados ojos, fue arrastrado ante el grupo.

Los demás hombres retrocedieron unos pasos, con el fin de despejar la escena en que iba a tener lugar aquel crimen. El verdugo se acercó, levantando el brazo derecho y blandiendo en el aire su espada. Sanders no podía apartar su mirada de aquella cortante hoja de acero y lanzaba infantiles lamentos.

El jefe levantó una mano.

—Cuando esa mano baje —anunció el de la voz gutural—, la cabeza del muchacho rodará por el suelo, separada de su cuerpo. ¿Quiere usted escribir la carta?

Bill Barnes paseaba su mirada, de la mano que se había alzado para dar la señal, a la terrible espada que permanecía aún suspendida en el aire, y sus dientes se apretaban hasta rechinar.

Los desesperados ojos de Sanders se clavaban suplicantes sobre él.

—Sí, escribiré esa carta —contestó Bill Barnes en voz baja.

La espada bajó de su amenazadora posición, a una voz de mando de aquel hombre que parecía hablar con la garganta. Varios individuos se apresuraron a traer una pequeña mesa y un taburete, colocando un bloque de papel ante Bill Barnes y desatándole los brazos.

Nuestro héroe empezó por hacer algunas lentas flexiones para desentumecer sus muñecas, mientras contemplaba pensativamente el papel y, luego, la serie de expectantes rostros que lo circundaban.

Echando mano a su bolsillo, sacó de él una pluma, desenroscó el capuchón y la sostuvo durante unos momentos sobre el papel en blanco, mientras cerraba los ojos como para reflexionar; entonces, con cierto aire de desesperación, por haber tenido que ceder en su tenaz actitud, empezó a escribir así:

*Querido Bates:*

*Te escribo a ti, porque siempre pusiste lealtad en mi servicio y, además, eres inteligente y me sabrás guardar un secreto. Necesito que entregues todo lo existente en nuestro campamento, incluidos los aviones, al dador, quien ya ha minado el oro y se lo llevará consigo, bien a pesar nuestro. Debéis entregar todo, sin pensar en rebelar, pero antes de huir, rogad que os dejen bastantes alimentos para esperar un pronto rescate, pues no dudo que os podré sacar de este país. Abandonad, sin reparo, las armas y los equipos, así como las tiendas. Siento mucho verme vencido en mi empresa; nunca me imiten, ya que soy un fracasado y nadie debe tomar modelo de mi triste y equivocada vida. En fin, esperad que llegue un avión que vendrá a sacarnos a todos de aquí. Por ahora, buscad cualquier lugar donde se pueda improvisar un aceptable refugio, para preservarnos de las inclemencias del tiempo.*

*Recuerdos de*

Terminada la misiva, Bill Barnes la releyó y conservóla en sus manos por un instante.

—Les doy a ustedes esta carta bajo una condición —dijo, tras largo silencio.

—Sepamos cuál es —replicó la voz gutural.

—Que den tiempo a mis hombres hasta media mañana, para que puedan recoger sus efectos personales y buscarse un nuevo refugio.

El de la voz gutural cambió unas palabras con el que parecía ser jefe de todos ellos, y este último hizo un gesto de asentimiento, por lo que Bill Barnes les entregó la carta. El de la voz gutural la leyó por completo y con suma atención, pronunciando palabra por palabra, como si el inglés escrito le fuera difícil de comprender.

Por último se la entregó al jefe, quien la contempló con la inexpresiva mirada del hombre que ve palabras y frases extranjeras completamente desconocidas para él, devolviéndosela al primero.

El hombre de la voz gutural se la dio, luego, a uno de los guardianes, acompañándosela de algunas instrucciones en su propia lengua.

El guardián hizo una leve inclinación y se separó del grupo, marchándose por la puerta que daba al valle. A los pocos instantes, las cercanas palpitations de un motor de avión, que hasta entonces se oía girar a marcha lenta, se destacaron del similar ruido de otras naves igualmente preparadas, transformándose en un creciente rugido, en un rugido que aumentó hasta hacerse estruendoso, y elevándose, luego, en el aire y disminuyendo de intensidad poco a poco, murió, por fin, en la lejanía.

El verdugo permaneció inmóvil en su sitio, apoyado en la espada, con su rostro tranquilo e inescrutable. Parecía como si esperase, con toda la paciencia oriental de su raza, el momento fatal en que le entregarían su víctima.

El jefe y el hombre de voz gutural partieron, mientras el grupo de los espectadores se despejaba mucho, pero sin que se movieran de su sitio los guardianes, quienes permanecieron frente al cuarto, reforzando con su vigilancia la del verdugo, cuyos ojos se posaban pacientemente sobre las tres víctimas que de tal modo le habían regateado.

Los tres prisioneros conversaban entre sí, bajando la voz tanto como podían; el llamado Sidney Marston explicaba la instantánea destrucción de su aeroplano por alguna extraña cosa que se enredó en él, arrancado el extremo de un ala y obligándole a saltar, con su paracaídas, dentro del cráter. Había sido capturado en cuanto tocó tierra. Después le vendaron los ojos y lo condujeron a donde ahora se encontraban.

Sanders contó sus aventuras, sentado allí mismo en el suelo, con las manos aún atadas a la espalda. Bill Barnes se cogió ambas manos por detrás del cuerpo, con lo cual trataba de disimular, tanto tiempo como fuera posible, la ventaja de que no se las



hubieron vuelto a amarrar.

Sus ojos revoloteaban desde las figuras de los guardianes a la del verdugo, acabando por posarse en aquella siniestra espada de ancha hoja sobre la cual se apoyaba aquel hombre.

La afanosa hilera de obreros continuaba ocupada en transportar al exterior las cajas llenas de oro, y el aviador los contemplaba, impasible, calculando que ya debían de haber cargado al menos las tres cuartas partes del existente al principio; pero mientras los miraba, cesaron sus actividades.

Sin duda alguna, había sonado la hora de dejar el trabajo, porque unos guardianes se establecieron de nuevo alrededor de las pilas de cajas de oro, y no se volvió a reanudar el trabajo.

Después de transcurridos unos cuarenta o cincuenta minutos, llegó de fuera un sordo y creciente mosconeo, producido, a no dudar, por un motor de avión. Bill Barnes lo oyó aterrizar, notó cómo cesaba el rugido del motor y miró a sus compañeros de un modo muy significativo.

—¿Crees tú, Sanders, que podrías encontrar el camino por el cual llegaste hasta aquí? —preguntó Bill Barnes.

—Con toda seguridad —dijo el joven, ávidamente, notándose en su decidida voz el valor que le daba el hallarse una vez más junto a su querido y valiente jefe.

—Muy bien —replicó Bill Barnes; y entonces, hablando en voz muy baja y por un lado de su boca, para conservar ésta casi cerrada, les advirtió a ambos que le escuchasen sin cambiar de expresión ni mostrar la menor sorpresa—. Como no creo —les dijo— que nuestras vidas valgan mucho más de cinco centavos dentro de otros tantos minutos, he decidido lo siguiente: el aviador que salió con el mensaje acaba de regresar, y nosotros tenemos que escaparnos antes de que esta gente tome ninguna determinación. Poco a poco, he conseguido sacar mi navaja de uno de mis bolsillos y ya he abierto la hoja. Intentaré derribar y vencer al verdugo y a los dos guardianes, pero ante todo conviene que os acerquéis a mi silla, como si quisierais descansar apoyados un rato contra ella, y así os cortaré las cuerdas que rodean vuestras muñecas.

Mientras Bill Barnes decía esto, uno de aquellos raros y exóticos hombres, en traje de aviador, entró por la puerta de la gran cueva.

El recién llegado avanzó para comunicar algo a su jefe, en tanto Sanders se arrimaba imperceptiblemente hacia la silla de Barnes. Este último cortó las cuerdas como pudo; se vio obligado a rozar el filo de la navaja contra ellas, como si fuera una sierra, durante un largo minuto, antes de que cedieran y se aflojaran; Sanders se mantuvo apoyado contra la silla, fingiéndose fatigado.

Después, había que desatar al llamado Sidney Marston, pero su caso era aún más difícil, porque tenía que pasar por detrás de Sanders, para acercar su espalda adonde

se hallaba Bill Barnes, pero este último resolvió el problema dejando caer su cuchillo en las abiertas manos del joven Sanders.

Aunque las muñecas del muchacho se hallaban embotadas y doloridas por su larga y forzada inmovilidad, se las arregló, no obstante, para cortar en pocos momentos las cuerdas que sujetaban los brazos de Marston.

En la sala se notó cierta agitación cuando el recién llegado aviador iba explicando las noticias que traía.

—¡Ahora! —murmuró Bill Barnes; y saltando de su silla, se lanzó sobre el verdugo.

## CAPÍTULO XXIX

### LA CAJA DE LA MUERTE

El asustado verdugo no tuvo apenas tiempo ni de pestañear, antes de que el pesado cuerpo del alto americano, con toda la violencia de su embestida, se le viniera encima como peñasco lanzado por una catapulta. Ningún oriental, por fuerte que fuera, podía resistir el puñetazo de Bill Barnes, cuando éste iba reforzado por el empuje de sus robustos hombros y de su ancha y poderosa espalda. Por consiguiente, el verdugo se desplomó como un buey sacrificado en el matadero.

Con la velocidad de la luz, Bill Barnes agarró el puño de la enorme espada, casi antes de que ésta hubiese caído al suelo, y, blandiéndola por encima de su cabeza, saltó sobre los dos espantados guardianes.

Al más cercano se le escapó el fusil de entre las manos, aterrorizado por lo que veía, mientras Bill Barnes dejaba caer de plano la gran espada sobre la cabeza de aquel individuo, lanzándolo sin sentido contra su compañero.

De nuevo se levantó y volvió a caer la temible hoja de acero, descargando otro pesado golpe, por el borde no afilado, al segundo guardián, que cayó al suelo, aturdido y en un estado lamentable.

—¡Coged los rifles! —gritó Bill Barnes a sus camaradas.

El llamado Marston se colocó tras él, con uno de los rifles de los guardianes en su aún adormecida mano, seguido por Sanders, que se había apoderado del segundo fusil.

Tan rápidamente había ocurrido todo esto, que los guardianes encargados de las cajas de oro no tuvieron tiempo ni de levantar sus armas. En el momento en que se las echaban al hombro vacilaron en hacer uso de ellas, porque el jefe y sus ayudantes, así como el aviador que acababa de traerles noticias, se hallaban interpuestos en la línea de fuego.

EL aviador rebuscaba algo, nervioso, en su cinturón, pero Bill Barnes llegó frente a él de un brinco y le hizo rodar por el suelo con un poderoso manotazo dado con la izquierda. Un disparo que partió de alguno de los que ocupaban el fondo de la sala envió un proyectil a estrellarse contra la pared de la cueva.

Los tres fugitivos habían alcanzado ya el rincón del fondo de la caverna y se lanzaron al otro lado de la cortina que las separaba de la cámara fúnebre existente más allá.

Alguien embistió a Bill Barnes en el momento en que éste saltaba dentro del corto pasillo, pero ese alguien cayó con un extenso corte de la gran espada, que le atravesaba casi toda la espalda.

Tras ellos resonaron los furiosos pasos de sus perseguidores y algunos tiros, pero los tres hombres recorrieron a gran velocidad el estrecho y corto pasillo y penetraron en la cueva que contenía la pira funeraria.

Bill Barnes ayudó a los otros dos a trepar rápidamente pared arriba, y él mismo fue quien se volvió atrás, dejando su espada en el suelo y sacando de la hoguera fúnebre un par de llameantes leños. Los lanzó con gran fuerza hacia la entrada del pasaje, donde, al caer, levantaron gran cantidad de chispas y humo que, junto con las llamas, bloquearon por el momento, y de un modo bien efectivo, la salida del pasillo, con una cortina de humo y fuego.

Semejante estratagema les permitió ganar los pocos y preciosos segundos necesarios para escapar de la gran cámara mortuoria, que resultaba espantosa con su cargamento de huesos humanos a medio consumir.

Sanders, que era quien iba delante, trepó por la pared de roca y desapareció en la grieta, tirando de su fusil después de haber pasado él. El llamado Sidney Marston realizó la ascensión mucho más despacio.

Una nutrida descarga atravesó la humareda del pasillo y una nube de balas vino a estrellarse contra la pared del fondo, en tanto Bill Barnes saltaba a un lado, para apartarse de la línea de fuego.

Un segundo después, ya había recogido la gran espada y corría a través de la cámara, lanzándose pared arriba en el preciso instante en que sus perseguidores conseguían apartar los flameantes leños y penetraban tras él en la fúnebre cueva.

Un persistente repiqueteo de disparos de rifle despertó los ecos de la abovedada caverna. Las balas se aplastaban y chocaban con seco ruido alrededor del trepador fugitivo.

Pocos segundos más tarde, ya se había escurrido a través de la resquebrajadura, aunque no resultó tarea fácil hacer pasar por allí su robusto cuerpo.

Sin embargo, el peligro no había terminado todavía, porque los hombres de allá abajo corrían a través de la cueva, preparándose a escalar la pared y seguir tras de su presa.

Bill Barnes hizo retroceder a Marston y le pidió su fusil, que el otro se apresuró a entregarle.

Incrustado en la grieta rocosa y manejando rápidamente el cerrojo y el gatillo, descargó el rifle, casi a quemarropa, en las caras de sus perseguidores, soltando tiro tras tiro hasta que se quedó casi sin balas en la recámara.

Tres de los enemigos cayeron abajo, pero los demás, dispuestos a todo, cubrieron las bajas y continuaron trepando por la pared. Asimismo siguió disparando Bill Barnes, hasta agotar las municiones del primer fusil, mientras Sanders le ofrecía el suyo, en sustitución de aquél.

Después de arrojar a su espalda la vacía e inútil arma que había descargado contra

la multitud de allá abajo, Bill Barnes reanudó el fuego con el segundo rifle, pero esta vez no prodigaba los disparos, sino que apuntaba con tanto cuidado, que cada estampido del fusil significaba la caída de uno de los perseguidores.

Éstos retrocedieron al mismo tiempo que él descargaba su último tiro buscando refugio junto a las paredes y tras las rocas esparcidas por el suelo, iniciando un persistente fuego contra la temible resquebrajadura de allá arriba.

Las balas penetraban por la grieta en gran cantidad, de modo que se hacía muy poco cómoda y bastante menos segura la permanencia en ella; además, el peligro de los rebotes era demasiado grande. Empuñando su espada una vez más, Bill Barnes retrocedió de nuevo hacia el interior del túnel y ordenó a Sanders y a Marston que no dejaran de avanzar.

El estruendo de los disparos se iba debilitando tras ellos, conforme serpenteaban por el estrecho pasaje. Se arrastraron como reptiles, para no interrumpir su marcha cuando llegaron al sitio más estrecho y bajo de techo, y al fin desembocaron en aquella gran cueva llena de murciélagos y alumbrada por una débil fosforescencia que les proporcionaba suficiente luz para apresurar su avance.

Los murciélagos revoloteaban alrededor de ellos sin hacer el menor ruido con sus alas, chillando con gran agitación al notar la entrada de aquellos seres extraños para ellos, pero los tres hombres continuaron su camino, yendo delante Sanders, muy orgulloso de ser quien guiaba.

—Lo peor de todo es —dijo Bill Barnes—, que no tengamos ya ni una bala, ni un sencillo rifle, entre nosotros tres, y nos exponemos a tropezar con nuevas dificultades si logramos arrastrarlos hasta esa cabaña en que tú estuviste prisionero, Sanders. Y lo más probable es que nos metamos en un mal paso, pues, por lo que yo he podido colegir, tenemos que habérnoslas con Mico Morton y su cuadrilla, y tanto él como sus hombres son luchadores muy sucios y de mala fe. Me gustaría saber cómo diablos se ha mezclado en este asunto.

El llamado Sidney Marston volvió un poco hacia atrás la cabeza, sin dejar de andar, al oír aquellas palabras; su rostro mostraba extrañeza.

—Tal vez le pueda yo facilitar algunos informes referentes a eso —dijo—, y lo haré más tarde, cuando hayamos salido de este lío, ¿no le parece a usted?

Bill Barnes asintió a lo que le proponía; sus ojos se entornaron, como si aquellas palabras confirmase alguna idea propia, pero no exteriorizó su pensamiento mientras seguía caminando a lo largo de la cueva, tras sus dos compañeros.

Aquel recorrido a través de la extensa caverna les tomó la mayor parte de una hora, hasta que por fin llegaron a los lugares en que el pasaje se estrechaba de un modo extraordinario. Al llegar allí se encontraron con un confuso problema, porque el camino se bifurcaba, ofreciéndoles varios ramales, y Sanders se veía cada vez más apurado al intentar inútilmente descubrir cuál de ellos había seguido cuando se

escapó de la cabaña.

Perdieron casi otra hora en muchos ensayos y equivocaciones, antes de encontrar, por fin, el pasaje que conducía hacia abajo y terminaba en la choza de Mico Morton.

Bill Barnes detuvo a los otros dos y les advirtió:

—Ahora debemos ir con cuidado, aunque también conviene que nos apresuremos. Me da miedo de que esa tribu oriental, quienes quiera que sean, tomen mi escapatoria como una excusa para asaltar nuestro campamento.

Bill Barnes había dicho una verdad mayor de la que se figuraba, porque después de la inútil persecución tras de los fugitivos prisioneros, que al fin hubo de ser abandonado, se celebró una larga conferencia entre varios de los extraños hombres de bronceado rostro que parecían ser jefes de los demás.

El resultado final de su acuerdo se tradujo en un plan de acción, y precisamente cuando Bill Barnes expresaba aquellos temores suyos, el oscuro valle que habían dejado muy lejos, tras de ellos, resonaba con las altas y agudas notas de sus clarines, y los hombres salían precipitadamente de sus barracas y hangares.

Mientras los blancos relámpagos del faro de señales existente en la ladera de la montaña transmitían mensajes y órdenes, los motores latían y daban falsas explosiones, para acabar atronando el espacio al ponerse a toda marcha; al mismo tiempo, un nutrido regimiento de oscuros hombres iniciaba un irresistible avance, subiendo por la vertiente del valle y cruzando la herbosa pradera, mientras los aviones roncaban por encima de sus cabezas.

Sosteniendo aquella forzada marcha a pie y apresurándose a seguir la ruta marcada en las alturas del espacio por los ruidosos motores, toda aquella tropa extranjera convergía sobre el desventurado y pequeño campamento de los americanos; y conforme se acercaban a él, veían ya desde lejos, en el horizonte de la pradera, el débil parpadeo de las luces de sus tiendas.

Mientras tanto, allá abajo, en las entrañas de la tierra, Bill Barnes y sus dos compañeros se arrastraban como reptiles, tratando de acelerar su avance, aunque progresaban cada vez más despacio, conforme se iba estrechando el pasaje.

Unos cuantos metros de lento avance los condujeron a la pequeña grieta que comunicaba con el fondo de la cabaña de Mico Morton.

Bill Barnes se adelantó entonces a los otros dos, gateando hacia delante y esforzándose en hacer avanzar su robusto y voluminoso cuerpo a lo largo del angosto pasadizo.

Por delante de él podía ver los tenues reflejos luminosos procedentes de la vela de Mico Morton, pero allí no sonaba ninguna voz ni se notaban síntomas de presencia humana. Renegando para sus adentros, Bill Barnes retrocedió hasta reunirse de nuevo con Sanders.

—Veo que no podré pasar por un sitio tan estrecho. Me repugna la idea de enviarte a ti solo, pero no tendrás más remedio que arriesgarte. Lo más importante es entrar ahí y desconectar los alambres de la batería detonadora. Luego, si te es posible, échame hacia acá una barra de hierro o alguna herramienta por el estilo. Con sólo unos cuantos golpes romperé los picos salientes de estas malditas piedras, y así podré seguiros.

Sanders, entusiasmado de ser útil, asintió orgullosamente en la oscuridad y empezó a gatear hacia la cabaña. Detrás de él, se arrastraba Bill Barnes siguiéndolo como podía.

De repente se acordó de la espada que había dejado en el túnel, antes de meterse allí, y se paró a cuchichearle algo a Marston, que le seguía; éste se arrastró hacia atrás y recuperó el arma, volviendo a meterse en el pasadizo con ella por delante.

Empleando aquella ancha y fuerte hoja de acero, Bill Barnes empezó a trabajar silenciosamente, haciendo lo que le era posible en aquella incómoda posición y tratando de excavar las rocas y tierra que obstruían su avance.

Entretanto, el joven Sanders, emocionado con la gloria de su importancia, culebreaba camino adelante y se escurría a lo largo del pasadizo.

Desde antes de llegar a la cabaña, vio la luz de la bujía centelleando allí delante, sobre la mesa. Después de echar un vistazo hacia el interior de la choza, sin descubrir el menor movimiento o signo de vida, avanzó cautelosamente dentro de la cabaña, con los ojos fijos en la pequeña caja negra que albergaba en sí tanta muerte y destrucción.

Su mano se extendió poco a poco hacia la batería eléctrica, dispuesta a desconectar los alambres. Pero entonces se le detuvo el corazón. Un peludo puño humano descendió sobre su muñeca, agarrándola con extremada crueldad.

—¡Ya pensaba yo que a una hora u otra volverías por aquí, pequeña y sucia sabandija! —dijo Mico Morton, destacándose de las oscuras sombras del umbral y dándole al muchacho un brutal manotazo en la cara—. ¿De modo que te sentiste hombre y te arrastraste otra vez hacia acá, eh? ¡Pues has llegado precisamente en una mala ocasión!

Morton le dio un nuevo golpe, esta vez tan violento, que el joven cayó a tierra.

Sanders estaba seguro de que lo iban a matar y se preparó a esperar su fatal destino, apretando los dientes y cerrando los puños; creía que el próximo golpe cortarían el hilo de su vida. ¡Ya no había escapatoria posible!

Que Mico Morton tenía la firme intención de matarlo, era cosa indudable, pues aquel hombre brutal había cogido una gruesa barra de hierro y avanzaba sobre la débil figura del muchacho, cuando se produjo una inesperada interrupción. Del exterior llegaron voces excitadas que llamaron a Mico. Éste arrojó la barra a Sanders, que yacía entre las sombras de la cabaña y salió corriendo, convencido de que

acababa de aplastar al joven.

Pero aquel proyectil tropezó con un madero del techo, que sobresalía un poco, desviándole en su trayectoria, y Sanders estaba aún vivo y en disposición de actuar.

Mico se quedó de pie en la puerta, medio dentro y medio fuera de la cabaña, escuchando a los compañeros que le estaban explicando algún excitante acontecimiento. Aquel orangután humano continuó plantado en el umbral de la puerta, haciendo preguntas en voz baja, mientras Sanders se levantaba del suelo, después de haber forjado a medias, en su turbada mente, un plan que le permitiría acercarse a los alambres de la caja fatal y separarlos de sus bornes.

En aquel preciso instante, Mico Morton acababa de volverse un poco, dejando caer su propia manaza sobre aquel artefacto mortífero.

A su espalda, en la oscuridad, Sanders oía los débiles pero continuos ruidos que hacía la espada de Bill Barnes al chocar contra las rocas y la tierra endurecida, rascando y desmenuzando aquellos obstáculos que le estorbaban el paso, y un helado terror invadía al joven cuando pensaba que Mico Morton podía oírlos tan bien como él.

Transcurrían lentamente los segundos, mientras Mico esperaba algo.

A lo lejos, en el valle de abajo, se oyó un disparo. A él respondieron otros muchos más cercanos, casi allí mismo.

Mico se volvió por completo hacia la caja fatal.

—¡Aquí está encerrada la vida de esa gente! —murmuró.

El corazón de Sanders detuvo por un instante su marcha, para reanudarla luego con más violencia. Contempló, fascinado, cómo abría Mico la tapa de la caja. Al muchacho le parecía que los latidos de su propio corazón resonaban como un potente motor, cuando vio como la peluda mano de aquel criminal gorila, ante sus propios ojos, oprimía implacablemente la palanca del interruptor.



## CAPÍTULO XXX

### EL FINAL DE LA EXPEDICIÓN

Enterrado allá dentro, en el estrecho pasadizo, Bill Barnes se debatía y sudaba, abriéndose camino, centímetro a centímetro, hacia los tenues rayos luminosos que marcaban su meta. De repente, interrumpió su tarea.

Un ligero temblor agitó la tierra alrededor suyo, haciendo caer encima de él varias guijas y terrones de tierra que estaban medio sueltos. Poco después volvió a temblar la tierra, y aún se notó un tercer temblor. Durante un momento quedó sobrecogido por una especie de terror que lo paralizaba, al darse cuenta del significado de tales temblores.

Su imaginación le hacía ver visiones de sus hombres, de su campamento, de sus aviones, lanzados hacia el cielo en terrible confusión, y estas alucinaciones lo apenaban y deprimían; le parecía ver a Cy Hawkins, a Red Gleason, a Shorty, a Scotty, a Beverly Bates y al resto de aquella noble cuadrilla destrozados y mutilados en forma que hacía imposible su identificación, y aquella terrible idea le producía una sensación horrible, y consideraba inútil seguir luchando. Pero esto duró pocos segundos.

Entonces una fría cólera, una rabia salvaje envió nuevo fuego a sus músculos. De nuevo se enfrascó, tenaz, en su tarea de desmenuzar la tierra y las piedras que le mantenían preso allí dentro.

La ancha hoja de acero desprendía chispas al chocar contra las rocas.

Piedras y tierra se desprendían rápidamente bajo sus enérgicos golpes.

Pocos segundos después, ya había conseguido abrirse camino a la fuerza y acabar de recorrer el estrecho pasadizo, y a la sazón se hallaba en el suelo de la cabaña, agachado bajo el techo del fondo.

Sanders se acercó a él, pálido a más no poder.

—¡Mico Morton ha volado el campamento!

El rostro de Bill Barnes permanecía impasible. La gran espada temblaba entre sus manos, como si estuviese dotada de vida.

—¿Dónde está? —aulló.

—Se han ido a montar en sus aviones —respondió Sanders.

Sin decir palabra, Bill Barnes saltó hacia la puerta. Seguido por Sanders y Marston, que consiguieron alcanzarlo, corrió hacia el valle. Muy por encima de las crestas del cañón, una significativa nubecilla de humo y polvo flotaba en el aire de la noche.

Numerosas esquirlas de piedra y granos de tierra continuaban cayendo,

procedentes de la explosión que acababa de tener lugar.

Por delante de ellos, el ancho fondo del valle rebosaba actividad. Cuatro aviones estaban ya en el aire, ascendiendo hacia el cielo; un quinto aparato despegaba en aquel momento; el sexto empezaba a rodar sobre la hierba, preparándose a elevarse. Su motor estaba aún calentándose, y daba algunas explosiones en falso, antes de empezar a roncar a plena carga.

Hacia este avión se dirigió Bill Barnes, corriendo a través del valle con la apariencia de un demonio cubierto de tierra.

El asombrado piloto que ocupaba el aparato lanzó una mirada de espanto a la vez que una vengativa figura se le venía encima, descargando de plano sobre él, con asombrosa rapidez una enorme espada, dejándole sin sentido. El hombre que ocupaba el asiento posterior intentó sacar una pistola, pero Bill Barnes blandió su espada por encima de su nuevo enemigo. La pesada arma silbó en el aire y cayó sobre aquel hombre, que se desplomó en su asiento.

Pocos segundos después, Bill Barnes había descargado los inertes cuerpos, sin muchas ceremonias, dejándolos en tierra, mientras Sanders y Marston subían al avión y ocupaban el asiento posterior; Bill se les reunió al instante y le dio todo el gas al motor.

La aeronave avanzó con rapidez. El piloto aceleró aún más el motor, cuyo rugido aumentó hasta convertirse en un irritado ronquido.

El avión perdió contacto con el suelo. Bill Barnes lo dirigió hacia arriba, tras los otros aparatos, desapareciendo entre las nubes que coronaban el cañón.

En un tiempo que no parecía más largo de un segundo, ya se había elevado sobre las crestas que limitaban el profundo valle, saliendo fuera del mismo.

Entonces, una imponente escena se presentó ante su vista.

Allí, empeñados en duro combate, estaban tres de los extraños aviones plateados luchando con los de la flotilla de Mico Morton.

Mucho más allá, ascendiendo lentamente sobre el oscuro valle, aparecían tres pesados aviones de transporte. Bill Barnes sabía muy bien lo que albergaban en su interior.

Pero de su propio grupo de audaces luchadores no se veía la menor señal.

El corazón le dio un vuelco cuando miró hacia el lugar en que había estado su campamento. A despecho de la bruma que lo cubría, pudo ver una especie de grandioso cráter de irregulares bordes, en el que aún humeaban trozos destrozados y a medio quemar de las lonas que formaron parte de su equipo, así como numerosos restos y partes de aviones que yacían esparcidos por allí.

Era un espectáculo desolador. Las mandíbulas de Bill Barnes se agarrotaron como si fuesen de granito.

Hizo virar a su avión y lo dirigió, como una flecha, hacia el lugar cercano al

volcán donde aterrizara por última vez, sirviéndole de guía el bosquecillo que había elegido para ocultar a su diminuto «Abejarrón».

Apenas habían tocado tierra las ruedas del avión, cuando, con un brusco movimiento de su cabeza, ordenó a Marston que se encargase de los mandos del aparato, y él se salió de su asiento y saltó al suelo.

Mientras el corazón le latía violentamente con el miedo de que su avión hubiese desaparecido, corría hacia el pequeño grupo de árboles, tratando de reconocer pronto la visión de su familiar silueta, parecida a la de un camello.

Entonces, su corazón dio un gran brinco, ¡porque allí estaba todavía!

Con frenéticos movimientos, echó a un lado todas las enmarañadas ramas con que había tapado su aparato, empujó al pequeño avión fuera del bosquecillo, hasta sacarlo al campo descubierto, saltó a bordo y puso su motor en marcha. En seguida se calentaron los cilindros, y los rotores empezaron a cortar el aire.

Sin esperar ni siquiera a que el motor se calentara por completo, Bill Barnes salió disparado hacia el espacio cambiando rápidamente su apoyo de los rotores a las alas.

El llamado Sidney Marston, que había quedado pilotando el otro avión, describió con él un amplio círculo, situándose detrás del pequeño «Abejarrón».

Sin embargo, Bill Barnes no paró la atención en su maniobra, porque estaba obsesionado con su afán de venganza. Disparó una andanada de tiros, para probar sus ametralladoras, y después se dirigió en línea recta hacia el centro de aquella salvaje batalla aérea que se estaba desarrollando encima de su destruido campamento.

Subió muy alto, muy alto, hasta que sus miras se encontraron con el vientre de una de aquellas misteriosas aeronaves grises y plateadas. Con la fría indiferencia que hubiese empleado la fatalidad, así obró Barnes.

Por encima del silbido que hacía el viento al chocar contra los bordes de las alas se oyó, dominador, el gruñido de sus ametralladoras, y un delgado y tenue reguero de balas incendiarias se precipitó sobre el plateado cuerpo del avión enemigo.

Este último se inclinó hacia un lado de un modo alarmante y empezó a girar sobre sí mismo. El rostro de Bill Barnes adquirió un aspecto que le hacía parecer tallado en duro mármol.

Los dedos del intrépido aviador se agarrotaron de nuevo sobre el gatillo de sus ametralladoras, en cuanto uno de los aviones de Mico Morton se puso al alcance de ellas.

Otra vez se entretuvo en hacer filigranas con aquellas armas terribles, y otra vez el reguero de muerte zumbó implacablemente sobre los elementos vitales del aparato enemigo, hasta que una fina línea de llamas brotó de él, empezando a vomitar un humo negro; de repente, aquella aeronave pareció lanzarse de un modo loco hacia la tierra, ondeando tras ella una trágica banderola de fuego y humo, conforme caía y se estrellaba en el terreno.

Esta segunda hazaña dio lugar a que los demás aviones enemigos advirtiesen la llegada de Barnes.

Los aparatos de caza que volaban por encima de él realizaron rápidos virajes para hacer frente a este nuevo peligro. Fue como si los extraños aviones extranjeros y los de la pandilla de Mico Morton hubiesen decidido combinar sus esfuerzos contra él.

Ahora volaban todos por encima y alrededor de su pequeño «Abejarrón», dejándose caer del cielo en imprevistos ataques. Repentinamente, dos de ellos se le pusieron detrás. Bill Barnes hurtó su aparato de un modo rapidísimo, escapándose de aquel cepo, al mismo tiempo que el llameante acero empezaba a cantar en derredor de su aeronave. Entonces, trazó en el aire un veloz y doble lazo, en curva tan cerrada, que parecía girar sobre su cola, y se zambulló tras de uno de sus adversarios, haciendo tabletear de nuevo sus ametralladoras.

El piloto del aeroplano plateado agitó sus manos hacia arriba, por un momento, y después se inclinó contra las palancas de mando.

Implacables, los dedos de Bill Barnes se clavaron rápidamente en el gatillo de las ametralladoras. Al mismo tiempo, inclinaba hacia abajo su aparato, enviando al avión herido una corta y salvaje descarga incendiaria.

El avión plateado se precipitó instantáneamente hacia la tierra, cayendo como un cometa perseguido por un infierno de llamas y humo.

Las otras aeronaves, no obstante, continuaron persiguiendo a Bill Barnes, disparando contra él, convertidas en verdaderas furias que escupían plomo y acero desde todos los ángulos concebibles. Los cielos parecían estar materialmente cruzados por líneas de llamas, mientras los aviones enemigos se acercaban al suyo por todos los lados y también por encima y por debajo.

Una zumbadora arista arrancó el capuchón que envolvía su motor. A Bill Barnes le faltó tiempo para dirigir la nariz de su avión hacia arriba, esquivando aquel torrente de balas y haciendo lo posible por ganar altura.

Con absoluto desprecio para el enjambre de aviones que volaban y zumbaban alrededor del suyo, Bill Barnes dio un golpe de timón a la izquierda, empujó la palanca de mando completamente hacia ese mismo lado, y su «Abejarrón» cayó de costado, atravesando una granizada de balas.

En los planos de sus alas se dibujaron rápidas siluetas de flores, numerosos puntos negros, como si les atacase la viruela; en uno de sus hombros sintió algo que le quemaba. Sus ametralladoras tableteaban de firme en respuesta, aquella vez dirigidas al cuerpo de uno de los aviones de Mico Morton.

Barnes se dejó caer otra vez en el espacio, encontrando una nueva ocasión de arremeter contra sus enemigos, después de describir otro rápido lazo en el aire. Ni siquiera se enteró que el avión sobre el cual acababa de disparar estaba desplomándose sobre tierra.

A la sazón, las fuerzas enemigas combinadas estaban desesperadas.

Desde el cielo bajaba el atronador bramido de los motores acelerados, los silbidos que los tensos tirantes de alambre producían al cortar el aire y el persistente repiqueteo de las incansables ametralladoras.

Parecía como si ningún poder humano fuese capaz de hacer frente a aquel terrible ataque combinado, pero Bill Barnes se escurría lateralmente, describía mil curvas y lazos, y siempre estaba colocado detrás de la cola de algún aparato enemigo, vomitando un fuego devastador que lo descartaba de los demás; así envió dos nuevos aviones a tierra en pocos segundos.

Los dos restantes aviones, uno de ellos de Mico Morton y el otro de los plateados, huyeron como podrían hacerlo los gorriones ante un águila vengadora. El solitario avión plateado dio media vuelta y emprendió rápido vuelo tras de aquellos aviones de carga que habían desaparecido ya a lo lejos, por el Oeste.

El único aparato que había logrado salvarse, entre los de la escuadrilla de Mico Morton, escapó en dirección al Sur.

Con el corazón rebosante de venganza, Bill Barnes había emprendido la persecución de este último avión, cuando de repente se le ocurrió echar una mirada a su alrededor, en busca del llamado Sidney Marston.

Entonces fue cuando vio que el avión pilotado por su camarada era arrastrado hacia el suelo, dando extrañas sacudidas. Bill Barnes se apresuró a volar hacia él. Cuando se acercó, vio que Sanders estaba encaramado, de un modo furioso, sobre el asiento del piloto.

Pudo observar cómo el joven Sanders lograba dominar los mandos, y se dio cuenta, al instante, de que Marston debía de haber sido herido. EL joven llevó su avión hasta el suelo, realizando un perfecto aterrizaje en el que las dos ruedas y la cola tocaron tierra simultáneamente, según comprobó Bill Barnes.

Y entonces Barnes alzó al cielo sus asombrados ojos, en los cuales una gran alegría había sustituido al pasmo y la incredulidad que hasta aquel momento reflejaban.

Motivaba este cambio el que volando hacia él, serenos y sin apresurarse, mientras se destacaban de las profundidades del lejano bosque, se acercaban los aparatos de su propia flota, precedidos por los cuatro potentes aviones de caza, y tras ellos venían los aviones de carga, en tranquilo y majestuoso vuelo.

Una gran alegría llenaba el corazón de Bill Barnes. Haciendo una señal al primer avión de la derecha, para que se encargase de Sanders y Marston, que seguían allá abajo, Barnes indicó a los demás que le siguieran a él.

Y dando una rápida vuelta, se dirigió valle abajo, hacia el oscuro cañón, mientras los otros aparatos le seguían casi pegados a su cola.

Un solo avión de carga permanecía enfrente de la entrada de la caverna, cuando

Bill Barnes aterrizó. Bajó de su aparato y echó a correr hacia el de transporte, pero entonces se oyó el disparo de un rifle; el tiro había partido del grupo que rodeaba al gran avión de carga, un grupo que trabajaba febrilmente para acabar de llenarlo con las mercancías a él destinadas.

Entretanto, los otros aparatos que le seguían tomaron tierra, uno tras otro, y de ellos desembarcó una multitud de hombres adictos a Bill Barnes, que echaron a correr a través del campo, mientras, desde la proa del avión de Red Gleason, una ametralladora disparaba unos cuantos tiros de aviso que bastaron para hacer huir a los defensores del avión de transporte.

Estos hombres se refugiaron en el interior de la caverna.

Los compañeros y servidores de Bill Barnes, acompañando a su jefe, se precipitaron dentro de la gran sala subterránea. Allí había aún un hermoso montón de cajas de oro en el centro del suelo, pero no encontraron el menor rastro de un solo hombre.

Este misterio fue pronto resuelto, porque descubrieron pruebas que demostraron la existencia de un túnel que debía de partir de aquella caverna en dirección al cráter; sin embargo, no encontraban la entrada de aquel túnel, porque habían dejado caer una gran roca enfrente de ella, recurso que ya estaba preparado de antemano.

Aquel excitado grupo de hombres se apiñó alrededor de su jefe. Las preguntas y las respuestas se sucedían con gran profusión, pero Bill Barnes estaba muy preocupado por las heridas de Marston.

Otro avión aterrizó en el exterior, y pocos minutos después Sanders y Beverly Bates entraban haciendo eses y llevando entre los dos a Marston con el rostro muy pálido.

El esfuerzo había sido excesivo para él, según comprobaron después de tumbarlo sobre un banco, al escuchar su agitado corazón.

Dos balas blindadas le habían atravesado de parte a parte; pero aquel hombre aún luchaba por explicarse, no obstante su estado.

—Ha sido ese sucio mestizo... —musitó el herido—. Lo contrató la pandilla de Morgan Catesby para que lo espiese a usted... Enviaron informes a Mico Morton... Yo me llamo Brodolph... aunque me haya hecho llamar Marston...

Bill Barnes escuchaba impasible.

—¿De modo que Mico Morton estaba contratado por Morgan Catesby? —preguntó.

—Mico Morton y muchos más... Teníamos un avión, un helicóptero, mejor dicho, que flotaba alrededor del campo de aterrizaje de usted todas las noches... Alguien lo derribó a tierra..., y entonces enviamos otro...

—¿Tenía algo que ver su cuadrilla con la muerte de Rufus Hibben?

Brodolph movió su cabeza en sentido negativo.

—¿Eran las gentes de ustedes las que intentaron bombardearnos con aquel «Boeing» robado?

—No, señor —declaró Brodolph, con voz ya muy débil—; la gente de Mico Morton tenía un hombre vigilando a Branders en Seattle, pero yo no sé nada acerca de esos asuntos. Apostaría a que me estoy marchando al otro barrio... Estoy pensando que he sido un canalla...

Su voz se amortiguó y se hizo ininteligible; su cabeza se caía a un lado y a otro. Un segundo después, lanzó un profundo suspiro y se quedó inmóvil.

Sin embargo, el disgusto de su muerte fue olvidado en un momento, al ver que Beverly Bates se acercaba conduciendo ante él nada menos que a Fernando, el criado filipino. Fernando estaba sombrío.

Beverly Bates se apresuró a contar su historia. Sospechando de aquel individuo desde un principio, lo había observado día y noche. Sus sospechas fueron confirmadas cuando Bob Lawton hizo varias preguntas al supuesto filipino en diferentes dialectos de los que se hablan en aquellas islas, ninguna de las cuales fue comprendida por Fernando.

Una deducción trajo consigo otra, hasta que había obligado al propio Fernando a que le explicase toda su vida.

Aquel muchacho era un espía que trabajaba por cuenta de los misteriosos orientales. Al principio, ellos no deseaban otra cosa que robarle a Bill Barnes el proyecto de su avión, pero cuando sus informes demostraron lo peligroso que un aparato así podía ser para las fuerzas aéreas de cierta potencia del Pacífico se habían propuesto destruirlo.

¿Y el asesinato de Rufus Hibben? El propio Fernando se había confesado autor del crimen. Mató al financiero penetrando en su despacho por un conducto de aire caliente y ocultándose bajo el escritorio en que Rufus Hibben solía trabajar. Desde este ventajoso punto le disparó un tiro a quemarropa, cuando el dinero de aquel capitalista amenazaba con llegar a ser un formidable apoyo para Bill Barnes.

Los cómplices de Fernando fueron quienes sujetaron con alambres la bomba cilíndrica en el avión de Barnes y quienes habían golpeado al joven Sanders.

También eran ellos los que robaron el «Boeing» de bombardeo y trataron de hacer volar con él el campo de aviación.

Y asimismo fueron los cómplices de Fernando los que enviaron noticias a su gobierno, hambriento de oro, acerca del gran depósito del rico metal que podía ser hallado en Alaska, y el gobierno de Fernando despachó inmediatamente una nutrida expedición.

Desde luego, fue Fernando quien hizo señales al enemigo aquella noche, poco antes del ataque al campamento, y también fue el propio Fernando quien había inutilizado dos aviones en Edmonton.

—¡Sáquelo de aquí y enciérrelo en cualquier sitio! —gruñó Bill Barnes—. Lo entregaremos a la policía como culpable de un asesinato.

Fernando sonrió arrogantemente al mismo tiempo que se tambaleaba sobre sus pies. Una tenue espuma brotó de sus labios, y de repente cayó hacia delante, a los pies de ellos; sus piernas se encogieron, pero poco después se quedó completamente inmóvil.

—¡Envenenado! —susurró Beverly Bates.

—Así nos libramos de un mal bicho —dijo Bill Barnes, y se volvió hacia el alto bostoniano—. ¿No tuviste dificultades para entender mi mensaje? —le preguntó.

—No tuve la más ligera dificultad —repuso el interpelado—. En cuanto mis ojos se fijaron en aquellas dos palabras: «servicio secreto», me acordé de mis trabajos durante la guerra y no tuve la menor duda de que en aquella carta se encerraba un mensaje secreto. Entonces, lo demás no fue muy difícil, porque comprendí que para leer tu mensaje había de tomar sólo la primera palabra de cada línea. No obstante, lo que en realidad resultó muy difícil y me costó bastante rato, fue el convencer al resto de mis compañeros —explicó Bates, al mismo tiempo que sacaba la carta de su bolsillo.

Sanders la contempló con gran asombro, leyéndola en voz alta:

«Querido Bates:

»Te escribo a ti, porque siempre pusiste lealtad en mi servicio y, además, eres inteligente y me sabrás guardar un secreto. Necesito que entregues todo lo existente en nuestro campamento, incluidos los aviones, al dador, quien ya ha minado el oro y se lo llevará consigo, bien a pesar nuestro. Debéis entregar todo, sin pensar en rebelaros, pero antes de huir, rogad que os dejen bastantes alimentos para esperar un pronto rescate, pues no dudo que os podré sacar de este país. Abandonad, sin reparo, las armas y los equipos, así como las tiendas. Siento mucho verme vencido en mi empresa; nunca me imiten, ya que soy un fracasado y nadie debe tomar modelo de mi triste y equivocada vida. En fin, esperad que llegue un avión que vendrá a sacarnos a todos de aquí. Por ahora, buscad cualquier lugar donde se pueda improvisar un aceptable refugio, para preservarnos de las inclemencias del tiempo. Recuerdos de BILL».

Red Gleason habló entonces:

—Sí, pensábamos que Beverly veía visiones, como es muy corriente en él, y estábamos dispuestos a lanzarle mil maldiciones si luego resultaba que se había equivocado. De todos modos, el amigo Scotty, aquí presente, y yo, y también los demás, nos largamos de aquel campamento con todos los aviones y los objetos de valor, y luego de esconderlos en otro lugar más seguro, volvimos y preparamos un avión de imitación, parecido al tuyo, y dejamos todas las tiendas montadas. Después, nos ocultamos entre los altos árboles de allí cerca.



»No habría pasado mucho rato, ¡seguro que no!, cuando vino por el aire esa bandada de pájaros raros. Llegaban, al parecer, de este oscuro valle. Y al mismo tiempo que volaban por encima de nuestro campamento, sin ver a nadie en él, empezaron a presentarse los demás soldados de esa tropa; venían a pie, y se metieron todos en el campamento, mientras los aviones aterrizaban, cuando, ¡mil diablos!, pareció que el infierno se había trasladado allí y que todos los demonios andaban sueltos.

»Lo primero que ocurrió después, como ya te puedes figurar, es que todos los que pudieron salieron disparados hacia el cielo en sus aviones, y tenían razón, porque aquel sitio no había quedado muy habitable que digamos. A los pocos momentos de ocurrir esto, oímos aquella batalla aérea que empezaba sobre nuestras cabezas, pero a esa hora ya estábamos nosotros calentando nuestros motores y tratando de reunirnos contigo. Y ahora ya sabes lo que ha pasado antes de que llegaras. ¡Después hemos visto cómo los despachabas a todos!

—A todos, no —replicó Bill Barres—. Mico Morton consiguió escaparse. Y también habían partido poco antes esos orientales con tres grandes aviones cargados de oro.

—¡Pero, hombre! —exclamó Scotty Mac Closkey, con voz en la que se pintaba su asombro—, ¡aquí han dejado un buen cargamento! He estado contando a ojo, y lo menos hay ahí un buen millón y medio de dólares, si mis cálculos no me engañan.

—¡Ya lo creo que lo hay! —dijo Bill Barnes, mientras sus ojos resplandecían de satisfacción—. Con eso tendremos para pagar bien a los guardianes y a todo el mundo, y el resto nos lo llevaremos a nuestro campo de aviación, después de repartirlo a medias con nuestro amigo de Seattle, el señor Branders, sin olvidarnos tampoco de Bob Lawton. Ahora, se me ha antojado echar una mirada dentro de ese cráter, a ver si puedo descubrir qué hay en él. Traedme unas cuantas antorchas, que voy a volar por encima y a meterme por todas partes, porque quiero verlo todo.

Y así fue como, dejando una fuerte guardia que vigilase el oro, tanto el ya cargado en el gran avión de transporte como el existente en la caverna, Bill Barnes subió a su avión para ir a explorar el misterioso cráter que parecía esconder una muerte imponente a los aviadores, así como la segura destrucción de sus aparatos.

Shorty Hassfurther, sin que nadie lo invitase, pero intrigado y curioso, decidió, repentinamente, ir tras de su jefe, y salió en su avión, rugiendo tras del «Abejarrón». Y los demás le siguieron.

En pocos minutos, Bill Barnes se encontraba a gran altura, describiendo círculos por encima de aquel extraño banco de nubes, después de haber alcanzado el «techo» de su avión, que era de cuatro mil quinientos metros de altura. Desde allí soltó una antorcha encendida y provista de paracaídas.

Conforme iba descendiendo a la deriva, iluminando la cima del banco de nubes,

Barnes contemplaba el panorama, y un gesto de gran comprensión se reflejó en su rostro. ¡Aquello era un cepo aéreo! Alrededor de la cumbre de la extraña columna de nubes, invisible entre la blanca corona de nieblas, hasta que fue revelado por su antorcha, aparecía un gran círculo constituido por grandes cuerpos hinchados y turgentes.

Bajando hasta acercarse casi a su nivel, abatió las bocas de sus ametralladoras, apuntando con cierta inclinación hacia abajo, y disparó contra el más cercano de aquellos abultados monstruos.

Una especie de antorcha titánica se encendió instantáneamente. Las ametralladoras de Barnes traquetearon otra vez, y una vez más, conforme iba dando la vuelta, en amplio círculo, a la corona de nubes.

Cada vez que fulguraban las bocas de sus cañones, una de aquellas enormes masas resplandecía envuelta en llamas en cuanto las primeras balas incendiarias inflamaban el gas hidrógeno que llenaba los globos.

Aquellos anchos y brillantes cetáceos parecían transformarse en grandes dragones que vomitaban fuego por sus bocas, así que el fuego los convertía en deslumbrantes hornos, pero a los pocos instantes quedaban desinflados y caían, arrastrando consigo su malla de cables de acero con tentáculos colgantes que habían destrozado tantos aviones.

La inexplicable amenaza de aquel cráter estaba ya aclarada. Los orientales no habían hecho sino adoptar una artimaña destructiva muy corriente en la guerra: una red sostenida por globos cautivos, estos formaban un círculo alrededor del cráter, anclados lateralmente por medio de cables y con un amplio fleco de otros gruesos cables que colgaban invisibles entre las nubes, hasta tocar casi con sus extremos las crestas del propio cráter.

Cuando aquellos llameantes globos hubieron caído todos al suelo, se oyó la explosión aislada de una granada antiaérea que hizo oscilar el avión de Bill Barnes. Tras aquélla siguió otra; pero allí estaba Shorty Hassfurther, que había venido preparado para semejante eventualidad.

Se deslizó sobre la masa nubosa, dio un tirón a la palanca que dejaba caer las bombas, y seis ventrudos mensajeros de muerte bajaron silbando a través de aquellas blanquecinas nubes.

Transcurridos unos breves segundos, oyeron varias sordas explosiones allá abajo. Entonces, viraron en redondo, guiados por Bill Barnes, pero antes de alejarse volvieron la cabeza para contemplar, sobrecogidos, como aquella masa de nubes se teñía de carmesí, mientras cárdenas y fantásticas llamas subían hambrientas hacia el espacio.

Al mismo tiempo, grandes masas de rocas eran vomitadas por el cráter. El aire se estremecía con el estruendo de formidables explosiones. La tierra temblaba y rugía

debajo de ellos.

Y es que habían provocado una erupción en el volcán.

Como pájaros asustados, los aviones de la escuadrilla de Barnes se dirigieron al oscuro valle y aterrizaron sobre el tembloroso suelo. Trabajando febrilmente, cargaron el resto del oro en los grandes aviones de transporte.

Respetables piedras y cenizas incandescentes empezaban a caer sobre ellos cuando pusieron la última caja de oro a bordo del avión de carga.

Destinaron a uno de los mecánicos para que guiase el avión de transporte capturado, y pronto volaron todos hacia arriba, alejándose de aquel valle y dirigiéndose hacia el Sur, mientras la gran montaña disparaba sus rojizos chorros de lava hacia las alturas.

Sin grandes contratiempos, recorrieron volando el largo camino hasta su distante campo de aviación en la lejana Long Island.

\* \* \*

Con un puntapié bien colocado, Bill Barnes envió, desde su oficina a la calle, al asustado y rastrero Morgan Catesby. Los alguaciles y acreedores desaparecieron como por arte de magia.

Los hombres de aquel circo volante estaban alborozados, pero Bill Barnes continuaba mostrándose pensativo.

—Voy a seguir a esa tribu de asesinos orientales que nos robaron nuestro oro, aunque sea necesario llegar al otro extremo de la tierra, para dar con ellos —anunció a sus camaradas—. ¿Estáis dispuestos a ayudarme?

—¡Nosotros iremos tras de ti hasta el fin del mundo! —dijo Shorty Hassfurther, hablando en nombre de toda la cuadrilla.

—¿Pero a dónde vas a ir para encontrar a esa gente? —preguntó Red Gleason.

—No lo sé... todavía —repuso Bill Barnes, suavemente.

Muchos días habían de pasar, no obstante, antes de que el vengativo deseo de Bill Barnes pudiera verse realizado.

Aunque él explicaba lo sucedido, grandes secretos se extendían por muchos países extranjeros. Allá lejos, en las Américas del Centro y del Sur, los hombres, hablaban en voz baja de un extraño y monstruoso suceso.

Los gobiernos de las repúblicas sudamericanas temblaban hasta la médula, mientras las viejas profecías de los indios corrían en voz baja de boca en boca por el campo, sobre todo las que se referían a la venganza de los antiguos aztecas, ahora a punto de cumplirse.

Y el centro de toda la complicada red de murmuraciones y de todos estos misteriosos pánicos estaba muy alto, en un valle escondido de los Andes, donde

cierto sacerdote de un antiguo culto, cubierto de joyas y agachado ante sus ídolos, peroraba acerca de los agravios hechos a sus antepasados en aquella última y terrible matanza llevada a cabo por Cortés en la ciudad de Esmeralda.

¿Quién podía predecir los bárbaros propósitos de aquel siniestro y caviloso descendiente de los aztecas?

¿Quién podía saber que para realizar sus mortales designios había criado a una raza de superhombres, gigantes del intelecto, de aguzado entendimiento, atentos a todos los progresos científicos del mundo, expertos en los adelantos mundiales referentes a cosas materiales, pero faltos de toda humana emoción de piedad y humanidad?

Una sola emoción humana poseían ellos: ¡el odio a los hombres blancos! El odio, el aborrecimiento a los amos que gobernaban el gran continente que se extiende desde el círculo ártico hasta la Cruz del Sur.

Los hombres se estremecían de horror al escuchar los rumores referentes al plan que se traslucía de los espantados cuchicheos de los indios, atezados descendientes de los antiguos y verdaderos gobernantes de aquel continente.

Bill Barnes y la leal cuadrilla de aviadores que le seguían iban a verse aprisionados entre las mallas de aquel horrendo plan y de su realización..., iban a tener que afrontar la muerte, constantes peligros, continuos combates inspirados por su deseo de salvar al hemisferio occidental y a su civilización de un completo aniquilamiento.

Todo esto presagiando aquella amenaza de muerte que procedía del extraño vuelo de los Buitres Negros, cuyo contacto era mortífero. Y hasta la lejana Long Island llegó la anunciadora corriente de miedo que venía de aquellas despiadadas y siniestras Alas de la Muerte.

Sin embargo, Bill Barnes y su grupo de aviadores, animados por el influjo del dinero que había fluido como agua en un lugar desierto, no sabían nada de estas terribles cosas que iban a interrumpir la serenidad de sus costumbres y a lanzarlos, rápidamente, a los últimos rincones de la tierra, respondiendo a la desesperada llamada de unas naciones oprimidas por el terror.

FIN

GEORGE L. EATON. Fue el seudónimo utilizado para escribir las novelas «pulp» que narraban las aventuras de *Bill Barnes* publicadas por Street & Smith Publications. El primero en utilizar este seudónimo fue Malcolm Wheeler-Nicholson para escribir las primeras entregas. Posteriormente, los escritores Chuck Verral y Monty Montayne, se hicieron cargo del personaje, aportando cada uno, un mayor grado de verosimilitud, tanto en lo técnico como en el desarrollo de los personajes secundarios. Arch Whitehouse, también participó, aunque en menor medida, como escritor de estas novelas.

\* \* \*

MALCOLM WHEELER-NICHOLSON (Greeneville, Tennessee, EE.UU., 4 de enero de 1890 - Long Island, Nueva York, EE.UU., 1965).

Ex oficial de caballería y empresario fundador de la editorial de comics National Allied Publications, precursora de DC Comics (DC Comics nace de la fusión entre National Allied Publications y Detective Comics).

Wheeler-Nicholson comenzó a escribir historias cortas para revistas «pulp». Escribió novelas de aventuras militar e histórica para revistas como *Aventurer* y *Argosy*. Bajo seudónimo escribió seis novelas de aventuras acerca de héroe aire Bill Barnes de Street & Smith Publications.

CHARLES SPAIN VERRAL (Ontario, Canada, 7 de noviembre de 1904 – 1 de abril de 1990). Escritor e ilustrador canadiense. Trabajó para Street & Smith escribiendo novelas «pulp» de la serie *Bill Barnes*, entre otras. Entre sus obras más leídas se encuentra *Brains Benton Mysteries*, una serie de seis libros publicados entre 1959 y 1961. También publicó muchas otras obras para niños, incluyendo *Lassie*, *Rin Tin Tin* y *Popeye*.

HAROLD P. MONTAYNE. Observador de globo en la primera guerra mundial. Escritor, autor de casi la mitad de las novelas sobre Bill Barnes publicadas en *Bill*

*Barnes, Air Adventurer*, cuyo nombre cambio a *Bill Barnes, Air Trails* en octubre de 1935, para terminar finalmente como *Air Trails*.

ARCH WHITEHOUSE (11 de Diciembre de 1895, Northampton, Northamptonshire, England, Reino Unido - 15 de Noviembre de 1979). Ex piloto de combate y escritor británico. Whitehouse fue un escritor prolífico, comenzó escribiendo novelas «pulp» en *Flying Aces* y *Sky Birds*, para terminar como escritor de libros de temática de aviación.